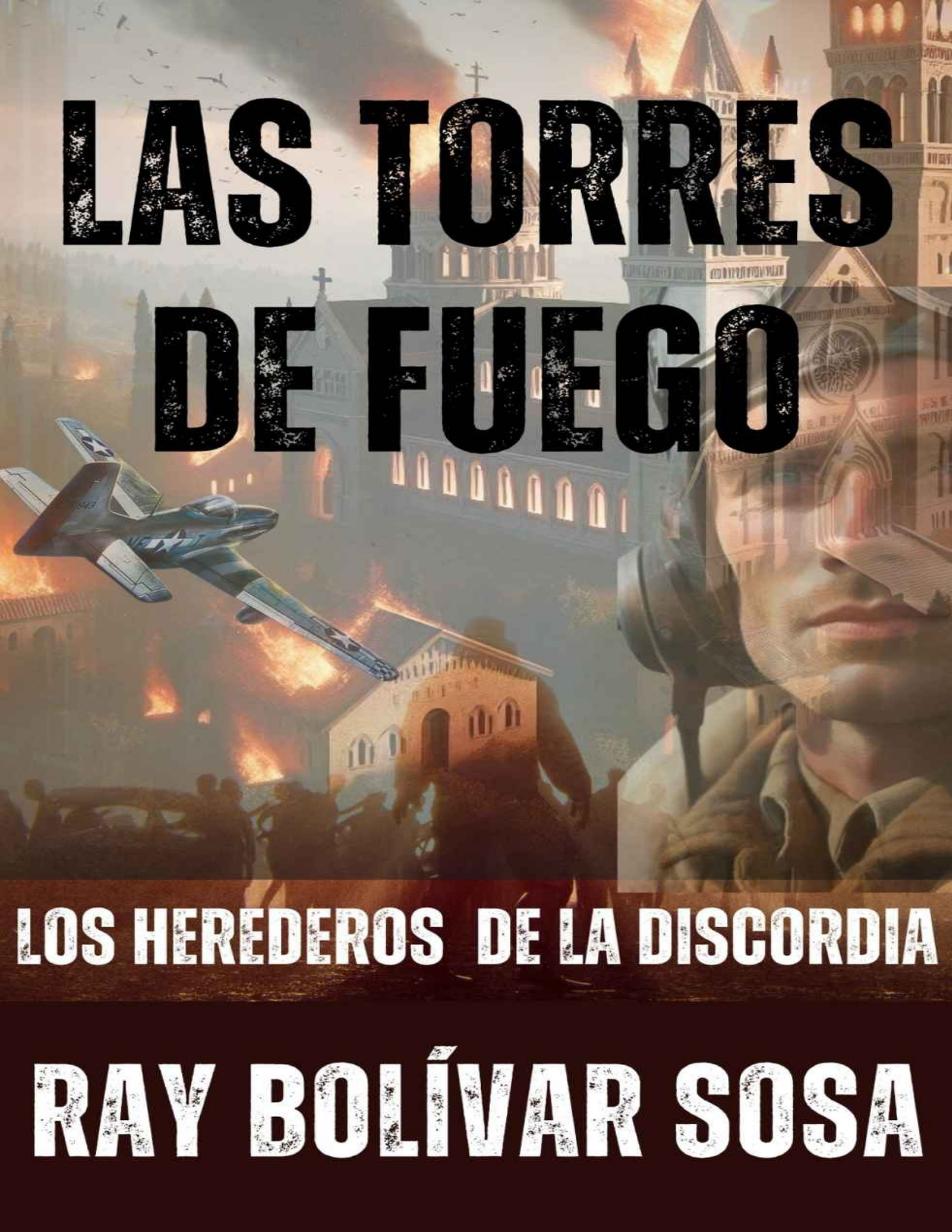




LAS TORRES DE FUEGO

LOS HEREDEROS DE LA DISCORDIA

RAY BOLÍVAR SOSA

LOS HEREDEROS DE LA DISCORDIA, LAS TORRES DE FUEGO: PARTE I

RAY BOLÍVAR SOSA

Editorial Dumas

Nota Legal

Reservados todos los derechos. Queda prohibido reproducir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado sin el permiso del autor.

Copyright © Agosto del 2024. Ray Bolívar Sosa. Todos los derechos reservados.

ISBN:

1ª edición agosto del 2024.

© Ray Bolívar Sosa

Impresión y encuadernación: CreateSpace.

Si vas a fallar, que sea con estilo y a lo grande.

NOTIFICACIÓN IMPORTANTE

Ofrezco el 10% de los derechos de la obra a quien logre que esta novela sea adaptada al cine o convertida en una serie. Los interesados pueden contactar a info@ray-bolivar-sosa.es

ÍNDICE

[Introito](#)

[Sombra y fuego](#)

[La quema de la esperanza](#)

[Sacrificio injusto](#)

[Una visita inesperada](#)

[El consejo de Clara](#)

[La humillación de Galán](#)

[La sorpresa se encuentra en todas partes, incluso en una sonrisa](#)

[Por mucho que huyamos jamás podremos escapar de nosotros](#)

[La resurrección no es más que una promesa](#)

[El pasado no solo condiciona tu presente porque a veces vivimos en él](#)

[La revolución no solo trae muerte y hambre, también ofrece libertad](#)

[Atravesar el anillo de fuego](#)

[La casa de la colina](#)

[El hombre sin fe ni esperanza espera su destino](#)

[La suerte de Fermina](#)

[El rechazo de Fermina](#)

[La juventud y la temeridad son malas para conservar la vida](#)

[Cuando la presencia de los soldados significa que estamos en apuros](#)

[¿Cuál es la diferencia entre la muerte que causa un soldado y la de un asesino?](#)

[A veces la única opción que tenemos es obedecer a nuestro destino](#)

[El loco del agua](#)

[La casa del enemigo](#)

[Nota del autor](#)

Introito

En 1942, España se encontraba bajo el régimen dictatorial de Francisco Franco, quien había consolidado su poder tras la Guerra Civil Española (1936-1939). El país, aunque oficialmente neutral durante la Segunda Guerra Mundial, mantenía simpatías con las potencias del Eje. En este contexto, surgieron los "maquis", guerrilleros antifranquistas que, tras la guerra civil, continuaron la resistencia desde zonas montañosas y rurales. Estos grupos, compuestos en gran parte por republicanos, comunistas y anarquistas, llevaron a cabo acciones de sabotaje y enfrentamientos armados, convirtiéndose en un símbolo de resistencia contra la opresión franquista. Esta es la historia de uno de estos grupos guerrilleros, pero también es una historia de amor.

Sombra y fuego

España, 1942.

«¿Qué significa la palabra amor? ¿Una persona ama para siempre o es solo un momento? Y, ¿qué es la felicidad?». Durante la noche había reflexionado sobre estas preguntas. Su madre y sus hermanos pequeños seguían durmiendo. Durante unos instantes revivió las palabras de Andrés. El fuego dulce y suave de su mirada, el ardor en sus palabras mientras insistía en proponerle matrimonio.

Había sido una noche intensa. Estuvo hablando con Fermina y Andrés hasta muy entrada la noche. Mientras se reían de las ocurrencias de Andrés pensaba vagamente en el peligro que corría la vida de su hermano, escondido en el monte, al mando de un grupo de maquis. Una y otra vez pensaba en lo mismo. Su hermano en el monte, los soldados en el pueblo y la violencia diaria en que se había convertido su vida. Primero la Guerra Civil y ahora esto.

Andrés esa noche estuvo diferente. En dos ocasiones sintió que se aproximaba demasiado, tanto que la iluminó una sospecha, mientras observaba los ojos de él, tan grandes y mansos. Y luego, cuando se marcharon y la casa quedó en penumbras, adormecidos la madre y sus hermanos, Andrés tocó despacio en su ventana. Abrió para evitar el remordimiento y en parte, debido a la curiosidad.

Durante más de una hora le suplicó que se casara con él. Como si fuera una cuestión de vida o muerte. Isabel Arznaga por fin, en medio de la tormenta, tuvo un asomo de luz e hizo la única pregunta de la que fue capaz. Una pregunta de la que luego se arrepintió porque Andrés, en vez de comprender su verdadero significado, se lo tomó como un agravio personal. El gesto del muchacho se convirtió en una expresión seca y vacía, con el rostro arrugado y la boca tensa. Sin mirarla a los ojos, tal vez reflexionando. Hasta que se desataron sus emociones.

—¿Crees que no simpatizo con tu hermano? ¿Piensas que soy un cobarde? —Entonces Isabel comprendió el tamaño de su error. Cuando quiso enmendarlo era demasiado tarde porque Andrés no atendía a razones. Se marchó acompañado de unas palabras enigmáticas que no la abandonaron durante la noche.

«Soy tan hombre como tu hermano y te lo voy a demostrar. Y cuando lo sepas, vendré a casarme contigo» —dijo antes de marcharse aprisa, envuelto en el viento de la noche. Al principio, Isabel no supo qué pensar. Incapaz de conciliar el sueño se asomó a la ventana. Así estuvo hasta las cinco de la mañana. De la cama a la ventana. La madre tocó a la puerta en dos ocasiones.

—¿Te encuentras bien, hija? —La respuesta fue siempre la misma hasta que la madre decidió entrar. Isabel miraba a través de la ventana. Fuera, el viento de los primeros días grises del otoño empujaba con suavidad las copas de los pinos. Theresa fue a sentarse al lado de su hija, sobre la cama.

—¿Se puede saber qué te ocurre? —Hablaba con acento francés. Era una mujer de carácter recio. Había crecido en Saint Jean Pied de Port. Un pueblo de los Pirineos cercano a la frontera española. En 1914, al inicio de la Primera Guerra Mundial, conoció a Javier Arznaga Fernández. Un joven aventurero que sirvió dos años como voluntario en la Cruz Roja. El amor surgió a primera vista y después de casarse se instalaron en un pueblo montañoso cerca de Llanes, en Asturias.

La madre de Isabel sonrió con amargura.

—El amor es un gran misterio, hija. —Isabel no contestó. Había heredado el carácter fuerte y enérgico de Theresa y el optimismo de su padre. Era la segunda de cuatro hermanos—. Isabel, —insistió la madre con ternura. La joven no reaccionó. Continuaba sumergida en su mundo, inmersa en su propia tristeza, convencida de que en el mundo no existía justicia, ni paz, ni alegría. La madre tragó en seco al reconocer sus propios demonios en el rostro de la niña. Había crecido demasiado aprisa en un mundo tumultuoso que navegaba a la deriva, un mundo cada vez más alejado del amor. Suspiró.

—Isabel, —dijo sin prisa, como si acabara de despertar de un gran letargo—. Tienes que dejarlo ir. —Por primera vez, Isabel miró a su madre, con los ojos tristes. Su negativa a salir de casa en los últimos meses, el esfuerzo de Fermina, su mejor amiga, para que, en vez de encerrarse, continuara su vida con normalidad.

Todo formaba parte del mismo problema. La desilusión total, y luego, por si fuera poco, el fantasma del hambre siempre rondando, la amenaza constante de una muerte segura bajo cualquier excusa. A decir verdad, nada de esto era comparable a la ausencia de su padre. «Como se aprende a vivir sin esperanza, sin deseos, sin amor».

Isabel alzó la cabeza. Lloraba.

—Es que lo extraño, mamá. —Pasaron unos segundos en los que un silencio oscuro inundó a la madre. Hasta que poco a poco salieron las palabras. Al principio, se expresaba con suavidad. Pero luego, a medida que recordaba su situación, el período de la guerra, la muerte de sus seres queridos y el asesinato de Javier, se encontró de pronto con un muro infranqueable, una pared de acero sostenida por el odio.

—Tu padre era un buen hombre, pero llorar no lo traerá de vuelta. ¿Entiendes? —Isabel seguía sin reaccionar. Lloraba con resignación, inmersa en el silencio de los que han perdido todas las batallas, derrotada y sin esperanza.

El bofetón resonó en la estancia. Isabel hizo silencio de inmediato, atónita, con la mano sobre la mejilla. Jamás su madre había usado la violencia contra ella. Los ojos de Theresa brillaban de ira.

—¡Llorar no traerá de vuelta a los muertos! ¡No he traído al mundo una mujer para que llore sino para que viva! —Isabel temía a la Theresa enérgica. En una competición de caballos el año anterior, no dudó en arremeter contra dos jueces que trataban de descalificar a Tristán. Por suerte, el arrebato de arrollarlos con el caballo no pasó de ser una mera anécdota que los hombres repetían con admiración.

Theresa provenía de una época que castigaba la debilidad. De niña, había sufrido suficiente maltrato como para comprender muy pronto que el odio y la violencia eran el mejor remedio para convertir un corazón débil y pusilánime en puro fuego. Eso trataba de enseñarle a su hija.

Theresa se levantó de un tirón.

—¡Ahora duérmete! Son las cuatro de la madrugada. Mañana tendremos que alimentar a los animales, limpiar los establos, ir a la iglesia. —Isabel interrumpió a su madre por primera vez en su vida.

—No pienso ir a la iglesia —renegó—. Soy una mujer libre. Siempre me lo has dicho. Nadie puede obligarme a ir a la iglesia. —Las miradas de ambas se cruzaron. Theresa hizo acopio de paciencia, aunque en realidad se encontraba muy cerca de la desesperación. También ella arrastraba sus propios dolores en silencio. Conocía muy bien el carácter de su hija, suave y dócil como el mar en calma, cuando no está abrazado a la tormenta. Por eso esta reacción, tan impropia de ella, la confundía.

—Isabel, por respeto a tu padre, a tus hermanos y por nuestra dignidad—. Hizo una pausa

antes de continuar—. Las vacas no se ordeñan solas. Hay que vender la leche, sacar el ganado a pastar y no dejarnos vencer. ¿Me entiendes? —La madre buscó los ojos de Isabel y repitió la pregunta cansada de esperar, como si el cielo, la vida y los demonios de toda una eternidad se hubieran dado cita en aquella ocasión.

Desde hacía varias noches era incapaz de conciliar el sueño. No sabía la razón. Augurios, malos presentimientos. «Tonterías, solo son tonterías». Unas tonterías que destruían su calma a diario. Fue cuidadosa al acomodar la mano sobre el hombro de Isabel. Más calmada, se encontró de pronto ante una ciudad cargada de sueños cuyos fragmentos se resquebrajaban para dar luz a una verdad inquietante que temía reconocer. Se quedó meditabunda, perdida en su propia soledad, hasta que regresó a la realidad, como si un rayo de luz hubiera iluminado su propio desconsuelo.

—Hija, —dijo por fin—, nunca nos vencerán, jamás nos vencerán. La tomó de las manos con fervor, envuelta en una aureola de dignidad—. ¿Me entiendes?

En cierta forma, Theresa tenía razón. No obstante, a pesar de sus esfuerzos, cada vez contaban con menos recursos. La semana anterior el juez había dictaminado el embargo de sus tierras. La Guardia Civil los asediaba constantemente, a tal punto, que los tres empleados encargados de ayudarlos con el manejo del ganado se esfumaron de un día para otro. Por suerte, los hermanos pequeños fueron capaces de realizar la mayor parte de las tareas.

Theresa era el roble que daba cohesión a la familia. Soportaba vientos y huracanes. Después de la tormenta, siempre estaba ahí para continuar, pero ahora era diferente. Su entereza flaqueaba. No sabía qué hacer ante las decisiones de sus hijos. Los últimos dos meses habían sido especialmente difíciles. Y ahora, con la muerte del capitán de la Guardia Civil, la noche anterior, a manos del grupo de Pablo.

Parpadeó. No quería pensar en lo que avecinaba. En las represalias, las vejaciones. La noche continuaba su camino. Suspiró. Estaba tan cansada y su hija era tan terca. Habló de nuevo. Esta vez con tono conciliador.

—Tenemos todo el invierno por delante, hija, y solo nos queda el granero. —Levantó la mirada a través de la ventana, en la oscuridad, a menos de cincuenta metros, en el patio, rodeado por las estancias de los animales, el granero se alzaba impetuoso y dentro de él se encontraba su única riqueza, el grano.

Era capaz de olerlo a través de la distancia, no importaban las paredes, ni la lejanía, el granero olía a una sola cosa, vida. Las palabras de la hija terminaron por agotar su paciencia. «¿A quién había salido tan testaruda?» Isabel hablaba con vehemencia, con el rostro congestionado por la rabia.

—¡Por respeto a mi padre solo puedo matarlos! —Theresa la reprendió con dureza.

—¡Isabel! —La voz de la madre se convirtió en un rugido—. ¡No mataremos a nadie! ¡Esto pasará! —dijo tras una breve reflexión y suavizando el tono—. Todo pasa, lo bueno y lo malo, pero sobre todo lo malo. Luego, cuando haya pasado todo, tu padre será recordado como un héroe. Y Pablo, y José, y los abuelos. Todos los que han muerto volverán, hija.

Isabel miraba a su madre con los ojos abnegados en lágrimas. El asesinato del padre a manos de la Guardia Civil dos años antes, mientras regresaba de Llanes, había puesto fin a su inocencia. Desde ese día, su hermano Pablo se convirtió en uno de los prófugos más buscados por la justicia. Las palabras de la madre interrumpieron las reflexiones de la hija.

—Isabel, por favor. —La madre acarició el rostro de la hija—, estoy cansada. Por favor, duerme. —Obedeció en silencio. Con la mirada perdida. El dolor, por la muerte del padre, era tan vivo que tan pronto la madre cerró la puerta de la habitación se mordió los labios. Durante

muchas noches había llorado su muerte, en la soledad de la habitación, pero hoy era diferente. La opresión en el pecho se negaba a abandonarla. Era el peso de la injusticia.

Antes de cerrar la puerta de la habitación se detuvo. Isabel se había acostado por fin. Pensó en advertirla, que no saliera de la casa bajo ninguna circunstancia. «¿Y si lo hacía?, si advertía a su hija, ¿qué le diría?, no salgas porque hace días tengo un mal presentimiento». Dudaba, hasta que decidió marcharse a descansar. Isabel dormía.

A eso de las cinco de la madrugada se levantó de la cama. Fuera, el viento seguía soplando con fuerza. «¿Qué debería hacer? Tal vez unirme a la guerrilla de mi hermano o escapar, huir». Escuchó el relincho de un caballo en la cuadra. Era Tristán. Sería capaz de reconocerlo a cien millas de distancia. Isabel se asomó a la ventana. El patio permanecía en silencio. La luz de la luna iluminaba con fuerza. Cogió una manta y fue a tranquilizar a Tristán. Esa fue la primera vez que tuvo la sensación.

Se detuvo en medio del patio. En el suelo yacían desparramados los aperos de labranza. Los colocó en una esquina. El caballo relinchó otra vez; la respiración nerviosa del animal cortaba suavemente el silencio.

—Tranquilo, Tristán. ¿Qué te ocurre? —dijo cuando llegó a su lado. En la cuadra, los animales recibieron su presencia con agitación.

—¿Qué os pasa esta noche? ¿Vosotros también queréis marcharos? —Tuvo que entrar en el cubículo de Tristán para que aceptara sus caricias. Aun así, el caballo seguía nervioso, relinchaba constantemente y de nada servían sus palabras dulces y tranquilizadoras. De nuevo, la sensación hizo que mirara en derredor. Suspiró aliviada. No había nadie. Estaban solos. Se le ocurrió entonces una locura. «¿Y si se marchaba con Tristán?». Al galope, llegaría a Llanes en menos de una hora. De ahí tomaría el camino de la Cordillera Cantábrica en dirección a los Pirineos, hacia la casa de los abuelos.

Mientras calculaba la distancia seguía acariciando al animal. En vez de tranquilizarse, Tristán mostraba cada vez más nerviosismo con relinchos cortos y alzando la cabeza. Por primera vez, Isabel escuchó con atención. La noche se había llenado de una niebla densa inusual y un olor... Pálida, se asomó a una de las ventanas. Al otro lado del patio, en el fondo, brillaba una llama en el interior del granero. «¡Fuego! ¡Dios mío, fuego!» Todo pasó tan rápido que tardó en comprender la situación.

Yacía en el suelo, aturdida por el golpe recibido en la nuca, entre la paja y el heno. El hombre no tardó en subir sobre ella. «Un hombre, ¿en la cuadra?» Sintió el peso de su cuerpo. El hombre reía. Acariciaba sus pechos. De un mordisco consiguió apartar el brazo del intruso y cuando quiso gritar, se encontró con el acero de la navaja en la garganta. El hombre observaba tranquilo la reacción de la joven.

—Grita. —Fue lo único que dijo. Sentía el filo del acero lastimando su carne—. He pensado mucho en ti, Isabel. —Se desabotonó la bragueta con la mano libre. Los animales no se estaban quietos. Alguien se asomó a la cuadra.

—Date prisa, Gómez o te quedas. —El hombre no quitaba los ojos de encima a la muchacha. Era tan joven, tan hermosa—. ¡Gómez!, —repitió el de la puerta.

—¿Qué pasa, hombre? Tardo menos de un minuto. —Arrancó el camisón a Isabel con violencia. La muchacha se acurrucó pálida, con los ojos cerrados, entre la paja y el estiércol, con el rostro desencajado y los brazos sobre el pecho. Gómez sonreía mientras agitaba la navaja a uno y otro lado—. Si te portas bien no te pasará nada. Tranquilízate.

La arrastró por el suelo con fuerza, tirando de los pelos hasta que la muchacha estuvo boca abajo, tendida sobre la paja, temblando. Cuando intentaba moverse o gritar sentía el filo de la navaja debajo de la oreja pinchando la carne, jugando a dolerle con suavidad, porque no se hundía completamente.

Entonces sonó el primer disparo en el patio. Ruido de pasos apresurados, gente corriendo y risas entrecortadas en medio de insultos. El aire se inundó de un olor a pólvora. Gómez, cargado de desesperación, sonreía.

—Mis amigos ya se van, pero tú y yo nos vamos a divertir. Lamió el cuello de Isabel y

cuando trataba de abrirse paso entre las piernas de ella, el cañón de una escopeta colocado sobre la nuca paralizó su mundo.

La quema de la esperanza

Pasaron uno o dos segundos en los que dudaba sobre la realidad. Ahora no entendía en qué parte del mundo se encontraba, si era el captor o el capturado, la víctima o el victimario. Pronto se repuso de la turbación inicial. Trató de incorporarse. La respuesta de Theresa Arznaga fue rotunda.

—Si vuelves a moverte te pego un tiro. —El hombre sonrió ante la posibilidad de capturar una segunda presa. Estaba excitado. El aire olía a sudor entremezclado con el estiércol de los animales, tenía las pupilas dilatadas. Sin prisa, aclaró que su piel valía más que el oro.

—Soy un soldado del ejército del generalísimo. Si algo me pasa estáis jodidos —comentó con tranquilidad, de rodillas, con los brazos en alto. Theresa sostenía el arma con firmeza, a menos de un metro de distancia. Apuntaba a la cabeza con determinación. Habló con firmeza.

—Isabel, aparta. —El soldado sonrió otra vez.

—Solo queríamos pasarlo bien.

—¡Isabel! —casi gritó la madre—, ¡apártate! —La muchacha obedeció, pero no fue lo suficientemente rápida. El caso es que la noche del 12 de octubre de 1942, a las seis y doce minutos de la mañana, el soldado de la Guardia Civil José Gómez Artigas, recibió un disparo en la cabeza, a menos de dos centímetros de distancia. Parte de los sesos con restos de tejido y sangre, se incrustaron en el pecho y el rostro de Isabel. Posiblemente esta fue la razón por la que empezó a gritar como una loca, con tanta fuerza, con tanto brío, que incluso su madre se asustó.

Después de cubrirla con la manta seguía gritando como si una legión de demonios hubiera poseído su cuerpo. Los vecinos más cercanos acudieron a la pequeña masía, en las afueras del pueblo, para sofocar el incendio, pero fue en balde. Por mucho que se esforzaron, el fuego devoró las pilas de heno amontonadas en el granero, las semillas de la próxima cosecha y el grano almacenado. Los gritos de Isabel enseguida atrajeron la atención de varios hombres.

—¿Qué le ocurre? —preguntaban los vecinos extrañados. Algunos querían entrar a la cuadra. La madre, todavía con la escopeta, impedía el paso con mirada desafiante.

—Está jodida como todos, ¿acaso no lo veis? —Los hombres eran gente de campo, acostumbrados al trabajo fuerte y las palabras duras. No pasaron por alto las manchas de sangre en el vestido de Theresa, hasta que apareció la niña, cubierta por una manta, con los ojos vacíos de esperanza y el pelo desecho.

Los vecinos se asustaron de su apariencia, Isabel era célebre por su belleza y aunque conservaba la frescura de siempre, la perfección de su rostro parecía cincelada por la locura.

Entró a la casa a regañadientes, custodiada por sus dos hermanos, Antonio y Pedro. Solo tenía ojos para el fuego, la llamarada enorme que engullía el techo y las paredes del granero.

Los hombres ahora se esforzaban en evitar que se extendiera al resto de las dependencias, los establos aledaños, el cobertizo y la casa. Con los primeros rayos del amanecer, el fuego ofreció los primeros síntomas de debilidad. La actividad frenética de los voluntarios, corriendo de un lado a otro, con baldes y mantas para apagar el fuego fue disminuyendo hasta que cesó.

El aire se había impregnado de un olor a ceniza y madera quemada. De vez en cuando, se desplomaban con estrépito restos de las paredes que se fundían con la ceniza dispersa por el suelo.

Theresa se encargó durante dos horas de atender a los vecinos mientras hurgaban entre las ruinas del granero. Los más discretos se retiraron casi enseguida, antes de que amaneciera.

Aunque una buena parte de los vecinos prestaba su apoyo a la familia, unos con palabras afectuosas, otros con resignación, miraban hacia el cielo, en dirección a la columna de humo que se elevaba silenciosa en busca de la montaña.

Theresa sonreía a unos y otros, arengaba a sus hijos para que reanudaran las labores de la granja con un ojo puesto en la entrada de la cuadra. Calculaba que la comida en la despensa alcanzaría para dos días. «Solo dos días. Y, ¿después qué?».

Nadie se atrevía a hablar del origen del fuego. A pesar de las llamas, la mayor parte de la estructura del granero se mantenía en pie. El techo se había hundido en medio de un gran estrépito una hora antes.

Los hombres removían los rescoldos con palas, arrojaban tierra y agua sobre los carbones encendidos. De entre los escombros sacaron el cadáver de un animal pequeño. Theresa enseguida supo que era Barbitas. Una perra Collie de pelo muy lanoso que Javier había regalado a su hija Isabel dos años atrás, justo una semana antes de su muerte.

Caminó en silencio hasta la perra tendida en la tierra. Un chico consiguió dar la vuelta al cadáver. Sobresaltado, miró a Theresa. Las palabras no fueron necesarias. También ella había visto la profunda herida en la pata izquierda de la perrita, justo en la zona del corazón. El cadáver, carbonizado, mostraba signos de violencia también en la pata trasera.

El muchacho que examinaba a la perra se puso en pie de un salto. No debía tener más de trece años. Trataba de no llorar, con el puño apretado y los ojos enrojecidos por el humo. Observaba a la gente como si sobre ellos pesara una condena. Nadie era capaz de sostener su mirada. Una de las mujeres quiso consolarlo y la esquivó. Se llamaba José Luis, aunque la mayoría de la gente solía llamarlo gato pecas porque amaba a los perros y tenía el rostro cubierto de pecas.

—No quiero que me toquen —dijo con firmeza. Había sido uno de los primeros en llegar. Trabajaba con ahínco acarreando agua. Hubo un momento en que tuvieron de sacarlo de entre las llamas porque avanzaba y avanzaba sin tener en cuenta las quemaduras ni el peligro.

El chico caminaba en silencio por entre los demás, sin camisa, con el cuerpo tiznado y pequeñas quemaduras en los brazos y la espalda, sudado y con arañazos en las piernas de correr por entre los aperos de labranza.

En silencio fue a sentarse sobre un balde, hasta que acudieron las primeras lágrimas. Nadie sabía por qué lloraba, pero respetaron su dolor. Durante unos instantes, Theresa recordó la alegría y el candor de la perrita al recibirla por las tardes, después de las tediosas jornadas en el campo entrenando a los caballos.

De las cosechas se encargaba su marido. «¿Qué culpa tenía el pobre animalito?». Deseaba entrar a la casa, aunque la gente seguía allí, congregada en el patio, sin saber muy bien qué hacer. Hacía frío y el viento soplaba con fuerza.

Despacio, dijo sus primeras palabras de agradecimiento, todavía confundida. Entonces, comprendió de pronto que se había engañado a sí misma durante los dos últimos años. Jamás la dejarían en paz. Ni a ella, ni a sus hijos. La muerte de Javier no era suficiente, ni la de los abuelos. Tragó saliva. Los vecinos esperaban a que continuara. Tal vez porque necesitaban escuchar sus palabras, o quizá porque no tenían nada que decir y no existía mejor homenaje a la desgracia que guardar silencio.

Hubiera preferido retirarse al interior de la casa, reflexionar sobre lo ocurrido, pero una parte de su corazón se sentía en deuda con los vecinos, gente en su mayoría humilde que arrastraba su misma maldición, simpatizar con el bando de los perdedores.

A muchos de ellos socorría en secreto con alimentos de su propia despensa, leche, tocino,

queso, judías o patatas. «¿Qué sería de ellos ahora?». En su interior se libraba una lucha. Después de tanta muerte, sentía de nuevo el fragor de las campanas revoloteando sobre su cabeza. Apretaba la escopeta con fuerza.

De repente, alzó el puño absorta por la emoción del momento. Todos sabían que la desaparición del granero significaba solo una cosa, hambre. Estaban condenados a vivir el mismo destino. Atemorizados, se miraban unos a otros, muchos lloraban, otros mantenían una actitud de completa indiferencia, como si hubieran aceptado con resignación su suerte; por eso las palabras de Theresa y sobre todo, su voz cálida y firme cargada de energía y entusiasmo, iluminaron sus almas tristes y oscuras.

—No me rendiré. Pase lo que pase, no me rendiré.

Llevaba mucho tiempo sin hablar en público. Desde el asesinato de Javier su vida, antes ajetreada y convulsa, se había reducido a cuidar de sus hijos y a mantener el negocio a flote. Sus ojos brillaban con una intensidad inusual. Había comprendido, de golpe, que no se podía engañar al corazón.

Tomó aire antes de proseguir, convencida de que, en aquella situación, el único modo honesto de proceder consistía en recuperar la dignidad, aunque significara acelerar su sentencia de muerte. «¿Qué importancia tenía?». De una forma u otra, todos estaban condenados y la muerte, más tarde o más temprano, siempre llega.

La gente esperaba con atención. De entre los congregados, sobresalía, por su vestimenta, un hombre de pequeña estatura, con un abrigo de fieltro negro. Parecía tan interesado que se adelantó mucho, hasta quedar prácticamente a dos pasos de Theresa. Era el interventor.

Tan pronto se percató de su presencia, la actitud de Theresa cambió radicalmente. Estuvo tentada de seguir hablando. En cierta forma, porque una parte de su corazón, de su alma, necesitaba aliviar el dolor, aunque la otra clamaba venganza. Con los labios temblorosos y el gesto congelado, no miraba a ningún sitio en particular. La brisa jugaba con su pelo, este subía en olas suaves creando un halo alrededor de su rostro que convertía su figura en etérea.

No fue necesario decir una palabra. Los vecinos uno a uno se dieron la vuelta, regresaban a sus casas vencidos, apagados, con el miedo en el corazón. Durante unos instantes habían sido libres otra vez y sus almas volaban. Ahora, sin embargo, huían aprisa, con el rostro escondido. No deseaban ser reconocidos. Theresa inmóvil, ni siquiera se percató de las lágrimas.

Su rostro ardía, como si tuviera fiebre, con los labios apretados y el gesto esquivo. Al final, quedó sola frente al hombre. No miraba a ningún sitio en particular. Uno de sus hijos salió de la casa. Antes de que pudiera siquiera hablar ordenó que entrara. —En los ojos del muchacho se apreciaba la turbación mezclada con la sorpresa.

—Pero, mamá...

—¿Que entres he dicho! —El muchacho obedeció rabioso. El interventor hablaba despacio, sin animadversión.

—Siento mucho lo que ha pasado. Haré lo que pueda para que castiguen al culpable. —A los lejos, las nubes sobre el cielo gris dibujaban figuras. «Qué extraño, pensó la mujer»—. Theresa, —insistió el interventor—. Esto puede ser mucho más fácil. Tengo... —Se detuvo unos instantes antes de proseguir, esta vez sin titubeos y sintió el sabor amargo de la saliva descender por la garganta—. Conozco a gente con el poder necesario para cambiar esta situación. Será mucho más fácil si nos casamos. Seré un buen padre para tus hijos y el negocio prosperará.

Theresa reflexionaba en silencio, mientras tanto, el hombre se fijó en la columna de humo que se extendía hacia el cielo, más allá de las montañas y pensó en las aves, en su libertad y en la sensación que produce el viento al azotar el rostro cuando se prepara una tempestad. Pensó en los

minutos de calma, justo antes de estallar la tormenta. «¿Tenía algún significado aquello? ¿Por qué se había enamorado de una mujer, tan diferente a él? ¿Acaso el amor significaba vivir en sufrimiento?».

Las palabras de Isabel hicieron que regresara a la realidad. En parte, Theresa parecía sorprendida, después de tanto tiempo, como si durante meses no hubiera insistido en cortejarla. El peso de sus palabras caía sobre él con una constancia dulce y dolorosa. En vez de escucharla, pensaba en el sufrimiento que causa el amor y en si este era infinito. «¿Acaso el sufrimiento que causa el amor es infinito?».

El interventor se humedeció los labios.

—¿Qué dices, Theresa? ¿Qué dices? —Las palabras esta vez nacieron tristes, con una mezcla de miedo y esperanza; era la voz de un deseo postergado durante demasiado tiempo.

El interventor era un hombre de mediana edad, con el rostro apagado y los hombros caídos. Jamás había matado a una mosca. Debido a una herida recibida en la guerra, arrastraba ligeramente la pierna derecha. Suspiró antes de hablar. Estaba convencido de que era la única solución, la única salida a los problemas de la mujer.

—Theresa, no lo hagas más difícil. Necesitas alguien que te cuide. —Aunque deseaba continuar hizo silencio. La mujer hablaba sin prisa, medía el peso de cada palabra.

—Lo estoy pensando. —Francisco no pasó por alto su actitud altiva y distante. Suspiró.

—Así llevamos dos años.

—No es una decisión fácil. —Se apresuró a contestar—. El que la sigue la consigue. ¿No es eso lo que dicen en España? —Francisco, contrariado, miró primero al cielo, luego a las ruinas del granero y, por último, se fijó en los ojos de ella. Era tan hermosa.

—Me temo que no podré ayudarte durante mucho más tiempo —dijo antes de marcharse. No depende de mí. Además, está la cuestión de tu hijo en el monte. Convéncelo para que se marche o terminarán todos muertos. —El interventor esperó unos segundos—. No olvides la misa de las nueve. Los que no asistan serán severamente castigados.

El muchacho salió otra vez de la casa.

—Mamá... —Theresa esta vez estuvo a punto de perder los estribos.

—¡Entra de una vez, maldita sea! —dijo furiosa. El interventor miraba a Theresa en silencio.

—Por favor, no faltes a la misa. Lleva a los niños contigo. —Se retiró con lentitud, pensativo. Caminaba inmerso en sus reflexiones hasta que cambió de opinión. Regresó sobre sus pasos sin prisa, con el rostro marchito. La mujer no se había movido de su sitio.

—No seas tan dura con los niños. Han sufrido lo suyo.

—Todos hemos sufrido —dijo con la mirada perdida en el horizonte.

—Pero ellos más, Theresa. Ellos más. —Theresa se fijó en él contrariada. Durante unos instantes tuvo la sensación de que se habían apagado todos los ruidos sobre la tierra. Trató de ser gentil, un esfuerzo inútil, la amargura de la situación se reflejó en sus palabras.

—¿Por eso has vuelto? —Francisco agachó la cabeza como un perro apaleado, no sabía qué hacer con las manos.

No había sido una relación fácil de sobrellevar para la mujer. Todavía el cuerpo de Javier estaba caliente cuando el interventor inició el asedio. Según el día, los disparates del hombre causaban risa o aversión a la mujer.

Mil veces se había jurado en la intimidad de la noche que dejaría muy clara su posición y mil veces, al analizar la cuestión bajo la luz del día, cambiaba de opinión. Por lo general, se mostraba amable y solícita. En cambio, hoy, por mucho que hurgara en su interior, tan solo encontraba palabras frías y duras.

Francisco seguía inmóvil, detenido ante ella, admirando la majestuosidad de aquella mujer que sus cuarenta y cinco años respiraba energía, conservaba el porte de cuando tenía dieciocho años. Aunque se hablaba mucho de su belleza, los hombres coincidían en resaltar la singularidad del rostro. «Una maravilla», aseguraban. La hija de Theresa era una copia fiel de su madre con la ventaja de la juventud.

Francisco dudaba. Se aclaró la garganta.

—Hay un asunto del que quería hablarte. —Francisco colocó el sombrero entre sus manos. Jugaba con él nervioso, miraba al suelo. Una arruga cruzó la frente de Theresa.

—¿Tan malo es? —El hombre frunció el entrecejo.

—Según como se mire.

—¿En serio crees que mi situación puede empeorar? —La mujer blasfemó en francés mirando al cielo y Francisco se apresuró a hablar.

—Se trata del capitán Galán. Anoche me citó al cuartel, después que trajeron al teniente Santacruz herido de muerte. —Theresa intervino sobresaltada.

—No tuve nada que ver con su muerte. —Francisco suspiró una vez más.

—Lo sé, todos lo saben. Pero tu hijo sí, Theresa. —La mujer se mordió los labios—. A ver si lo entiendes. No ha parado de asolar la región en dos años. Este es el segundo capitán que mata en menos de seis meses. Eso sin contar el tema de los asesinatos. Cada vez son más, Theresa. —La mujer quiso protestar, pero era en vano. Francisco continuaba hablando en tono condescendiente—. Esta mañana han encontrado a otra. Era una cría. Más pequeña que tu hija.

Hizo una pausa para apreciar el efecto de sus palabras. El rostro de Theresa no reflejaba ninguna emoción. Seria, con los labios apretados. Francisco interpretó el silencio como una señal de triunfo. En su interior se alegraba. Decidió agregar más leña al fuego. Era un hombre de impulsos constantes y moderados. No le importaba esperar, aunque dos años era demasiado tiempo hasta para una persona como él.

—Theresa, no te engañes. Mandarán a alguien con mano dura de Madrid y más soldados, un destacamento especial. No puede ganar.

Durante unos instantes, la mirada de la mujer se cruzó con la de Francisco, en actitud retadora, hasta que las aguas regresaron a su cauce y desvió la mirada.

—No sé nada de Pablo desde hace dos años. Para mí no existe. No creo en las armas. Ni en los hombres, ni en sus promesas. Si eso fue lo que viniste a decirme puedes irte. —Theresa hizo ademán de marcharse. Sin embargo, al escuchar las palabras del interventor quedó petrificada. El hombre habló esta vez con prisa.

—El capitán Galán está interesado en tu hija. —Theresa se giró con rabia.

—¿Cómo has dicho? —Los ojos, convertidos en fuego, despedían la rabia contenida de dos años. Dos años soportando humillaciones y ahora esto. Francisco temblaba. Trataba de justificarse.

—Entiéndelo, Theresa, no he tenido nada que ver. Además, el capitán Galán tendrá el mando del pueblo hasta que llegue el nuevo jefe. Eso es mucho poder. Y yo pensé. Lo mejor será resolver todo esto antes de que se compliquen las cosas. Porque luego... —La mujer no dejó que terminara. Alzó el dedo rabiosa.

—Mi hija se casará con el hombre que ella elija. —Francisco no dijo una palabra. Permanecía mudo, con los ojos atados al suelo y la boca amarrada, como si el peso de aquellas palabras resultara una carga abrumadora, difícil de soportar incluso para él, un hombre acostumbrado al dolor. Theresa entonces comprendió la verdad, detrás de sus palabras y saltó sobre Francisco echa una furia.

—¡Mi hija no es una puta! ¡Largo, fuera de mi casa! —No se trataba de un casamiento, no. Esa no era la cuestión. Ni siguiera concedía el beneficio del casamiento, el capitán quería una puta, una ¡puta! Theresa, furiosa, se abalanzó sobre el hombre una vez más. Francisco trataba de calmarla, pero era en balde. Decidió huir apenado. En la esquina se cruzó con Félix. Apenas intercambiaron palabra.

—A ver si usted consigue curarle la locura. Eso o que los maten —dijo Francisco molesto, sin detenerse. El diácono apenas reparó en su presencia porque le interesaba más mitigar la pena de Theresa. La mujer, fuera de sí, continuaba gritando insultos al viento, con el rostro rojo de ira. El diácono tardó más de diez minutos en tranquilizarla. Theresa lloraba en sus brazos, sin fuerzas, sin esperanza. Al final, consiguió calmarla.

—Theresa, Theresa, no puedo quedarme mucho más tiempo. He venido a avisarte. Debes asistir a la misa por la muerte del capitán Santacruz. Theresa, ¿comprendes lo que te digo? —La mujer, un poco más tranquila, asentía con lentitud, prácticamente sin fuerzas, desmadejada—. Tengo que marcharme, pronto empezará a llegar la gente a la iglesia. En un momento de lucidez, el diácono la miró a los ojos.

—Theresa, si no vas tú o alguno de tus hijos significará la muerte, ¿comprendes? —La mujer seguía sin reaccionar. Su cabeza oscilaba a uno y otro lado, con lágrimas en los ojos. Durante años había resistido todos los ataques, contra viento y marea había protegido a sus hijos y ahora, de repente se daba cuenta de que tal vez sus esfuerzos, el sacrificio de toda una vida, tan solo era una gota de agua en el inmenso océano de la vida. Una gota de agua irrelevante, sin mayor trascendencia.

—Mira lo que han hecho, Félix, mira lo que han hecho —señalaba a las ruinas del granero. ¿De qué vamos a vivir?, ¿qué comeremos? —El diácono, con el rostro contrito, trataba de consolarla.

—Pasaré, todo esto pasará. Piensa en tus hijos, en la memoria de los muertos.

—¿Qué vamos a comer? —El diácono miraba de vez en cuando hacia el camino de piedras que conducía a la masía. Las últimas casas del pueblo terminaban en una pendiente que descendía, al otro lado, en medio de la polvareda.

A la izquierda, se alzaba el muro de piedras con un portón de acero, abierto la mayor parte del tiempo. A través de él solían entrar las carretas cargadas de heno y paja, los animales después de pastorear en el campo y también los habitantes de la masía. Todavía era temprano. Félix abrazó a Theresa con ternura.

—Dios proveerá. De una u otra manera saldrás adelante. —La mujer se separó extrañada.

—¿De qué Dios hablas, Félix? ¿De qué Dios hablas? —El hombre se alarmó.

—Baja la voz, ¡por Dios santo! ¿Acaso te has vuelto loca? Eres una mujer fuerte. Entra en casa y prepara a tus hijos. Os quiero ver en la iglesia en una hora. ¿Entiendes? ¡Theresa! —A punto estuvo de sacudirla. Por suerte, no fue necesario. La mujer poco a poco se recuperaba—. ¿Te encuentras mejor? ¿Estás más tranquila?

—Sí, estoy mejor —Sus ojos recuperaban el brillo con lentitud.

—Hay otra cosa, ¿te suena el capitán Galán? —Theresa levantó la cabeza nerviosa.

—Es la segunda vez que me hablan de ese hombre esta mañana. —El diácono frunció el ceño pensativo.

—Ándate con ojo. Es un hombre peligroso. No le des motivos para destruirte. —Theresa se quedó con la palabra en la boca—. Tengo que irme. Saluda a los niños de mi parte. Tan pronto pueda vendré a visitarte. Recuerda que no estás sola —dijo antes de marcharse. El hombrecillo descendió la pequeña elevación sobre la que estaba construida la casa, hasta llegar al portón y

desapareció detrás de él.

Pasaron uno o dos minutos en los que Theresa pensaba en una frase que Javier repetía con insistencia desde el inicio de la guerra. A pesar de sus esfuerzos por olvidarla, la frase regresaba una y otra vez bajo la piel de diferentes situaciones: "nadie te ayudará, en los momentos difíciles, salvo los que te quieren. Unos por conveniencia y otros por miedo a caer. La gente, por encima de todo, tiene miedo a ser arrastrada en la caída".

El ruido de los animales en la cuadra, los mugidos de las vacas consiguieron sacarla de su ensimismamiento. Al darse la vuelta, se encontró con Antonio, su hijo menor. El muchacho parecía asustado.

—¿Qué te ocurre?

—Mamá, tienes que venir. —«Hay que ver lo que había crecido el niño». Dos años atrás era tímido y enfermizo. En cambio, ahora, a medida que se adentraba en la pubertad, su voz adquiría un tono más juicioso y mostraba cada vez con más frecuencia una responsabilidad impropia de su edad. A veces le recordaba a su marido. —La madre se acomodó un mechón de pelo con premura antes de acercarse a Antonio.

—¿Ahora qué ha pasado? —contestó al hijo por inercia. Hubiera podido decir cualquier otra cosa. En realidad, pensaba con tristeza en su marido, en la incertidumbre del futuro. «¿Acaso tenía sentido luchar?». —Antonio hablaba de prisa, agitado.

—Es Isabel. —El nombre de su hija la trajo de vuelta. Theresa conocía muy bien a su hija. Su aparente fragilidad escondía un carácter fuerte capaz de soportar grandes tribulaciones. En cambio, Antonio, con todo su juicio y valentía, jamás llegaría a alcanzar su fortaleza. «Todavía queda mucho por hacer». Pensó en el cuerpo del soldado en la cuadra. «¿Dónde podrían esconderlo?». Antonio interrumpía constantemente sus pensamientos hasta que contestó.

—Antonio, tu hermana está asustada, se le pasará. —El hijo negó lentamente, con un gesto tan oscuro en el rostro que Theresa intrigada, se inclinó para agarrarlo del brazo—. ¿Por qué no hablas? ¡Antonio! —El muchacho apenas encontraba palabras.

—Será mejor que vengas. Creo... —Hizo una pausa antes de proseguir, con los ojos muy abiertos y asustado—. Creo que es grave.

Sacrificio injusto

Transcurrieron uno o dos minutos desde que Theresa entró a la casa seguida de Antonio. El salón estaba desordenado. Theresa miró a su hijo. Un silencio grave y denso pesaba sobre ellos. Con la solemnidad que encierran los grandes acontecimientos, caminó despacio hacia el comedor. Platos rotos desperdigados por el suelo, un cuchillo clavado en la mesa y sangre. La mujer, pálida, agarró a su hijo por los hombros. El joven no reaccionaba.

—Antonio, ¿qué ha sucedido? ¿Dónde están tus hermanos? —Tal vez la reacción de la madre o su propia turbación, impedía que respondiera. Theresa insistía—. ¡Hijo, contesta! —Examinaba al muchacho de arriba a abajo. No tenía heridas.

A duras penas consiguió que señalara en dirección a las habitaciones. Las recorrió una a una hasta que se detuvo en el cuarto de Isabel. Pedro guardaba la puerta, presionaba la herida en su antebrazo con un pañuelo. Tan pronto apareció su madre trató de tranquilizarla.

—No ha sido nada, es superficial. —Theresa apenas se detuvo en la herida. En los últimos dos años el muchacho había crecido hasta alcanzar el metro ochenta, alto y hermoso. Ni siquiera era consciente de su fuerza.

—¿Dónde está tu hermana? —Pedro señaló al interior de la habitación. Sobre la cama, mirando un espejo roto, la muchacha se arrancaba el pelo con las manos, inmersa en su tarea, dueña de una lentitud metódica en la que no existía más mundo que el suyo.

Los mechones yacían desperdigados por el suelo, mezclados con sangre, jirones de ropa y trozos de cristal. Theresa temblaba de pies a cabeza. Se acercó en silencio. No se atrevía a tocarla. Pedro continuaba en la puerta atento a cada movimiento de su madre. Theresa tardó en reaccionar, no encontraba las palabras para hablar con su hija. El primer paso fue a sentarse a su lado, tragó saliva y sonrió.

—Isabel, hija. ¿Qué te ocurre? —Sentada a su lado, la madre analizaba la situación con detenimiento. Isabel seguía en su labor rutinaria, tirando de los mechones con una lentitud calculada, como si el tiempo tuviera un significado oculto que solo ella comprendía, con la mirada ausente. A la madre se le llenaron los ojos de lágrimas.

Pedro se adelantó. Jamás había visto a su hermana tan afectada. En su interior, experimentaba un sentimiento de vacío y tristeza seguido de momentos de rabia, ira y temor. El muchacho, sin saber muy bien qué hacer, dijo lo único que se le ocurrió. Su hermano Antonio permanecía en el pasillo, sin atreverse a entrar.

La voz de Pedro, por lo general enérgica y llena de vida, en esta ocasión surgió oscura y apagada. Él mismo se sorprendió por la melancolía y la gravedad de su tono, como si la vida hubiera sellado la suerte de la familia con un veredicto en el que todos eran culpables. Colocó la mano sobre el hombro de la madre.

—Lleva así más de una hora. Se puso como loca cuando... —Theresa interrumpió a su hijo aireada.

—Jamás, en tu vida, vuelvas a mencionar esa palabra. —Se puso en pie de un tirón, miraba a sus hijos en forma amenazadora. Se adelantó vacilante, con el índice en alto—. Tu hermana no está loca. ¡Jamás lo estará! Los Arznaga no enloquecen, matan o mueren. Así ha sido desde que tengo uso de razón y así será. —Pedro trataba de justificarse.

—Mamá, solo digo... —Una vez más, la actitud de la madre obligó al muchacho a hacer silencio. En estas situaciones, la figura de la madre, adquiría una proporción gigantesca, cada una

de sus palabras se apropiaba del espacio y crecía hasta no dejar más lugar que a su verdad.

—Antonio, ¿qué haces ahí fuera? Tu hermana no va a comerte. Ayúdame a llevarla al baño. —El más pequeño de los hermanos obedeció de prisa. Contaba trece años y su hermano Pedro quince. La diferencia de carácter era evidente entre los tres hermanos. Antonio nunca discutía. Buscaba siempre la forma de salirse con la suya. Aunque, en esta ocasión, siguió las instrucciones de la madre sin abrir la boca.

La voz de Theresa desprendía una energía desconocida para ellos. Hablaba con la mirada perdida, dueña de la situación, con los brazos ligeramente despegados del cuerpo y un gesto de rotundidad en el rostro, de convicción arrolladora. Los hijos observaban atraídos por el magnetismo de la madre. La mujer ahora florecía en medio de la tormenta. El brillo en los ojos, la dureza de su gesto y la agilidad de sus movimientos, recordaban el vigor de un animal salvaje.

—Pedro, —dijo la mujer—, busca en el establo de las vacas, en el cuarto de herramientas un trozo de lona. —El muchacho escuchaba con atención—. ¿Sabes para qué es? —Los ojos de la madre se clavaron en los de su hijo—. ¿Quiero estar segura de que entiendes el peligro que corremos con ese hombre en el establo? ¿Entiendes, hijo? —El joven asintió—. Quiero que lo envuelvas en la lona y lo ates. Venga, date prisa. Tenemos que estar en la iglesia antes de las nueve.

El muchacho salió disparado. Entre Antonio y Theresa, condujeron a Isabel a un patio interior muy pequeño, protegido por paredes encaladas, en el centro descansaba un aljibe. Antonio se encargó de subir un balde rebosante de agua. Era el sitio más fresco y húmedo de la casa, a cielo raso, con enredaderas y buganvillas de color rojo, entrelazadas por cuerdas de yute que adornaban la pared del fondo.

Isabel seguía por inercia a su madre. Theresa prestaba atención a cada pisada de su hija. La regañaba a veces por su pasividad: —Isabel, ¿acaso eres una niña pequeña? ¿Qué haces? Apresúrate, no tenemos tiempo.

La joven se detuvo al escuchar la palabra tiempo. Habían llegado al aljibe. Las nubes grises seguían ocultando la luz del sol. Las paredes protegían a la familia del viento. Aun así, el frío azotaba el rostro y las manos con dureza. Antonio colocó el balde sobre el piso de cemento. Sudaba por el esfuerzo. Theresa apremió a su hijo.

—Ahora busca una silla, pronto. —Sentaron a la joven. La madre se encargaba de limpiar la sangre del pelo y las manos. Luego, se le ocurrió de pronto una idea.

—Antonio, ¿sabes dónde están las tijeras de cortar el pelo? —Tráelas, las necesito. —En un santiamén estuvo de vuelta—. Ahora vete al portón, a vigilar. —El chico se quedó en el mismo sitio mientras la madre quitaba el camisón a su hija. Era incapaz de apartar los ojos de Isabel, de su cuerpo blanco y suave desnudo como una hogaza de pan que tiritaba mordido por el frío.

—Antonio, ¿me has oído? —El chico se encogió de hombros abstraído. El sonido de una campanita de metal, colgada en la pared, le recordó cuando jugaban en el patio unos años antes y eran felices. Sentía ganas de llorar, pero entendía que no era apropiado.

¿Cuántas veces había tenido que sufrir en silencio porque los demás estaban demasiados lejos de su dolor como para entenderlo? Si hubiera tenido a los soldados delante hubiera arremetido contra ellos hasta quitarles la vida. Estaba muy unido a Isabel y solo ahora, después de un rato, comprendía la gravedad de la situación.

Nervioso, preguntó a su madre si quería que ayudara a Pedro en el establo. Prefería estar con las bestias o haciendo algún trabajo pesado. Cualquier cosa menos ver a su hermana en ese estado.

—Mamá, ¿quieres que ayude a Pedro? —Theresa entendió la ansiedad en la voz de su hijo, el

miedo que crecía en su interior. Comprendió que no escuchaba las palabras, o quizá sí, pero no las entendía. Hablaba con prisa, sin mirar a su hijo. Si querían sobrevivir no podía darse el lujo de flaquear y eso tenían que entenderlo sus hijos. Respondió con brusquedad.

—No quiero que te acerques a Pedro. Tu trabajo es vigilar el portón. Si alguien viene atranca la puerta y ven a decírmelo. ¿Entendiste? —El muchacho seguía mirando a Isabel. ¡Antonio! —gritó enfadada. El muchacho echó a correr en dirección al interior de la casa. Theresa lavaba el cuerpo de su hija con suavidad. Cuando terminó, no quedaban restos de los sesos del soldado, ni sangre.

Con la tijera en la mano agarró un mechón. Los risos, con tonalidad color miel, se entremezclaban con el marrón natural. Dudaba. El pelo de Isabel, largo y sedoso, siempre había atraído las miradas de los hombres. De niña, cuando viajaban a la ciudad a realizar encargos, la gente se detenía en la calle a admirar a Isabel. En más de una ocasión fue necesario cubrirla con una capa para huir de las miradas indiscretas. Era la única forma de pasar desapercibidos. Con el tiempo, la capa pasó a formar parte del atuendo de Isabel y se convirtió en una capa mágica. Fue idea de Javier. Siempre Javier.

Se detuvo unos instantes para enjugarse las lágrimas. En ocasiones pensaba en él, cada vez con más frecuencia. Trató una vez más de cortar un mechón de pelo y no pudo. Lloraba en silencio, al lado de su hija. Después de un rato se tranquilizó. Hablaba serena, convencida de que sus palabras obrarían un milagro, un pequeño milagro. Solo eso necesitaba.

Jamás había creído en los santos, ni en la religión. Y, sin embargo, ahora imploraba en silencio, rogaba por la salvación de su hija a los santos, a la Virgen. Rogaba con el fervor de los desesperados, propio de los que nunca han creído. «Por favor, devuelvan la salud a mi hija y sálvenla de la maldad. Tomen mi vida en su lugar». Esas fueron sus palabras. Javier nunca hubiera aprobado su comportamiento: «Los dioses son el opio de los pueblos, Teté. Nada bueno se puede esperar de ellos». Así la llamaba en la intimidad, Teté.

Ahora, todo aquello quedaba demasiado lejos. Miraba a su hija con pesar, a la espera del milagro. Era la oración de una madre desesperada. Nada sucedió. Pasaron uno, dos minutos. Theresa acariciaba la cabeza de niña. Antes de cortar el primer trozo de pelo, mientras lloraba, fue incapaz de mantenerse en silencio. Hablaba sin parar, con cada corte, con cada jirón de pelo caído al suelo, se obligaba a ser más fuerte.

Ni siquiera sabía de dónde salían las fuerzas:—Hija, vencerás —le susurraba al oído. Nada podrá hacerte daño, lo verás. Somos más fuertes que los dioses, que la vida. —De pronto, quedó en silencio, consumida por la angustia, abandonada a su tristeza y a la realidad, como si un dolor profundo que naciera en el interior de su cuerpo devorara sus entrañas. Atormentada, adolorida, sin más fuerzas que las suyas, cayó arrodillada en el suelo.

El tiempo transcurría despacio. Recordó su vida en Francia con sus padres, después en el Pirineo con sus abuelos. La primera vez que se encontró con Javier en la sede de la Cruz Roja y tuvo la sensación, por extraño que parezca, de que su marido se encontraba allí en aquel momento, junto a ella.

Se levantó temblorosa, con el pelo revuelto y el rostro demudado por el asombro. Miraba en derredor, no había nadie y, sin embargo, sentía que estaba acompañada. Negó con la cabeza. «No puede ser, no puede ser». El viento agitó con suavidad sus cabellos y por un segundo tuvo la tonta idea de decir unas palabras al viento. No perdía nada con ello porque la necesidad de expresarse nacía de su interior y lo hizo de la única manera que sabía hablar a Javier, con ternura y suavidad, igual que se habla a las personas que uno quiere en los momentos difíciles.

—Javier, por favor, si estás aquí dame una señal. —Pasaron uno, dos minutos. «¿Qué

tontería?». Sonrió confusa mientras se secaba las lágrimas, y entonces escuchó el tintineo de la campanita con suavidad una vez, dos veces.

El viento había dejado de soplar y la campana continuaba sonando hasta que cesó repentinamente. «Por supuesto, el viento». Y de nuevo sonó otra vez, con tal suavidad que recordó la noche de bodas en París, mientras tocaban El Vals del Adiós de Chopin. Javier sonreía mientras le confesaba que era el hombre más feliz de la tierra: «jamás te abandonaré, Teté, nunca». Esas fueron sus palabras y ahora regresaba este recuerdo a su memoria.

Invasada por la nostalgia miraba con los ojos del corazón hasta que de nuevo aterrizó en la realidad. Fue suficiente para que cambiara su actitud. Se acercó a la oreja de su hija: «Escúchame bien, Isabel. Sé que me escuchas. Grábate estas palabras en el alma porque vienen tiempos difíciles, muy difíciles. —Hizo una pausa para tomar aliento.

Durante toda mi vida os he protegido a ti y a tus hermanos. No ha pasado un día en el que no me haya desvivido por ti, por ustedes. —Cada palabra era como el tañido de una campana vacío, no ejercía el menor efecto sobre la muchacha.

La madre, acongojada, no sabía qué más hacer—. Hija, sé que puedes escucharme. La vida no siempre es como esperamos. A veces es cruel y dura, tan dura que nos destroza, nos tritura. Ni siquiera tiene que ver con la verdad o la justicia, sino con prevalecer. —Tomó aliento decidida, con el recuerdo de Javier muy presente. Ahora hablaba en nombre de él.

Es necesario ser fuerte para prevalecer. No importa cuán fuerte te golpee la vida porque tienes que seguir adelante. Y duele, el hambre, el dolor, la tristeza, las humillaciones, las enfermedades, la pérdida de los seres queridos, la injusticia y la sed de venganza duelen, pero tienes que insistir, tienes que prevalecer.

A veces tendrás que arrastrarte por el polvo y caminar entre la porquería, pero sabes que te digo, mientras más profundo sea el agujero, más glorioso será tu regreso. Lucha, Isabel. ¡Lucha! Busca una razón en tu interior, tu padre, tus hermanos, el hijo que tendrás. —Los ojos de Theresa se iluminaron—. Hazlo por tu hijo, hazlo por papá, pero regresa. Cuando estés lista, regresa.

La madre acarició a su hija con ternura después de besarla en la mejilla. Sin prisa, los mechones de pelo caían al suelo hasta que finalizó el trabajo. Los remordimientos no se apartaban de ella ni un momento. «Debían haberse marchado a Francia dos años atrás, cuando todavía era posible y Javier vivía». Cada cierto tiempo regresaban estos pensamientos en forma de remordimientos.

La mayor parte de las veces los ignoraba. Hoy también, muy a su pesar. No importaba el esfuerzo realizado en apartarlos, aprovechaban el menor resquicio para recordarle los horrores vividos, la muerte de Javier a manos de asesinos, pero, sobre todo, su decisión. El enorme peso de su decisión.

Escuchó pasos de gente corriendo por el interior de la casa. En vez de asustarse fue paciente. Esperaba con serenidad hasta que Fermina salió al patio interior. La preocupación nublaba el gesto de la joven.

—He venido tan pronto me he enterado —dijo prácticamente sin aliento, con el pelo revuelto. Fermina era como una hija para Theresa. Desde niña había estado muy unida a los Arznaga. Ayudaba en las tareas de la casa como si fuera una integrante más y, en muchos sentidos, compartía la suerte de la familia. La joven se llevó la mano a la boca al ver el estado de Isabel.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué está así? —Isabel, Isabel. —Se acercó a la enferma—. ¿Por qué le has cortado el pelo? —Theresa la abrazó.

—Es una historia larga de contar. —Fermina titubeó unos instantes. Era tan raro. Solo unas

horas antes se divertían entre risas.

—Anoche estaba bien. Hace apenas unas horas... —El llanto impidió que continuara. Una cosa es escuchar la noticia de un desastre y otra bien distinta es enfrentarse a la amarga realidad, a la muerte de un ser querido, a la mutilación o la locura. Cualquiera de esas fórmulas implica la súbita pérdida del otro para siempre, y esta es una de las peores formas de crueldad.

Fermina lloraba. Tardó poco la madre en explicar la situación. La joven no perdía palabra mientras apretaba la mano de Isabel. Theresa alzó la cabeza. Pedro se encontraba bajo el umbral indeciso. Las palabras de Theresa consiguieron tranquilizarlo.

—Pierde cuidado, hijo. Fermina es parte de la familia. ¿Has hecho lo que te dije? —Pedro asintió brevemente, con las manos ansiosas—. ¿Tu hermano sigue en el portón?

—Lo dejé allí, entretenido como siempre. No se da cuenta... —La madre interrumpió.

—Debemos darnos prisa. —En ese momento, Antonio irrumpió en el patio muy agitado. Todas las miradas se posaron sobre él. Apenas tenía aliento. A pesar de sus esfuerzos por hablar, apenas entendían sus palabras.

—¡Antonio!, serénate hijo. —La naturaleza nerviosa del joven hacía que se moviera continuamente, con los ojos muy abiertos y el rostro consternado.

—Vienen, ya vienen —decía apenas sin aire. Theresa frunció el ceño.

—¿Quiénes? —El joven alzó la cabeza mientras recuperaba aire con las manos apoyadas sobre las piernas.

—La Guardia Civil, mamá. La Guardia Civil. —El desconcierto fue general, Theresa alzó la voz imponente.

—Si vienen los recibiremos como se merecen —dijo con la mirada perdida en la lejanía.

Una visita inesperada

Theresa cubrió la cabeza de su hija y Fermina con pañuelos negros y una manta. Sus órdenes fueron precisas.

—No os mováis del salón. Ustedes están enfermas. —Pedro y Antonio cargaban las escopetas de caza. Theresa los reprendió.

—¿Os habéis vuelto locos? —Los muchachos miraban asombrados a su madre—. Vayan a la cuadra. Antonio, ayuda a tu hermano. Quiero que lo limpien todo. —Los toques en la puerta interrumpieron a la mujer. Miró a sus hijas. Isabel temblaba. Era incapaz de despegarse de Fermina. El gesto desaprobatorio de Theresa se mantuvo unos segundos en el aire hasta desaparecer.

—Rápido, de prisa —ordenó a sus hijos—. Salgan por el fondo. Los toques en la puerta ahora eran insistentes. Fue a abrir contrariada. Un destacamento de la Guardia Civil integrado por seis hombres esperaba. Un oficial de estatura mediana, con el pelo muy corto y recién afeitado dio un paso atrás.

En alguna ocasión se habían visto en la calle o en la comandancia. De edad mediana y prolijo en el vestir, cuidadoso de los detalles. En el pueblo era conocido como el veneciano debido a sus cejas finamente delineadas y los labios carnosos.

—¿Por qué ha tardado tanto en abrir? —dijo sin más. El hombre miraba a Theresa con atención. No se dejaba impresionar con facilidad. Su participación en el campo de batalla, primero en la Guerra de Marruecos y luego en la Guerra Civil Española, le proporcionó una experiencia militar en la lucha contra guerrillas que muchos oficiales deseaban. También aprendió qué podía esperarse de los hombres cuando luchaban como fieras y emergían sus verdaderos instintos. No obstante, a pesar de su carácter seco y parco en dar detalles, de inmediato se sintió atraído por Theresa. Había algo en el aspecto de esta mujer, en su rostro, en sus gestos, que deshizo sus primeros intentos de registrar la masía a toda velocidad.

Parte de su fascinación consistía en la fuerza y el poder que emanaba de Theresa siempre tan firme y serena a pesar de las desgracias. En esta ocasión no fue diferente. La mujer hablaba despacio, mantenía la puerta entornada; una mantilla de color negro cubría su cabeza.

—Nos estamos preparando para asistir a misa, regresen más tarde. —Hizo ademán de cerrar la puerta. Se detuvo ante el gesto del oficial. A lo lejos, sonaron las campanas de la iglesia. Las miradas de ambos se cruzaron. El veneciano preguntó con suspicacia.

—¿Dónde están sus hijos? —La respuesta no se hizo esperar.

—Limpiando la suciedad. —El oficial reprimió una sonrisa. Era cierto lo que contaban de ella. Una mujer de carácter fuerte y sin miedo. Estaba acostumbrado a que hombres y mujeres temblaran ante su presencia. La actitud de Theresa, lejos de convertirse en una situación anecdótica, espoleó aún más su curiosidad.

—Nos gustaría echar un vistazo a la masía. —Se inclinó hacia adelante—. Anda suelto un asesino. ¿Sabía que esta noche ha vuelto a matar? —El veneciano observaba a la mujer con mucho interés. Theresa asintió levemente sin comprender el verdadero sentido de las palabras. En su cabeza, una procesión de pensamientos tensaba los músculos del cuello. Involuntariamente se llevó la mano a la nuca para aligerar la presión. Estaba tan cansada. «¿Adónde quería ir a parar este hombre?». El oficial siguió preguntando.

Había sacado una pequeña libreta. Tomaba apuntes con una consistencia metódica. ¿Dónde

estaban ustedes cuándo se produjo el incendio? ¿Saben la causa? «¿A qué venía todo aquello?». Theresa empezaba a ponerse nerviosa. Entonces el oficial, sin venir a cuento, se acercó lo suficiente como para reparar en una mancha de sangre minúscula en el cuello de Theresa y sin perder tiempo sacó un pañuelo de color blanco y extendió la mano.

—¿Me permite?

—¿Perdón? —La respuesta de la mujer fue tan espontánea que el veneciano reprimió una mueca de satisfacción. Disfrutaba al causar estos pequeños sobresaltos. Theresa se inclinó ligeramente hacia atrás. El veneciano guardaba la compostura, sus gestos denotaban firmeza.

—Por primera vez en mucho tiempo se sintió violenta. «¿Qué quería este hombre?».

—Será solo un momento —dijo mientras limpiaba la mancha de sangre. Tras examinarla unos instantes, la mostró a Theresa—. ¿Alguien se hirió durante el incendio? —El peso de la pregunta se mantuvo flotando sobre ellos hasta que Theresa encontró el aplomo necesario.

—¿Puede decirme su nombre? —Una duda revoloteaba cada vez con mayor insistencia alrededor del veneciano. En un principio, tenía la intención de hacer la visita reglamentaria, con rapidez y a su manera desde luego, pero ahora, después de cinco minutos su instinto, en cierta forma embotado por los años de servicio en el pueblo, funcionaba con una precisión asombrosa.

Analizó la respuesta de Theresa. Buscaba detalles porque: «detrás de los detalles se encuentra la verdad». Era uno de sus axiomas favoritos, vivir a través de los detalles, escudriñar las breves, minúsculas, inflexiones del carácter humano que finalmente revelan la verdad.

—Soy el subteniente Emilio —contestó sin apartar la mirada. Muy diferente era la actitud de Theresa, aireada, incómoda, incapaz de mantenerse quieta, cambiaba el peso del cuerpo de un pie a otro a intervalos regulares. A veces, en medio de las palabras.

—Emilio, ¿sabe que debemos estar en la iglesia antes de las nueve?

—Es correcto.

—Entonces ¿por qué nos retiene? —El veneciano analizaba cada uno de sus gestos de la mujer, el pelo recogido con cuidado y oculto por la mantilla de color negro. Torció la boca ligeramente hacia la izquierda. Sus palabras, dueñas de una tranquilidad calculada, no tenían prisa.

—Solo hago mi trabajo. —Theresa mantenía el aplomo, explicaba sus razones con naturalidad.

—Han incendiado el granero y hay un asesino suelto. —El rostro del hombre se oscureció.

—Por eso estoy aquí. —A lo lejos, se escuchó el mugido de varias vacas y revuelo de aves de corral acompañado de cacareos.

—Mi casa no tiene secretos. —El veneciano tomó la palabra a Theresa.

—En ese caso echaremos un vistazo. —No estaba segura de a qué jugaba el oficial. Jamás habían pedido permiso para registrar la casa. Por lo general, al abrir la puerta entraban en tromba, sin dar explicaciones. Hoy, en cambio, todo transcurría de una manera muy diferente. Desconfiaba.

El veneciano seguía sin apartar los ojos de ella. Por fin, abrió la puerta. Señaló al interior, a un mueble en el que se encontraba Fermina e Isabel.

—Mi hija y su amiga están enfermas. No deben molestarlas. —El oficial guardaba silencio. Las vacas mugían cada vez con más frecuencia.

—Tengo entendido que uno de sus hijos es muy impulsivo. «Ahora lo entendía» —Theresa se acomodó la mantilla sobre los hombros escondiendo su angustia, pero en ningún momento bajó la cabeza. Su rostro, en los mayores momentos de peligro resplandecía dueño de una serenidad propia de las grandes almas. Se mantuvo en sus trece sin perder el aplomo. «En

realidad, ¿qué más daba y, por otra parte, ¿quién era este hombre para venir a su casa a rebuscar?»?

—Los niños están trabajando. No han salido en toda la noche, si eso es lo que pregunta. —El subteniente se acercó con lentitud hasta encararse con la mujer. En el interior de la casa entraba la luz a través de las ventanas. El veneciano era un hombre alto y fibroso, con los huesos grandes y el pelo muy negro, de porte imponente y piel cetrina.

—¿Cómo puede estar tan segura? Los asesinos suelen ser sigilosos. El año pasado atraparon a uno en las ramblas de Barcelona. Casualmente su madre lo protegía. —Theresa no apartó la mirada. En otra época, bajo otras circunstancias, el enfrentamiento hubiera acabado mal. Mal para él o para ella, ¿quién lo sabía? Los soldados sentían curiosidad por el desenlace de la situación. El veneciano tenía fama de ser un hombre valiente y de mal carácter escondido bajo una sombra de piedad.

El cacareo de las gallinas, en su precipitada huida ante las voces de los soldados, atrajo la atención del veneciano. Se apartó con rapidez de la madre y salió al patio otra vez. Dos soldados empujaban a los hijos de Theresa con el cañón del fusil.

Pedro tenía un ojo morado. Era el que más resistencia oponía, con el rostro rojo, los carrillos llenos de aire de tanto resoplar y las venas del cuello hinchadas. Cuando recibía un empujón se daba la vuelta para defenderse. El soldado entonces golpeaba en las piernas con la culata con poco éxito porque el muchacho, debido a su tamaño y agilidad, era capaz de controlar a su adversario con las manos.

El veneciano intervino cuando el resto de sus hombres, enardecidos por el brío de Pedro y su tamaño, se aprestaba a darle una paliza.

—Que nadie se mueva —ordenó a sus hombres. Theresa tardó poco en salir en defensa de sus hijos, abrazaba a uno y a otro. Antonio se encontraba bien. Pedro, en cambio, además del ojo morado tenía la camisa rota por varias partes y magulladuras en el cuello y las manos.

El muchacho se encontraba al límite de su paciencia. Theresa conocía de sobra su mirada, la actitud tensa y distante, los puños apretados. Miraba a los soldados con desprecio, convertido en una fiera. Theresa olió el peligro.

—No pueden tratar así a mi hijo. Es un niño. —El veneciano sonrió.

—Un niño crecinito, señora. —Los ojos de Theresa relampaguearon.

—¿Con qué derecho vienen a tratarnos como si fuéramos ladrones?, ¡en mi propia casa! —El veneciano escuchaba con atención hasta que intervino con cierta parsimonia, restando importancia a la situación.

—Es cierto, son niños. Crechitos, pero niños. La juventud es impulsiva —reflexionaba—. Hay muchas cosas de las que un hombre puede sentirse orgulloso y abusar de dos niños no es una de ellas. —Theresa escuchaba expectante—. Nos iremos —continuó el oficial. La mujer no daba crédito—. A su debido tiempo, —añadió. ¿Se puede saber qué ha pasado? —preguntó a sus hombres. La respuesta suscitó un silencio lúgubre. El veneciano se dirigió a Theresa.

—¿Se puede saber por qué "los niños" —recalcó la frase—, tienen tanto interés en que los soldados no entren a la cuadra? —Ahora miraba a Theresa con el rostro sombrío. El silencio, una vez más, cabalgaba sin descanso alrededor de ellos. Los soldados, el veneciano, Pedro y Antonio miraban a la mujer. Confusa, sin saber qué decir, expresaba la rabia a través de los ojos. Adivinó entonces, por el gesto del veneciano, que estaba a punto de hablar y se adelantó.

—No acostumbramos a tener visitas. Mis hijos tan solo han defendido la propiedad como haría cualquiera de ustedes. Es su derecho, están en propiedad privada. Si quieren que les mostremos la masía con mucho gusto los acompañaremos.

El gesto del veneciano, a punto de emitir sentencia, quedó congelado. Una vez más observaba el rostro pétreo de Theresa, su pecho ondulante agitado por la respiración. Tardó en reaccionar. En parte, porque sentía su incapacidad para descifrar a esta mujer. Cuando pensaba que había atrapado una idea esta se escurría entre sus manos. El desconcierto también despertaba admiración.

—Significa esto, —dijo observando a los presentes—, que debemos disculparnos y solicitar que amablemente, nos muestren la masía. —Las vacas seguían mugiendo. —La voz de Theresa, antes enérgica y rotunda, ahora sonaba amable y tranquila.

—Los niños tienen que ordeñar las vacas, sacar el ganado, dar de comer a los cerdos. Las puertas de la masía están abiertas para ustedes, pero debemos estar en la iglesia a las nueve y son pasadas las siete. —Emilio arrugó el ceño.

—En ese caso no perdamos tiempo. —El veneciano escrutaba los ojos de la mujer en busca de indicios. En vez de encontrar debilidades, sus intenciones se estrellaban continuamente con el mismo rostro inexpresivo. Un muro construido de paciencia, dolor y tristeza.

—¿Adónde quieren ir? —replicó Theresa.

—Empecemos por la cuadra. —Fiel a su temperamento, la mujer no tardó en contestar.

—En ese caso, síganme. Mientras más rápido terminemos será mejor para todos. Quiero estar en la misa de las nueve —comentó antes de echar a andar en compañía de sus hijos. Los soldados esperaban la orden del veneciano. Theresa se detuvo a los pocos pasos. Aprovechó para hablar discretamente con sus hijos. No perdía de vista a los militares.

—¿Consiguieron hacer la limpieza? —El mayor negó con la cabeza.

—Es culpa de este.

—¿Cómo te atreves? —Fue la respuesta de Antonio—. ¡Por tu culpa nos descubrieron! —La madre apaciguó los ánimos de ambos, sobrecogida. «Todo está perdido». Luego, tras besarlos en la frente, fue incapaz de reprimir un pensamiento oscuro. Tragó saliva, necesitaba calmarse. —El veneciano parecía distraído, inmerso en sus reflexiones. Las miradas de ambos coincidieron. Theresa forzó una sonrisa breve. Y, sin que mediara palabra alguna abrazó de nuevo a sus hijos con fuerza, en especial a Pedro.

De súbito, la invadió una ola de tristeza al pensar en Isabel. «¿Cuál será el destino de la niña? —El viento deshizo sus pensamientos. El oficial tardaba en decidirse. Aprovechó la distracción de los soldados. Tal vez, con un poco de suerte. «Los niños, ellos podrán salvarse» —Habló en voz baja, con una sonrisa en los labios mientras miraba a los soldados a menos de cinco metros. Antonio era el menos avisado, lo pellizcó en el cuello.

—Deben huir antes de que lleguen a la cuadra, corran con todas sus fuerzas. Escóndanse en el bosque. Su hermano los encontrará —dijo mientras arreglaba el cuello de la camisa de Pedro.

—¿Me estás escuchando, Pedro? —Antonio guardaba silencio. Theresa estaba preocupada por Pedro, su reacción... —Hijo, ¿me estás escuchando? —No respondía. El veneciano caminaba hacia ellos cuando Pedro contestó.

—No me iré de aquí sin ustedes, madre. Aunque me cueste la vida. Además, hay una cosa más. —Theresa sonrió.

—Tienes el don de la oportunidad, hijo. El joven siguió hablando.

—Es urgente. —Theresa sonrió una vez más.

—Siempre tú y tu manera de hacer las cosas. Me tienes harta. Anda y cállate que ahí viene el flamante subteniente.

El veneciano reflexionaba. En determinadas circunstancias prefería la reflexión a la premura. Planificaba cada uno de sus actos con meticulosidad. Las mejores ideas no provenían de la prisa

sino del análisis metódico. Es cierto que en un principio era extremadamente lento, pero luego, cuando encontraba la solución se movía con una rapidez y contundencia extraordinarias.

A medio camino se detuvo. Luego, de pronto, instruyó a sus hombres para que rodearan a Theresa y sus hijos. La mujer sonrió con amargura.

—¿Ahora somos prisioneros? —El subteniente se deshizo en elogios.

—De ninguna manera. Es solo una formalidad rutinaria. ¿Tengo entendido que nació en Francia? —dijo mientras caminaba a su lado.

—En París.

—Extrañará su tierra.

—También quiero a España. —La distancia hasta la cuadra era cada vez menor. —Theresa buscaba la manera de ganar tiempo.

—Claro, es comprensible. —Theresa se detuvo.

—¿Quería preguntarle si los niños pueden ir a ordeñar las vacas? Desde hace una hora debían estar aliviadas y fíjese las horas que son. —El veneciano rechazó la propuesta.

—No tardaremos —comentó en la puerta de la cuadra—. Enseguida podrán continuar con sus deberes. Eso, a menos que nos encontremos con una sorpresa —dijo antes de entrar en la cuadra. Theresa miraba en derredor, no había posibilidad de escapatoria. Entonces el oficial asomó la cabeza serio.

—¿Por qué no entra conmigo? —La mujer fue tras él, muda. Los caballos se agitaron al verlos. —Theresa trató de tranquilizarlos con caricias.

—Calma. Será solo un momento. —El oficial revisaba los estancos uno a uno. Llegó al de Tristán. Pasó de largo, pero luego regresó sobre sus pasos reflexivo. Tristán observaba al oficial desde su cubículo. El hombre miraba con detenimiento al animal, su piel lustrosa y parda, los ollares dilatados, los ojos nerviosos. —La voz del militar sonaba suave y tranquila.

—Dicen que los animales huelen el miedo. —Theresa no contestó. El veneciano siguió hablando—. Es un animal hermoso.

—Uno de los mejores caballos de la zona —contestó la mujer. El oficial clavó su mirada en ella porque tenía la sensación. Tal vez no, pero. Quizás. Sus pensamientos se quedaron flotando.

—La fama de vuestros caballos es conocida en toda la región. Lo que no entiendo es por qué lo han cambiado de sitio. —Theresa trataba de mantener la calma. En caso de que encontraran al muerto lo negaría todo —pensaba aterrada ante las consecuencias para su familia. «Isabel, ¡qué no harían con Isabel!» —Se apresuró a contestar empujada por la inercia.

—No lo hemos cambiado de sitio. —La mueca de asombro del veneciano fue tan acusada que Theresa temió por su vida. Por suerte, no significaba nada, de momento. Al menos nada que implicara peligro inmediato.

—Entonces ¿de dónde viene la sangre?

—¿Cómo dice? —Theresa se acercó al cubículo. Tristán se encontraba parado en medio de un charco de sangre mezclada con paja seca y estiércol.

—La sangre es reciente —anunció el veneciano—. ¿Se puede saber qué ha pasado aquí? —Theresa estaba tan asombrada como él.

—No lo sé. Tendré que preguntar a Isabel. —Entonces se le ocurrió una idea—. Estará enfermo. A veces pasa. Cuando los entrenamos demasiado. Debemos llamar al veterinario. —La mujer entró al cubículo; enseguida venció la resistencia del animal, acariciaba su crin para tranquilizarlo. No había rastros del cadáver. —El veneciano, después de inspeccionar cada cubículo, abandonó la masía. A medida que se alejaba, crecía en su interior la sospecha de que había pasado por alto los detalles más importantes.

Tan pronto los soldados se fueron, Theresa se reunió con sus hijos. Los regañaba por no decir la verdad.

—¿Acaso se creen que es un juego?, la vida no es un juego. —Antonio quería hablar, pero Theresa no lo dejaba, hasta que Pedro interrumpió a su madre.

—Es que no hemos sido nosotros, mamá.

—¿Cómo? —La respuesta causó el mismo efecto que si le hubieran arrojado un balde de agua frío en pleno invierno. «¿Si no habían sido sus hijos, entonces quién?» Pedro se adelantó vacilante.

—Los soldados. —Todos lo miraron intrigados. «¿Acaso se había vuelto loco?» Pensaba la madre.

—No es momento de llamar la atención, Pedro. El chico quiso explicarse y la madre interrumpió nerviosa.

—¡Pedro! No estamos para tonterías. Ve a vestirme que nos vamos. —Entonces el muchacho se quedó mirando a su madre, como si reflexionara. Hizo ademán de marcharse y a mitad de camino regresó sobre sus pasos.

—Tienen que saber esto. Mamá, hay un soldado escondido en el almacén de las vacas. —La madre se acercó cautelosa.

—Como sea una de tus bromitas te vas a enterar. —Amenazó al hijo con el puño. Pedro no rehuyó su mirada.

—No, mamá. Hay dos soldados en el almacén y un guía. Son de la resistencia. Mientras Antonio iba a buscar una manta me ayudaron con el cuerpo y cuando apareció la Guardia Civil les dije que se escondieran en el almacén y yo fui al encuentro de esas bestias. No les rompí la cabeza por respeto a ti, madre. Necesitan encontrarse con Pablo.

Silencio absoluto. A pesar de la broma de mal gusto, Pedro continuaba como si con él no fuera, altivo, con actitud desafiante. La madre comenzó a sospechar. Tal vez no se trataba solo de palabras. A la mujer se le humedecieron los ojos tan solo de pensar en la posibilidad de ver una vez más a su hijo Pablo.

—¿Cómo has dicho? —Pedro se acercó un poco más.

—Están aquí, mamá y necesitan ayuda.

—Pero, Pedro. Hijo. ¿Quiénes están aquí? —El muchacho contestó tranquilo.

—Ya te lo dije. —El muchacho hizo una pausa—. Y hay algo más. Uno de ellos está herido y necesita un médico.

El consejo de Clara

El revuelo causado por las palabras de Pedro fue general. La única que permanecía impasible era Isabel. Theresa, a pasos apresurados, fue en dirección al almacén. Pedro consiguió alcanzarla a mitad de camino. Antonio caminaba detrás a trompicones. En la mitad del camino, Theresa ordenó al menor de los tres, Antonio, que vigilara la entrada. La decisión de su gesto y el tono de voz no admitía replica. Fermina se había quedado cuidando de Isabel.

Theresa cruzó el patio aprisa. Los restos del granero todavía humeaban. Al fondo, se encontraba el establo de vacas delimitado por una valla de metal y en un extremo, bajo la sombra de un álamo, se encontraba el cobertizo, rodeado de hierbas. Se detuvo frente a la puerta. Solo cedió cuando empujaron con fuerza. Pedro llamó a los guerrilleros en tono amistoso. No hubo respuesta y entraron.

Las pilas de heno se amontonaban unas sobre otras. Una horquilla estaba encajada sobre la pila de heno más grande, como si alguien la hubiera dejado allí apresuradamente. La luz del amanecer se filtraba a través de las rendijas del cobertizo, creando un juego de sombras sobre el suelo de tierra seco. La madre recorría con la mirada las altas pilas de heno. Allí no había nadie. Su rostro reflejaba alivio y pesar.

El muchacho no sabía qué decir. La puerta estaba extrañamente atascada, como si alguien la hubiera bloqueado desde dentro. «¿Había sido una alucinación, un sueño»? Con dudas, avanzó cauteloso. Retiró la horquilla y entonces tuvo una idea. «No, no era un sueño. Esto no estaba así cuando vine a alimentar a las gallinas esta mañana. Alguien ha estado aquí después de eso. Tuvieron que ser ellos».

En una esquina del cobertizo había una trampilla que permitía el acceso a una cueva pequeña bajo tierra excavada en la roca. Ni siquiera se acordaba de ella. De hecho, «sí, ahora recordaba». El mismo había aconsejado a los tres hombres que se refugiaran bajo tierra. Theresa no quitaba los ojos de encima a su hijo.

—¿Qué vas a hacer? —dijo cuando el muchacho caminó en dirección a la trampilla. Hizo una seña a su madre para que guardara silencio. Apartó el heno de la trampilla e hizo el intento de levantarla. No pudo. Estaba asegurada por dentro. Entonces, sin que supiera muy bien la razón, la trampilla cedió. Theresa por fin respiró aliviada.

—Ya es suficiente, Pedro. —El muchacho miraba a su madre con una sonrisa enigmática. La mujer, solo por complacer a su hijo, asomó la cabeza un instante para retirarla con precipitación. En el fondo del escondite, destacaban los ojos azul claro de un hombre sentado en el suelo, con las piernas extendidas. Sostenía un revólver en la mano con firmeza. La expresión del rostro denotaba cansancio.

Pedro preguntó por el guía. El piloto no entendía español, pero sí francés. Hablaba con un acento cargado y errores de todo tipo. Cosa que, al final, no importaba demasiado porque se hacía entender. El guía y su compañero habían salido. No sabía adónde. Hizo una pausa. Preguntó si podían darle agua. El hombre tenía el rostro sudado y cubierto de polvo.

La mano que empuñaba la pistola estaba manchada de sangre. Theresa fue a por un botijo de agua. Pedro descendió a través de la trampilla para ayudarlo a levantarse. Fue incapaz de tenerse en pie, a los pocos segundos se derrumbó. Sangraba por el lado izquierdo del abdomen, a la altura de la cintura. Preocupado, el muchacho corrió hasta la casa. Su madre venía de camino.

—¿Dónde vas?

—A por medicinas.

—Ya traigo todo lo que necesitamos. —En la espalda sostenía una mochila con vendas y apósitos para limpiar la herida. Realizaron la primera cura con éxito. Theresa miraba el reloj continuamente. A los quince minutos procedieron a vendar. El piloto preguntó por la gravedad de la herida. Nadie contestó. Theresa, a pesar de los años transcurridos desde su desempeño en la Cruz Roja como enfermera, se movía con desenvoltura. —El piloto era insistente en sus preguntas. Theresa sufría sus majaderías con paciencia.

—¿Tiene cigarro?

—Por favor, quédese quieto. —Finalmente vendó la herida, pero antes echó un polvo blanco en el interior y por los alrededores—. ¿Sabes lo que es esto, Pedro? —El chico negó con la cabeza. Observaba cada movimiento de su madre como si no quisiera perderse el menor detalle.

—Es penicilina. Sirve para matar a los microbios.

—¿Fue lo que usaste una vez con Zeus? —Theresa levantó la cabeza para mirar a su hijo.

—¿De verdad te acuerdas de eso? —El hijo sonrió.

—No fue hace tanto tiempo, mamá. —Theresa terminó de curar al herido y se detuvo a contemplar el rostro del piloto. Apenas era un niño. «¿Cuántos años podría tener? ¿Veinte años? ¿Veintiuno?». —Debido al cansancio, el muchacho acurrucado sobre la cama de heno improvisada por Theresa empezaba a adormilarse. Una vez más, la mujer consultó la hora. Las ocho y diez de la mañana. Pedro observaba el revólver tirado en el suelo. Theresa hablaba con el piloto.

—Escucha, tenemos que irnos. Cuando regresen tus amigos que no salgan de aquí. Ninguno puede salir de aquí. Tienen que irse. ¿Entiendes? —El piloto contestó con voz apagada, y los ojos semicerrados. El cansancio y la debilidad por la pérdida de sangre hacían su trabajo. Intentó levantarse en vano. Tuvieron que sostenerlo para que no se hiciera daño. Aun así, sonrió. Nadie sabía por qué excepto Theresa, conocía muy bien esa sonrisa cargada de determinación en los jóvenes. Detrás, por lo general, venía la muerte.

El rostro sucio del piloto contrastaba con los ojos azul claro. A pesar de su debilidad, el chico de pronto empezó a retorcerse con furia, como si hubiera enloquecido. Theresa y su hijo se encargaron de inmovilizarlo. El piloto trataba de vencer su resistencia para escapar. Un esfuerzo inútil. Con las últimas fuerzas escupió en el rostro de Theresa.

—Tradores, prefiero la muerte antes de me entregaran. —Theresa se limpió la saliva y acto seguido, abofeteó al piloto.

—¡Nadie piensa entregarte, pero tienes que irte! ¡Pones en peligro a mi familia y eso no lo consentiré!, ¡no tienes derecho, seas inglés o de la luna! —El soldado parecía sorprendido. Theresa agregó:—Nadie piensa entregarte. Ahora, tenemos que irnos. —Las fuerzas del piloto menguaban, adormilado, hacía esfuerzos por mantenerse despierto. Pedro aprovechó el descuido de su madre para apropiarse del revólver y esconderlo bajo la camisa. Theresa recogió la mochila y emprendieron el regreso. A mitad de camino se encontraron con Fermina. La muchacha, al percatarse de su presencia, corrió hasta ellos.

—¿Dónde está Isabel? —preguntó la madre. Fermina miraba a uno y otro lado con desesperación, hasta que las palabras de Theresa surtieron efecto. La mujer hablaba sin prisa. Había vivido demasiado como para dejarse vencer por un fuego en el granero y las intenciones de un grupo de hombres. Si pensaban que el hambre y el acoso bastarían para rendirla se equivocaban. Agarró a Fermina por los hombros.

—Tranquilízate y explícame qué ha pasado. ¿Dónde está Isabel? —A pesar del esfuerzo, la joven se había quedado sin palabras. Pasaron dos o tres segundos, mientras gesticulaba abrazada por el pánico. Hasta que consiguió hablar con mucha prisa, con el tono ansioso y la vergüenza

enredada en las palabras.

—Es que no lo sé. Fui al baño un momento y cuando regresé, ya no estaba. Pensé que había venido a buscarlos. De verdad, no lo sé. Lo siento mucho, de verdad —contestó con el rostro sudado y lleno de arrugas. —Theresa endureció el gesto.

—¿Por qué nadie me hace caso cuando digo las cosas? ¿No te dije que la cuidaras? —Fermina escuchaba la reprimenda en silencio—. ¡Antonio!, ¡Isabel!, —gritó la madre. Pedro también se puso a dar voces. No tuvieron que esperar mucho. Antonio contestó desde la cuadra y fueron a buscarlo. El muchacho los esperaba en la puerta.

—Madre, si no nos apuramos llegaremos tarde a la iglesia. —Theresa fulminó a su hijo con la mirada.

—¿Y tu hermana? —El chico señaló hacia la cuadra.

—Ahí dentro. Me la encontré deambulando por el patio y la seguí.

—Pero ¿qué está haciendo?

—Será mejor que entres mamá y me digas porque no tengo ni la menor idea. No responde cuando le hablo y se pasa el tiempo a gatas como si fuera un caballo. —Theresa lanzó una mirada amenazadora a Antonio.

—No quiero imaginarme que se está revolcando en el estiércol de los caballos. —El rostro del muchacho enrojeció.

—Bueno, no estoy seguro. —Theresa se puso furiosa. El muchacho bajó la cabeza. No sabía qué hacer. Theresa mantenía un tono severo y autoritario.

—¿No estás seguro?

—Algo más o menos así. —Finalmente, Theresa apartó a su hijo. Isabel lloraba en el suelo, entre el estiércol y la paja. La madre intentó levantarla y no pudo.

—Venga, ayudarme. ¿Qué hacéis ahí parados? —Antonio y Fermina alzaron a la muchacha que pateaba roja de ira.

—Pero Isabel, hija ¿qué te ocurre? —La madre le daba palmaditas en el rostro. Fermina trataba de quitarle un cordón hediondo. Por mucho que lucharon con la muchacha costaba horrores moverla.

—Tendremos que llamar a Pedro —dijo Fermina. —Theresa se había apartado para observar a su hija. La joven continuaba llorando. Fermina hizo ademán de llamar a Pedro y la madre intervino.

—No llaméis a nadie. No hay nada malo en que tenga ese trozo de cordón. ¿Quieres llevar ese cordón hija? —La joven no respondió. Tan solo sostenía el trozo de cordón con fuerza en la mano. Theresa se dio por vencida.

—Nos vamos o no llegaremos. Fermina, limpia un poco a Isabel. Quiero que mi hija vaya lo más decente posible. —Pedro asomó la cabeza.

—Mamá, te buscan.

—¿Quién es ahora?

—La madre de los Quintana. —Theresa echó un último vistazo a su hija y salió con el cabello alborotado y preocupada por la hora. Clara la esperaba con una mantilla sobre los hombros. Las mujeres se saludaron con un beso. Eran vecinas de muchos años así que fue directa al grano.

—Vine a buscarte para que subas con nosotros a la iglesia. Ahí fuera está mi Leo y Antoñico. ¿Te falta mucho?

—Estábamos a punto de salir.

—Cuanto me alegro, Theresa, cuánto me alegro. Oye, por cierto. ¿Tú no tendrás un poquito

de leche que nos puedas dar luego? A mi Leo todavía no le pagan y Antoñico sigue buscando trabajo. Ahora en la fábrica nueva, igual lo contratan. El capataz dijo que estaban mirándolo así que tenemos esperanza. —Theresa asintió levemente.

—Luego que pasen los niños a buscarla.

—Eres un amor, un amor. —Abrazó a Clara. Se conocían casi desde el inicio de su llegada al pueblo. La familia de Clara formaba parte de los vecinos acomodados que militaban en los partidos de izquierda, con tierras, animales y una explotación lechera próspera que fue expropiada a finales de 1937, cuando las fuerzas nacionales quebraron la resistencia republicana.

Las represalias fueron inmediatas. Su marido fue fusilado y los bienes, tras ser confiscados, acabaron en manos de Ángel Iznaga. Pasaron de la riqueza a la pobreza más absoluta de un día para otro. Dormían en una casita infame, con goteras y semiderruida, por la que pagaban un alquiler excesivo, también a Ángel Iznaga.

Theresa abrazó otra vez a la mujer con fuerza. Pensaba en el momento que le tocaría a ella y a sus hijos. Si no vivían en la calle era porque su marido jamás había militado en ningún partido político, tampoco hizo negocios con los republicanos, al menos de manera directa. Aunque sus simpatías por los republicanos eran conocidas por todos. Se trataba de una cuestión de tiempo. No se hacía ilusiones.

Theresa estaba convencida de que el proceso de incautación había comenzado con el asesinato de Javier, dos años atrás. Ahora buscaban una excusa para asfixiarlos. La quema del granero era la mejor prueba de ello. Fermina e Isabel salieron de la casa y detrás sus hermanos. Clara se puso confidencial.

—Ándate con ojo, Theresa. Desde ayer se dicen muchas cosas sobre ustedes. Por cierto, qué linda está tu hija. —A Theresa no la tomaron por sorpresa las palabras de Clara.

—¿Y qué dicen?

—De todo —contestó cuando echaron a andar—. Subieron la cuesta que marcaba el inicio de la pequeña ciudad y Clara se introdujo por una calle aledaña.

—Nosotros nos quedamos aquí. Ya cumplí con sacarte de la casa. Vete derecho y no faltes a la misa —dijo mientras se marchaba con sus hijos. Theresa agarró la mano de Clara en el último momento.

—No me has contado qué cosas se dicen. —Clara se persignó.

—Mejor ni te las cuento, pero ten cuidado. Esta mañana han aparecido cuatro muertos en el puente de los suspiros con un cartel en el pecho que ponía "por rojos". No te hablo del estado de los cuerpos. Torturados hasta la muerte. —Theresa se apartó con repulsión.

—Eso no tiene nada que ver conmigo. Somos una familia de paz. —Clara se santiguó.

—Eso espero, pero los muertos no hablan y la verdad, tal y como están las cosas, con tanto muerto que le están haciendo al ejército, no dudo que el día menos pensado, solo por fastidiar, porque eres la madre, se aparezcan en tu casa y, ya sabes. —Se acercó cautelosa a Theresa—. El nombre de Pablo pesa demasiado. Este es el segundo capitán que muere en menos de seis meses. Igual se quedan tranquilos, ¿quién sabe?

Ahora, cuídate porque están muy rabiosos. Sobre todo, el capitán Galán. Anoche juró que mientras Pablo siguiera vivo mataría cada día a cuatro comunistas. Casualidad o no, hoy han aparecido cuatro hombres sin tripas, rellenos de paja, sin ojos y sin dientes —dijo la mujer antes de marcharse apresurada. Theresa no sabía qué pensar. Aceleró el paso y se puso al lado de su hija con una corazonada que la acompañó durante el camino hacia la iglesia. De momento, solo pensaba en una cosa, sobrevivir.

La humillación de Galán

El coronel Arteaga se había reunido esa mañana con los capitanes encargados de liderar la captura de Pablo. Miguel había llegado una semana antes, justo cuando el capitán Santacruz iniciaba el operativo en la sierra contra Pablo. No coincidieron esa vez y luego fue muy tarde. Miguel estudiaba la situación, por eso se sorprendió al enterarse en la mañana del fuego en la masía de los Arznaga. «Un fuego, en la masía. Además, en el granero». Galán se lo había comentado a primera hora. Hablaron poco, tal vez cinco minutos.

—Y bien, ¿qué te parece? —Miguel guardaba silencio.

—No lo sé, la verdad. Habrá que investigar. Quizá fue un descuido. No es raro, ¿verdad? —El capitán obvió la pregunta.

—¿Y la situación cómo la ves? ¿Tienes alguna idea para capturar a Pablo? —Miguel no prestaba atención a las palabras de Galán. Se había quedado absorto pensando en el fuego. Contestó sin prisa.

—Es demasiado pronto. —Galán observaba el rostro de su compañero con atención, su hablar suave y pausado, la mirada perdida en la lejanía. Esperó el momento oportuno para interrumpir.

—Comprendo. Sigues recopilando información. Pues te diré lo que pienso. Hasta ahora nadie ha sido capaz de llegar a Pablo. Lo máximo que hemos hecho es matarle doce hombres. Fíjate, doce hombres en dos años. Nosotros hemos sufrido alrededor de noventa y cuatro bajas, eso sin contar la muerte de Santacruz y varios de sus hombres. Es una locura. A veces pienso que tenemos un soplón. —Miguel arrugó el ceño y se aventuró a intervenir por mera formalidad. Prefería estudiar un poco más la situación antes de emitir una opinión.

—A lo mejor conviene ir más despacio. —Galán se quedó pensativo unos instantes y luego, como si hubiera descubierto una verdad inminente sonrió—. No lo descartes, posiblemente sea lo mejor. De hecho —reflexionó antes de poner la mano sobre el hombro de Miguel—, creo que es la única manera de atraparlo. —Miguel observaba al otro serio.

—Eso es lo que me gustaría, pero la situación es compleja y en Madrid quieren resultados. Por eso estoy aquí. —Galán sonrió.

—Hay algo que no sabes. El ataque de Santacruz debilitó la posición de Pablo. De hecho, —las facciones del capitán se endurecieron—, ¿puedo confiar en ti? —preguntó cauteloso. Esta vez Miguel fue el que sonrió mientras asentía con lentitud. Galán continuó hablando—. Pablo está mal herido. Durante un tiempo no podrá moverse de la zona y el enfrentamiento con Santacruz le ha causado muchas bajas. Por lo menos necesitará dos o tres semanas para reorganizarse. —Miguel estudiaba al capitán, un tipo con buen porte, alto con movimientos enérgicos, muy persuasivo. Decidió interrumpirlo.

—Según el informe Santacruz cayó en una emboscada. —Galán contestó de inmediato.

—Tonterías, sus hombres me contaron la situación.

—El desastre, dirás. —Galán no se dio por enterado.

—Pablo cayó en la emboscada, perdió más de cuarenta hombres, pero Santacruz cometió un error. Se metió en una vaguada a perseguirlo con varios de sus hombres y entonces los emboscaron a ellos. Nadie se lo explica, asumo que fue un acto desesperado, la audacia de los que no tienen nada que perder, y Pablo tiene una estrella en el culo. Se libró por muy poco.

—Conoce muy bien la zona.

—Miguel, Pablo está acabado. Atraparlo es cuestión de días.

—Entonces, los informes oficiales...

—¿No te dije que había un soplón entre nosotros? Es una estrategia de distracción. El rumor correrá, Pablo se sentirá seguro y caeremos sobre él. Tengo a mucha gente trabajando en ello. Es cuestión de días que el soplón cometa un error.

—¿Entonces?

—Vengo a ofrecerte mi ayuda.

—Se supone que debo hacer mi trabajo.

—Nadie te dice que no lo hagas, pero si necesitas más tiempo lo tienes. Pablo no se irá a ninguna parte. Haz tus averiguaciones, tómate tu tiempo. Te informaré a su debido momento para caer sobre él, pero vamos. Sus amigos, sus colaboradores, su círculo íntimo pronto caerá.

—Había pensando en centrarme en su familia, en cambio ustedes... —Galán sonrió.

—Trabajar con la familia no ha dado buenos resultados. En cambio, con su círculo de amigos hemos adelantado mucho. —Miguel dudaba.

—Quiero estar informado en todo momento de la investigación. —Galán asintió.

—Lo estarás. Además, me encargaré del coronel Arteaga. Es un poco nervioso y cuando las cosas se ponen tensas puede ser complicado hablar con él. A cambio encárgate de Madrid. —Miguel arqueó las cejas.

—¿Qué quieres?

—Que no molesten al menos durante dos semanas, que nos dejen hacer nuestro trabajo. —Miguel dudaba—. ¿Puedes encargarte o no?

—Si me das tu palabra me encargaré de apaciguar a Madrid el tiempo que sea necesario.

—Entonces no hay nada más que hablar. —Galán extendió un dossier a su compañero.

—¿Y esto? —Miguel abrió el documento.

—Un regalito.

Desde su llegada a Grevias el capitán Galán no perdía la oportunidad de entablar conversación con él. Se cruzaba con Galán en la Plaza de la Virgen del Buen Amor o en los actos públicos. Galán siempre hacía alusión a la destreza táctica de su gran amigo Santacruz. Consideraba que los días de Pablo estaban contados. Miguel, en cambio, prefería la cautela. Sobre todo en un caso como este en el que se enfrentaba a una especie de héroe local que había dado muestras de un talento especial para mantenerse a salvo en el monte. Sin lugar a duda, se trataba de un personaje pintoresco. —Galán hablaba con determinación.

—Es un informe sobre Pablo. Te ahorrará un tiempo precioso. —Miguel revisaba el documento sin prisa.

Los antecedentes de Pablo encerraban la clave para capturarlo. Tenía veintisiete años, graduado de Ingeniería de Montes por la Universidad de Madrid. Desde los veintinueve años trabajaba en el negocio familiar, representando con eficacia a los intereses de los Arznaga, estableciendo convenios con otros ganaderos para comprar sus tierras e impulsando el uso de las técnicas más avanzadas para incrementar la explotación agrícola. Con frecuencia visitaba Francia y tenía pensado viajar a Estados Unidos en el verano de 1940, justo cuando asesinaron a Javier.

A medida que profundizaba en la vida de Pablo más difícil le parecía atraparlo. Después de ojear varias páginas, se detuvo en el apartado del padre. Las circunstancias de la muerte de Javier Arznaga no estaba claras. En cierta forma, era natural que el muchacho se hubiera lanzado al monte para vengar la muerte del padre si no encontraba respuesta a su reclamo en las instituciones oficiales. No tenía novia. Tampoco se le conocían vicios y la gente en Grevias siempre se dirigía a él con respeto. Sospechaba que generaba más simpatías de las expresadas.

Sus únicas aficiones conocidas eran el trabajo y la caza.

Solía perderse en la sierra durante uno o dos días, con sus amigos. Daban grandes batidas por la sierra y regresaban con las mulas cargadas de jabalíes y conejos. Su habilidad como cazador era muy conocida en la región. «Un joven con mucho futuro». Solía decir la gente, «muy inteligente y muy apegado a su hermana».

Las palabras de Galán hicieron que regresara a la realidad.

—¿Entonces te sirve el informe? —Miguel se había quedado pensativo. Reaccionó un poco más lento de lo habitual.

—Ah, sí, perdona estaba pensando. —Galán sonrió.

—Eres un cerebritito, siempre pensando. Venga, vamos al despacho del coronel.

Miguel siguió a su compañero en silencio. A las ocho de la mañana tendría lugar una reunión táctica sobre la situación en Grevias, una pequeña ciudad con no más de cinco mil habitantes, enclavada en el corazón de la montaña.

A pesar de sus pesquisas, Miguel no entendía el éxito de Pablo. ¿Cómo era posible que después de varios intentos realizados por capitanes experimentados, todos hubieran terminado en fracaso? Una y otra vez Pablo atraía a los capitanes hacia trampas muy bien preparadas en el corazón de la montaña. Durante un día o dos los obligaba a perseguirlo, incluso en una ocasión, capturaron a uno de sus hombres. Les aseguró que Pablo se encontraba en una situación desesperada, huía enfermo y sin medios, con menos de quince secuaces, a escasos treinta minutos de camino. El oficial cayó en la trampa. Más de veinte y cinco soldados murieron en el primer encuentro y durante el regreso, sufrieron bajas constantes debido a las emboscadas diarias.

Los heridos convertían la marcha en una verdadera pesadilla. Cansados, desmoralizados. De una columna de ochenta y seis hombres regresó menos de la mitad. Miguel consideraba estos factores para definir el plan. Según parecía, Pablo era un estratega temible, un guerrillero nato especializado en atraer, asestar un golpe certero y huir. A su favor contaba la juventud y el conocimiento pleno del terreno. Además, por fuerza, su red de apoyo debía de ser considerablemente grande, tanto en Grevias como en los pueblos cercanos. Con estos pensamientos entró al despacho del coronel esa mañana.

El coronel Arteaga saludó a los presentes y dio comienzo el encuentro. En realidad, todo iba bien hasta que Galán comentó que necesitaban actuar con mano dura y rápido si no querían convertirse en el hazmerreír del ejército. Las miradas se posaron sobre Miguel. Arteaga, en vez de intervenir para evitar prisas y una presión innecesaria sobre Miguel, le pidió que explicara su estrategia al recién llegado. El silencio se apropió de la sala unos instantes. Miguel se fijó en Galán. En realidad, no sabía a qué atenerse. El otro esperaba sus palabras con los brazos cruzados y una expresión de ternura cercana a la burla. Miguel suspiró. Es cierto que tenía una idea general sobre la situación, pero no había llegado a conclusiones y lo dijo. El coronel se reclinó en la silla.

—Si me lo hubieran dicho no lo hubiera creído. ¿Eso es lo que ha averiguado en una semana? —Galán fue a hablar, pero el coronel se apresuró a interrumpirlo—¡Capitán, necesitamos una respuesta con urgencia! ¡Estamos haciendo el ridículo! Dos capitanes han muerto en el plazo de seis meses. No sé qué estamos esperando para cazarlo. —Galán sonreía desde su puesto. Miguel decidió levantarse.

—Sigo analizando la situación. Tengo una idea general. —Explicó una estrategia cautelosa y a largo plazo que implicaba la debilitación de Pablo poco a poco a través de espías que penetraran la organización—. Lo mejor es aproximarse a los amigos más cercanos y aliviar la

situación económica. —Galán interrumpió.

—Eso no tiene ningún sentido. —Los dos hombres se quedaron mirando y Galán continuó—. Lo de Santacruz fue mala suerte. Planifiqué con él la estrategia. Primero, a Pablo le importa su familia. Es su punto débil. Si la familia se encuentra mal vendrá a ayudarlos y ahí caerá. El zorro caerá en nuestra trampa. No es necesario dilatar esta situación durante meses. Tenemos que actuar. La espera no servirá de nada. —Miguel contestó de inmediato, con la boca torcida, trataba de conservar la calma.

—Tengo entendido que Pablo tiene mal carácter, sus contraataques suelen ser devastadores. —Galán miró a los demás con expresión victoriosa, como si lo dicho por Miguel estuviera fuera de lugar.

—¿Desde cuándo tememos a los delincuentes? —Se inclinó hacia adelante—. Lo que necesitamos es una estrategia audaz que nos saque este problema del medio. La audacia es nuestra mejor arma. En Madrid están muy nerviosos. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que empiecen a rodar cabezas? —Galán hacía alusión al puesto del coronel. Arteaga se removió en su asiento antes de interrumpir. Era un hombre de temperamento nervioso, con el pelo blanco y seco de carnes.

—¿Cómo sabremos que su estrategia no fracasará, capitán? —Galán sonrió.

—Porque iniciamos una operación y hemos localizado a varios objetivos. —En la sala se hizo el silencio. —Galán coronó la frase cerrando el puño en el aire. Miraba en derredor con una actitud victoriosa. Los demás asistentes, sorprendidos, esperaban al final. El coronel Arteaga se removió en su asiento incómodo.

—Capitán, ¿quién ha autorizado la operación? —Galán no se amilanó.

—Por la urgencia, coronel. Tenemos indicios para pensar que pronto Pablo se acercará a la ciudad. —El coronel consultó la hora.

—A las nueve tendremos la ceremonia del capitán Santacruz en la iglesia. Son las ocho y media. Por ahora terminamos la reunión. ¡Ah!, una última cosa. De momento, y hasta que el capitán Miguel no tenga un plan mejor, trabajaremos con la hipótesis del capitán Galán. ¿Entendido? —Miguel interrumpió.

—Con el debido respeto, coronel. He venido a investigar por mi cuenta no a obedecer órdenes. —El coronel no se inmutó. —Miraba a Miguel con acritud. A medida que hablaba, el rostro de Miguel enrojecía.

—Es evidente que su presencia aquí parece ser más una pérdida de tiempo que una ayuda. Le sugiero que regrese cuando tenga algo útil que aportar —Miguel quiso responder, pero el otro prosiguió:—Todos pueden retirarse menos el capitán Galán.

Miguel se mantuvo unos instantes en silencio mientras el resto de oficiales se retiraba. Finalmente caminó hasta la salida y se despidió con un ligero saludo militar. Aunque guardaba una aparente calma, en su interior hervía. El desprecio del coronel, la humillación pública sufrida y la mirada de superioridad de Galán, amargaban continuamente sus pensamientos. Respiró hondo varias veces mientras bajaba las escaleras.

El coronel Arteaga, por su parte, esperó a que estuvieran a solas para amonestar a Galán. No obstante, la reprimenda fue breve. Galán se justificaba escudándose en los resultados.

—Posiblemente tengamos un traidor. —Arteaga escuchaba en silencio hasta que sin prisa fue al grano.

—Capitán, ¿en cuánto tiempo cree que puede capturar a Pablo? —La respuesta fue rápida, sin titubeos.

—No lo sé. Días, tal vez un par de meses. Arteaga miraba al subordinado con atención.

—Treinta días, capitán. Tiene treinta días para hacer y deshacer con tal de que acabe con Pablo. Ese hombre se está convirtiendo en una pesadilla. —Galán mostraba un gran interés.

—Tengo varias ideas... —El coronel levantó la mano con actitud de fastidio.

—Ahora no, capitán. Lo que quiero son resultados. Salga ahí fuera y haga lo que tenga que hacer. Sin pasarse —añadió cauteloso.

—A la orden, coronel.

Miguel enfiló hacia la salida del edificio. Quería escapar de allí cuanto antes. En la salida se habían reunido varios oficiales, comentaban sobre el resultado de la reunión. El subteniente Emilio impidió que se marchara.

—Miguel, no te vayas. —El resto de oficiales ignoró su presencia—. ¿Quieres fumar? —preguntó mientras encendía un cigarro, hablaba efusivamente con Miguel.

—No fumo y prefiero marcharme, tengo cosas que hacer. —Emilio no se dio por vencido.

—Para llevar una semana en la sierra te enteras bastante bien. —Miguel guardó silencio. El otro no se callaba—. Galán es buen tipo. Un poco obsesivo con el trabajo y a veces se pasa, pero no es mala persona. He trabajado muchos años con él. Además, es muy valiente. No quiero a un compañero mejor para enfrentarme al diablo de Pablo. El veneciano terminó el cigarro y después de dar unas palmaditas en la espalda a Miguel se despidió—. ¿Vas a la plaza?

—En un rato.

—Nos vemos más tarde —dijo antes de marcharse. Miguel empezó a caminar en dirección a las afueras de la ciudad. Quería reflexionar a solas. Se había acostumbrado a no precipitarse en sus acciones, sobre todo en casos como este era fácil dejarse arrastrar por la ira. El mejor remedio para la frustración consistía en caminar, pero no se lo perdonaba, «¿cómo había sido tan imbécil de caer en una trampa tan simple?». Trató de calmarse. No quería seguir pensando en Galán. Ajustaría cuentas con él en su momento. De eso estaba seguro.

Al principio, las calles estaban muy concurridas, mucha gente subía en dirección a la iglesia. Llegó hasta las inmediaciones del pueblo, en la zona alta, prácticamente sin aliento debido al esfuerzo.

Desde ahí se apreciaba con claridad la masía construida en el cinturón de la montaña. De entre las ruinas del granero emanaba una columna de humo que se perdía en dirección a la montaña. Hacía frío. Varias personas se alejaban en aquel momento de la explotación. A pesar de la distancia, comprendió que se trataba de la familia Arznaga. Isabel iba entre la madre y los hermanos.

Reflexionó unos instantes. Aquel punto era excelente para establecer un puesto de vigilancia. Descendió la cuesta con tranquilidad. La familia Arznaga caminaba sin prisa. Se propuso alcanzarlos. Tras un breve rodeo salió a una calle principal atestada de gente que subía la cuesta en dirección a la ceremonia fúnebre. Pensó de nuevo en Isabel. Era la única hija y Pablo el hermano mayor. Tal vez debía basar su estrategia en Isabel.

La familia tardó en llegar a la iglesia. Anotó mentalmente la idea de utilizar a la hermana para llegar a Pablo. En ese momento escuchó una detonación. Seguramente eran salvas en honor a los caídos. Un instante después, al escuchar el rugido de la gente, sus gritos y los ayes de dolor, comprendió que se trataba de una situación mucho más grave.

La sorpresa se encuentra en todas partes, incluso en una sonrisa

Las campanas de la iglesia resonaron nuevamente. Esta vez con mayor insistencia. Theresa observaba a sus hijos, demasiado retrasados. Fermina acompañaba a Isabel, agarrada de su brazo, las dos jóvenes ascendían por la vía de la leche, una calle lateral que conducía a una pequeña plaza, con una fuente en el centro, ante la que se erigía la iglesia.

A medida que avanzaban, más vecinos se unían a ellas. Unos con el rostro alargado y triste, otros preocupados, y la mayoría con una máscara de indiferencia que escondía su miedo, en contraste los niños, sobre todo los más pequeños, corrían en medio del ajetreo de los mayores. Theresa aminoró el paso, hizo una seña a Fermina para que continuara.

Apenas tuvo tiempo de cambiarse el pantalón de trabajo por una falda plisada, también de color negro y una blusa de color granate cubierta por un abrigo de lana y cuello alto. Cuando estuvo a la altura de sus hijos fue cortante.

—¿Por qué vais tan despacio? Daros prisa. —Antonio caminaba de mala gana.

—Tengo hambre —dijo con un hilo de voz—. Ni siquiera hemos tenido tiempo de beber un algo.

—¡Antonio!, —reprendió la madre— parece que vienes a la iglesia obligado. No puedes ser tan transparente, hijo. Esforzaros un poquito. Ah, y bajad la cabeza en todo momento, ustedes con el resto. Si se lamentan por la muerte del capitán hagan exactamente lo mismo. No hemos llegado hasta aquí para darles gusto a nuestros enemigos. Y aunque nos duela, muestren respeto por el difunto. Todos somos iguales ante la muerte. —La madre miraba a su hijo. Antonio caminaba con actitud desafiante. Pedro, por el contrario, mantenía un ritmo suave y pausado, inmerso en sus pensamientos, como si hubiera tomado una decisión. Theresa suspiró.

—Cuando lleguemos a la altura de la panadería entra a preguntar por Andrés. Si está, pídele una hogaza de pan y la compartes con tu hermano. —Theresa se perdió en sus reflexiones. «Andrés los ayudaría. De eso estaba segura. Visitaba continuamente la casa y amaba a Isabel, que formalizaran su relación era simplemente cuestión de tiempo». Las palabras de su hijo hicieron que regresara a la realidad.

—¿Y el dinero? —preguntó Antonio. Theresa, molesta por la interrupción respondió con premura, como si tuviera pendiente un sinnúmero de cuestiones de suma importancia y las preguntas de su hijo tan solo sirvieran para desviar su atención de los verdaderos problemas.

—Tú dile eso —contestó sin más, meditabunda, enfrascada en encontrar una solución. Por eso la voz de su hijo la sorprendió. No por la respuesta en sí sino por el tono altanero, tan propio de la juventud inmadura.

—Prefiero pagárselo al contado. Papá siempre decía... —Theresa interrumpió cortante.

—Deja en paz a los muertos, Antonio, ¡por amor a Dios! —Su voz suave y melodiosa, la mayor parte de las veces, se convirtió en un látigo—. ¡Hoy nada de tonterías! ¿Comprendido? ¡Harás lo que te diga punto por punto! —Theresa se detuvo y alzó la barbilla del muchacho para mirarlo a los ojos. Antonio no era tan rebelde como su hermano, o al menos eso pensaba. Tampoco tan alto, rozaba el metro setenta. «¿A qué venían estos arranques? Precisamente hoy, cuando más necesitaba su docilidad». El muchacho miraba al suelo. Theresa suspiró.

—Antonio, ya eres grandecito. Nos pones en peligro. Hoy es un día especial. Quiero que

hagas exactamente lo que te digo. —El chico quiso hablar y la madre perdió la paciencia—. ¡Silencio! ¡Ni una palabra más! ¡Haz lo que te digo!, ¿está claro? —El joven asintió de mala gana.

Theresa se cubrió la cabeza con el chal. En el cielo se congregaban nubarrones grises, la humedad podía olerse. Avanzó a grandes zancadas hasta alcanzar a Fermina. Por el camino saludó a la viuda de don Anselmo. Un asno, atado ante la puerta de la familia Mendoza, rebuznó como si les diera la bienvenida. Theresa alcanzó a Fermina. De vez en cuando miraba en derredor. Sus hijos ahora caminaban a poca distancia de ella en silencio, junto a otras familias. La gente conversaba en voz baja. De vez en cuando, los gritos de los niños pequeños rompían el tono general. El alboroto apenas duraba uno o dos minutos porque de inmediato los padres se ocupaban de que hicieran silencio.

Theresa adelantó la cabeza para ver el rostro de Isabel. La joven continuaba ida, inmersa en su mundo. Acarició la frente de su hija, la muchacha observó un instante a su madre, y luego continuó con la mirada perdida. Fermina escrutaba el rostro de su bienhechora. «¿Qué pasaría por su cabeza al ver a su hija en este estado?». Fermina no era tan hermosa como Isabel, aunque su alegría innata y las ganas de vivir, unido a su cuerpo esbelto, despertaba la admiración de los hombres.

Una vez más, Theresa acarició el rostro de Isabel. La joven esta vez no mostró el menor interés. «Se le pasará, más temprano que tarde se le pasará» —Se repetía una y otra vez. Fermina esperaba el momento propicio y lo encontró a la vuelta de la esquina, al dejar atrás la panadería.

A pesar de que eran cerca de las nueve, la puerta estaba cerrada. «Qué raro», la panadería solía abrir a las seis de la mañana. La mayoría de las veces desde las cuatro o las cinco era posible comprar pan, y no cerraba hasta pasadas las once de la noche. Theresa deseaba que finalizaran las ceremonias fúnebres cuanto antes para regresar a la masía y reflexionar.

Por encima de todo, estaba muy preocupada por la seguridad de sus hijos. Después de la muerte de su marido no era extraño encontrarla sumida en sus pensamientos cada vez con mayor frecuencia. Valoraba su situación. «¿Cuál era el mejor momento para marcharse?». La sola enunciación de la pregunta le dolía. A fin de cuentas, había vivido más de veinte años de su vida en aquel país. Allí habían nacido sus hijos y también conoció la felicidad. Todos sus éxitos se entremezclaban con el dolor y sus fracasos en aquella tierra, bajo ese sol.

Suspiró cansada. Durante buena parte de la mañana había mantenido una actividad frenética y ahora, a medida que el tiempo transcurría, el cansancio poco a poco se apoderaba de ella, por eso no escuchó la pregunta de Fermina. Hasta pasados unos segundos.

—Perdón, Fermina. ¿Qué dijiste?

—Es sobre Isabel. Lo del establo. Era una cadenita de oro. Se le había caído en el establo y con la suciedad del suelo se llenó de porquería. —Theresa parecía reflexiva.

—¿La cadena que le regaló su padre? —Fermina se encogió de hombros.

—Sí, supongo. —Ninguna de las dos dijo nada más hasta al cabo de un rato.

—¿Sabe quién es la muerta, madre? —A veces Fermina llamaba madre a Theresa, cuando hablaban de temas trascendentales o difíciles—. Es la hija de Azuquita —continuó. El rostro de Theresa, cansado de las tensiones vividas, reflejaba un surco de tristeza en la frente.

—¿Cuál de las cinco?

—La menor. —Theresa se tapó la boca con la mano.

—Apenas tenía doce años la cría.

—Once, madre, once años. En verano iba para doce. Se cuenta que fue horrible. Dicen que impondrán el toque de queda, que en Madrid están muy revueltos y mandarán un destacamento

especial.

La hija de Azuquita se llamaba María Victoria. En el pueblo la conocían como La perla. Se pasaba el tiempo bailando, haciendo travesuras en la plaza e incordiando a los tenderos.

—¿Qué hacía por la calle la criatura a esas horas? —La mujer arqueó las cejas y sin venir a cuento pensó otra vez en Andrés. Era un buen partido para su hija, mucho más en estas circunstancias. Además, probablemente Isabel sintiera lo mismo por él. «Aunque claro, Isabel necesitaba recuperarse. ¿Por qué estaba cerrada la panadería?» De nuevo regresó a la realidad—. Perdona, Fermina ¿qué dijiste? —La muchacha se quedó mirando fijamente a Theresa.

Desde pequeña estaba muy unida a la familia. Su madre había trabajado en la casa de los Arznaga prácticamente desde su llegada al pueblo. Fermina era muy pequeña y a veces acompañaba a su madre.

En más de una ocasión, Theresa la descubrió ayudando con la limpieza de los cristales, o sacudiendo el polvo de los muebles. Hasta un día en que no pudo más y tras hablar con la madre, acordaron que Fermina se encargaría de jugar con Isabel y recibir la misma educación que su hija. La mujer apenada por la situación, no sabía qué hacer.

—Pero señora, nosotros no somos más que unos simples campesinos, ¿qué va a hacer mi hija con tanta educación? —preguntó la madre de Fermina azorada por el comportamiento de la francesita. En general desconfiaba de todos, pero de los ricos más. Y, aunque la familia Arznaga no podía considerarse rica, sí gozaba de bienes y de cierta solvencia económica cuyo verdadero alcance guardaban con celo. La respuesta de Theresa no se hizo esperar.

—Precisamente por eso la niña necesita estudiar, para que descubra otra forma de ver el mundo. Son los campesinos los que más necesitan educación. El mundo necesita un cambio y ese cambio, no solo empieza en el corazón.

El tema quedó zanjado de esa manera. Las niñas de inmediato congeniaron, unidas por el amor natural y la candidez propia de la infancia. Sin embargo, ese invierno la madre de Fermina enfermó de tisis. A pesar de que la recuperación, según el médico fue milagrosa, quedó delicada. Sus pulmones no soportaron el siguiente invierno. El padre, de naturaleza huraña y simpatizante de las ideas libertarias de izquierda, quedó destrozado por la pérdida. Jamás aprobó que su mujer sirviera en una casa de ricos. Prefería el hambre, la cárcel y la huelga general antes de perpetuar el orden establecido por los ricos.

Sus constantes idas y venidas a la cárcel convirtieron a Víctor en un asiduo visitante de la comisaría. Generalmente, después de una o dos semanas de cárcel, el sindicato pagaba los servicios de un abogado de oficio y quedaba en libertad flaco y sucio, con los ojos hundidos y el cuerpo molido a golpes, pero cubierto de dignidad. En una ocasión se reunieron más de cincuenta personas ante la comisaría el día de su liberación. El comisario jefe reforzó la guardia y retuvo su liberación hasta muy entrada la tarde.

Cuando finalmente fue liberado, los hombres dispersos en diferentes grupos se pusieron en pie y aplaudieron. Fue una de las tardes más dulces en la vida de Víctor, más de cincuenta compañeros, sin contar los niños, las mujeres, los ancianos. Todos querían estar cerca de él y agradecer su fortaleza, los esfuerzos que hacía por cambiar la situación de los obreros. A partir de ese día, en la comisaría pasó a ser conocido como “el pelotas”, por su tendencia a complicar las situaciones y su deseo insaciable de convertir las derrotas en victorias.

Si algo sucedía en Grevias de inmediato iban a buscar al pelotas y de nuevo a la cárcel. Así fue como la niña se convirtió en una integrante más de la familia Arznaga. Por la noche regresaba a casa del padre con la cena y al amanecer volvía con sus empleadores. Víctor desaprobaba que su hija mantuviera relaciones con los Arznaga. «El lugar de una hija estaba con

su padre, luchando por sus ideales». Solía decir.

En el fondo, odiaba todo lo que oliera a dinero y señorío. Y aunque los Arznaga simpatizaban con la izquierda, para él no eran más que unos hipócritas interesados en explotar a los demás y mantener el cetro del poder costara lo que costara. ¿Qué diferencia existía entre un rico de izquierda y otro de derecha?

Fermina jamás había visto a su bienhechora tan preocupada. Aunque Theresa respondía con rapidez a las preguntas, Fermina tenía la sensación de que en realidad se encontraba desconectada de la realidad. El fallecimiento de Javier Arznaga había marcado el inicio de una serie de desgracias para la familia. La inauguración de una época de calamidades. No obstante, se obligó a mantener la serenidad, es lo que había aprendido de Theresa así que continuó como si el mundo, su mundo, no estuviera cayéndose a pedazos. Hablaba con naturalidad.

—Eso, que se conoce que su padre estaba enfermo y la mandaron a por leche. —Theresa se detuvo un instante.

—¿A por leche? ¿A esa hora? —Incrédula miraba a Fermina. La joven hablaba con soltura.

—Como alivia la tos y la madre no quería dejar solo al hombre. Hace dos veranos perdieron a Wisconsin, uno de los pequeños. —Theresa se llevó la mano a la sien. Recordaba la tragedia, el dolor y los gritos de la madre. Un hecho incomprensible. El niño apareció ahogado río abajo después de buscarlo durante dos días. Un niño que era un excelente nadador.

Se guardó silencio absoluto sobre los verdugones en las piernas y en la espalda. De no haber sido por una imprudencia del teniente Guerra, un investigador enviado desde Madrid, en el pueblo jamás se hubieran enterado de estos detalles porque el niño fue velado con el ataúd cerrado y con la expresa vigilancia de la Guardia Civil para que la familia, bajo ninguna circunstancia, tuviera acceso al cadáver. Después de mucho rogar consiguieron que dejaran el rostro del niño al descubierto.

Theresa tenía el recuerdo vivo de aquella tragedia porque coincidió con el asesinato de su marido. Dos accidentes el mismo día, ambos fatales, ocurridos muy cerca, a menos de diez kilómetros de distancia. Siempre tuvo dudas y posteriormente se impuso el peso de la sospecha. Pronto llamó asesinato al accidente. Hablaba con la mirada perdida, como si reflexionara.

—Lo recuerdo, lo recuerdo. Tal vez podamos... —Se quedó con la palabra congelada en los labios. La tragedia de Azuquita le recordó de golpe su propia situación. Apenas tenían comida para dos días, dos días. «Y ahora, ¿qué iban a hacer? Una niña asesinada, la tercera en cinco meses. Cada vez eran más pequeñas».

—Así es, madre. Otra más. —Theresa se sorprendió al escuchar la respuesta de Fermina. En realidad, pensaba en voz alta. En un descuido de las mujeres, Pedro y Antonio se adelantaron. Fueron los primeros en entrar a la pequeña plaza, adornada con blasones y coronas fúnebres. Las puertas de la iglesia, abiertas de par en par, mostraban dos hileras de sirios a ambos lados del pasillo principal, y al fondo, justo delante del altar, habían instalado la capilla ardiente rodeada de flores blancas y rojas.

Los militares conversaban en voz baja. Más de trescientas personas se habían congregado en la plaza. El capitán Santacruz era devoto de la Virgen de la Asunción, por eso oficiaban la ceremonia en esta iglesia, en lugar de en la iglesia de la Virgen del Buen Amor, mucho más espaciosa y mejor ubicada. En ese momento, sonó el primer disparo.

Por mucho que huyamos jamás podremos escapar de nosotros

Al principio, pensaron que se trataba de fuegos de artificio o cualquier otro entretenimiento contratado para rendir honor al difunto, por eso la gente se mantuvo atenta en la plaza, mirando a uno y otro lado. Hasta que nuevos disparos rompieron el silencio. Esta vez más cerca. Los militares salieron apresuradamente de la iglesia, vestidos con sus trajes de gala y con la pistola reglamentaria colgada al cinto. También sentían curiosidad, hasta que fue evidente la violencia se mantuvieron en sus puestos, sobre todo el coronel Arteaga guardó la compostura. Buscaba, en balde, al capitán Galán entre los soldados.

Detuvo la huida del obispo con palabras tranquilizadoras y ordenó a dos hombres que bajo ninguna circunstancia permitieran que saliera de la iglesia. La calma sobrevino durante unos instantes en que cesaron los disparos. El coronel esperaba pacientemente en el atrio, rodeado por un destacamento de doce hombres armados con fusiles. La gente se arremolinaba alrededor de la plaza. Nadie sabía qué pasaba hasta que el tiroteo estalló con más fuerza y el coronel no tuvo más remedio que intervenir ante el griterío generalizado. Unos corrían hacia el interior de la iglesia, otros se esfumaban por entre las calles. Con un grupo de hombres, el propio coronel se encargó de la primera carga contra los rebeldes.

La mayoría de la gente obedecía el mandato de la multitud, eran empujados o caían arrollados por el impulso de la muchedumbre, mujeres de edad avanzada, niños y hombres rodaban por el suelo en medio de maldiciones y gritos de dolor, aplastados en la huida. El aire se llenó de olor a pólvora. Fermina y Theresa se escurrieron por una calle aledaña en compañía de Isabel. Los muchachos abrían el paso. A duras penas evitaban que la gente, en su huida, empujara a las mujeres. Pedro sobre todo se cuidaba de escoltar al grupo, hacía amagos para que los hombres se desviarán, protegía con su cuerpo a las mujeres y no dudaba en insultar a los que se aproximaban demasiado y amenazarlos con el puño.

En dos ocasiones tuvo que defender a su familia a puñetazos. Los hombres caían desplomados ante los puñetazos dirigidos al mentón y los otros, aunque traían el terror pintado en el rostro, rectificaban la trayectoria para no enfrentarse al temerario joven de quince años y un metro ochenta, con rostro de animal feroz.

Antonio los condujo por un callejón estrecho, en la parte baja del pueblo. Theresa temía por la vida de sus hijos, era consciente de los excesos cometidos por la Guardia Civil cuando perdían hombres o los atacaban, así que tomó una decisión. Sin embargo, fue demasiado tarde, porque delante de ellos, escucharon ruido de caballos al galope.

Era imposible retroceder porque prácticamente se encontraban en la vanguardia. Detrás, los seguía una multitud aterrorizada y delante, los esperaba una carga de caballería. «Solo pueden ser los soldados», pensaba Theresa. «Los animales vienen al galope, el sonido de los cascos es inconfundible» Miró a Isabel. No resistiría el choque con un destacamento de caballería. Desesperada, buscaba una salida, cada vez con menos tiempo. Antonio ya no estaba seguro de seguir avanzando porque la calle en vez de expandirse, se estrechaba gradualmente hasta convertirse en un callejón en el que apenas cabían dos personas, una al lado de otra. El sonido de la caballería se acercaba.

Pedro hacía esfuerzos para controlar a la gente que intentaba superarlos. Recibió dos

puñetazos en el rostro y estuvo a punto de caer. En el último momento se aferró a su atacante y consiguió lanzarlo al suelo. Varias personas tropezaron con el caído. Así consiguió un respiro.

A pesar de su empeño por proteger a las mujeres, menguaban sus fuerzas. Theresa reparó en ello. Entonces Fermina, en vez de detenerse, alzó su voz por encima del griterío para que la siguieran. Dudaban. Sobre todo Theresa. La muchacha se había vuelto loca porque, ¡corrían en dirección a los caballos, al encuentro de una muerte segura! Apenas tardaron dos segundos en llegar hasta una puerta de madera. Fermina rebuscó entre la ropa, introdujo una llave y tras forcejear unos instantes consiguió abrir la puerta y entrar.

Tan pronto cerraron la puerta la caballería chocó contra la multitud. Escucharon con claridad los relinchos de las bestias, el crujido de huesos al quebrarse y los gritos de los soldados para que la gente despejara la calle. Fermina se aseguró de cerrar la puerta con llave. Aunque por fuera, tenía la apariencia de una fachada, tras cruzar la puerta se accedía a un terreno baldío lleno de trastos y enseres domésticos anticuados en el que crecía la hierba.

—¿Qué es esto? —preguntó Theresa. Fermina caminaba hacia el interior en compañía de Isabel. En el fondo, la casa conservaba fragmentos del techo. A la izquierda, quedaba al descubierto los restos de una cocina, un colchón de muelles oxidado y utensilios de cocina viejos y sucios desperdigados por el suelo.

—Nos quedaremos aquí hasta que sea seguro —dijo Theresa. —Fuera continuaban los disparos. Pedro, con el labio partido y los puños ensangrentados, se sentó sobre una silla desvencijada. La madre se acercó a él.

—¿Te han hecho daño? —El muchacho sonrió.

—Me queda fuelle para rato, madre. A ver si espabilas, atontao —señaló a su hermano—. Por tu culpa casi nos matan. —Antonio, en vez de contestar, bajó la cabeza. De no ser por la intervención de la madre, Pedro hubiera seguido recriminando a su hermano, quien, por otra parte, no hacía el menor esfuerzo por defenderse. Parecía avergonzado.

—Deja en paz a tu hermano, Pedro. No es su culpa.

—Ya, claro. Me hubiera gustado... —Las palabras de Theresa fueron cortantes.

—Cállate de una vez, Pedro. No es momento —dijo seria. El chico bajó la cabeza insatisfecho.

—Solo digo que podíamos haber muerto por culpa de este zoquete —soltó de pronto. La madre no daba crédito. «¿Desde cuándo sus hijos la desobedecían?» El muchacho se levantó airado.

—Estamos atrapados, madre. Esto es una ratonera —miró a Fermina—. Si viene la Guardia Civil tendrán la excusa perfecta, un sitio aislado, protegido de las miradas indeseables. Si padre murió de esa manera, ¿qué no podrán hacernos a nosotros, a ti, a Isabel? Tenemos que marcharnos. —El recuerdo de las condiciones en que murió Javier amargó a Theresa. Era consciente del suplicio padecido por su marido antes de expirar. Por eso tragó en seco e hizo acopio de paciencia antes de hablar.

—Pedro, tenemos que esperar. Ahora es muy peligroso. —El muchacho no atendía a razones.

—Si nos descubren aquí no tendremos escapatoria. —En parte, llevaba razón. Dependían en realidad del ánimo de los soldados que los encontraran y de la suerte.

Mientras discutían, ninguno de los dos se había percatado de los esfuerzos realizados por Fermina por despejar el espacio de trastos hasta que Antonio la ayudó a desplazar un armario enorme, pegado a la pared, hacia un lado. Con mucho esfuerzo consiguieron su objetivo y entonces la estructura, demasiado vieja para sostenerse, cedió con un crujido hasta desplomarse.

El estrépito fue enorme. Theresa enardecida, se dio la vuelta con el rostro rojo debido a la ira.

—¿Se puede saber qué hacéis? ¿Queréis que los guardias nos encuentren? —Fermina, en vez de responder, empujó una puerta que el armario había dejado al descubierto. Antonio fue a ayudarla. Entre los dos consiguieron abrirla. Theresa observaba a la muchacha petrificada, con un mal presentimiento—. ¿Adónde nos llevas?

—A mi casa, —dijo sin más—. Hace muchos años mis abuelos compraron esta parcela.

—¿Construyeron las dos casas en la misma parcela? —preguntó Pedro.

—Las casas se comunican por el patio. Mi padre clausuró esta entrada hace muchos años, cuando todavía era una niña. Si tenemos que esperar será mejor hacerlo en mi casa.

—¿A tu padre no le importará? —preguntó Theresa. Fermina se encogió de hombros.

—¿Entramos? Pedro necesita hielo para la mano y descansar. Prepararé comida y luego podremos irnos. —La decisión recaía sobre Theresa.

—Supongo que no tenemos alternativa —comentó Theresa—. Nos quedaremos el tiempo necesario hasta que podamos salir a la calle sin peligro y pagaremos lo que comamos. —Fermina asintió con lentitud y se introdujo a través de la puerta acompañada de Isabel. Antonio fue el siguiente en seguirla y después Theresa. El último en desaparecer fue Pedro.

Al otro lado del muro, se encontraron con una huerta. Los aperos de trabajo descansaban en un extremo del patio, sobre un barril de madera lleno de agua. Pedro fue el primero en refrescarse el rostro después de Fermina. La joven caminaba con soltura por un estrecho trillo que conducía al fondo de una casa. La puerta trasera estaba abierta. El alto y el grosor de los muros laterales sofocaban el ruido proveniente de la calle.

Antes de entrar en la vivienda, en la terraza, había dos bancos de madera y una mesa con cuatro sillas. Fermina los invitó a sentarse y se introdujo en el interior. Reapareció al cabo de cinco minutos con una hogaza de pan, agua fresca y queso de cabra. —Theresa se fijó en la expresión demudada de la muchacha. Pedro también se había percatado del cambio. La joven hablaba con naturalidad. Aun así, se notaba la tensión oculta bajo la sonrisa.

—Prepararé huevos revueltos y patatas, no tardo nada. —Theresa decidió acompañarla.

—Iré contigo. —El rostro de Fermina palideció. Pedro también se había percatado del cambio. Fermina, nerviosa, no sabía qué hacer con las manos.

—¿De verdad quieren acompañarme? No tardo nada. —Forzó una sonrisa. Theresa se adelantó. Pedro se puso detrás de su madre.

—¿Quieres contarnos qué sucede? —Fermina no encontraba las palabras. La situación parecía ser muy violenta para ella. Estaba a punto de echarse a llorar.

—Fermina, ¿qué sucede? —insistió Theresa. La joven finalmente se explicó.

—Es la casa.

—¿Qué ocurre con la casa?

—No está a la altura, nada está a la altura. Es fea y vieja y ustedes están acostumbrados a... —Las lágrimas impidieron que continuara—. Solo quería, —se le entrecortaba la voz—. Es que me hacía tanta ilusión tenerlos en mi casa, invitarlos a comer y ahora que están aquí es todo tan feo y gris. —Theresa abrazó a Fermina.

—Nosotros estamos muy contentos de estar aquí, Fermina. Anda, ve y haz lo que tengas que hacer. En su momento hablaremos de esto. Te esperaremos aquí fuera.

La joven desapareció en el interior de la vivienda. No se percataron de cuando cerró la puerta. Pedro fue el primero en darse cuenta y se lo comentó a su madre. Theresa tocó varias veces sin obtener respuesta. Tras mucho insistir, Fermina contestó.

—Enseguida salgo. Es que la cocina está sucia y la verdad, me da vergüenza. Serán solo unos

minutos.

Theresa no estaba conforme, pero no tuvo más remedio que esperar. En esta ocasión se demoró una eternidad. El tiempo pasaba y Fermina seguía sin aparecer. Theresa y Pedro, impacientes, se levantaron de su sitio. Daban vueltas por el patio, se fijaban en el orden de los tiestos y comentaban por lo bajo. Theresa de vez en cuando iba hasta la puerta y llamaba. Nadie respondía. Al cabo de un rato se cansó de esperar.

—Pedro, ven aquí. —El joven acudió solícito—. Tira la puerta.

—¿Cómo? —Los ojos de Theresa refulgían de ira. Cuando la contradecían solía reaccionar mal.

—¿Acaso no me has oído? Antonio, ayuda a tu hermano. No sé lo qué pasará ahí dentro, pero pronto nos enteraremos. —Tanto Pedro como Antonio dudaban. El primero observaba a su madre reflexiva. Tal vez reconsideraba su posición. A fin de cuentas, Fermina había salvado sus vidas y se encontraban en su casa. Entonces escucharon un grito ahogado. Apenas duró uno o dos segundos. Se miraron entre sí.

Cuando escucharon el segundo grito ya no hubo lugar a dudas. Theresa fue la primera en aporrear la puerta. Los gritos ahora eran muy claros. Ordenó a sus hijos que la abrieran.

—¡De prisa!, ¡de prisa! —Pese a los golpes, la cerradura no cedía. Hasta que Pedro, armado de una barra de acero, descargó un golpe contra la puerta. La cerradura voló en pedazos y entraron. Dentro olía a humedad y sudor mezclado con vino y picadura de tabaco. Por alguna razón, las ventanas de la casa permanecían cerradas. Theresa se tapó la nariz con un pañuelo. Los gritos se escucharon otra vez, provenían del interior. Recorrieron las habitaciones hasta encontrar una con la puerta cerrada.

—Fermina, ¿estás ahí? —gritó Theresa. No hubo respuesta. La mujer ordenó que echaran la puerta abajo. No fue necesario porque a Antonio se le ocurrió girar el picaporte y cedió. No encontraron nada, una cama tendida, una mesita de noche con una foto enmarcada de la madre de Fermina. Entonces escucharon un grito de terror, no muy lejos. Sin lugar a duda era Isabel. Pedro fue el primero en reaccionar, seguido de Antonio.

El pasillo continuaba hasta desembocar en una habitación con la puerta abierta ante la que se encontraba Isabel, aterrorizada. Pedro la atrajo hacia sí para abrazarla. Entonces la vio, Fermina con el rostro azulado, mientras un hombre con barba la estrangulaba, sobre la cama. Los últimos estertores de la muerte hacían que la joven estirara las piernas de manera involuntaria. El asesino estaba tan concentrado en apretar que ni siquiera fue consciente de cuando recibió el golpe en la cabeza. El primero fue para aturdirlo, el segundo consiguió dejarlo inconsciente.

La resurrección no es más que una promesa

Isabel lloraba, contrita sobre el cuerpo de Fermina tendida en la cama. Theresa, por mucho que se esforzaba, era incapaz de comunicarse con su hija. Había probado una y otra vez a consolarla, pero en todas las ocasiones se encontraba ante un muro de silencio desesperante. Decidió sacarla al patio. «La niña necesita respirar, hay que sacarla de la habitación». Daba vueltas, iba a uno y otro lado. El cuerpo de la muchacha yacía exánime sobre la cama. «Dios mío, Dios mío». Se llevaba la mano a la boca como si no supiera qué hacer, luego a la cabeza mientras caminaba.

Quiso tomar el pulso a Fermina. Estaba demasiado nerviosa como para llegar a una conclusión hasta que vencida por la evidencia, aceptó la situación. Una de sus hijas estaba muerta, porque Fermina era como una hija. La palabra «muerta» retumbaba en su interior con insistencia. No existe una manera de entender la muerte. No hay nada que nos prepare para ella. Y si el muerto es una persona querida, por fuerza, el sufrimiento aparece. Unas veces con menos violencia, otras con un ímpetu arrasador, porque el amor pesa, sobre todo si el alma es pura y los sentimientos sinceros. Angustiada, con el rostro consumido por el dolor, se giró hacia su hijo.

—Pedro, ¿por qué no sacas a tu hermana al patio? —Hizo una pausa consumida por la sed. La garganta estaba tan seca que ardía. Su hijo la miraba con firmeza. Theresa tragó en seco otra vez. Ahora tenía la sensación de que un fuego lento y cruel devoraba sus manos y su cuerpo, como si el dolor de una eternidad hubiera despertado de pronto en ella ávido de sangre.

Alzó la cabeza erguida. Su hijo no se había movido. Entonces decidió hablar con tanta suavidad que sus hijos extrañados, se quedaron mirándola en silencio, hasta que repitió las palabras. —Pasea un poco con ella, hasta que se recupere. —Se refería a su otra hija, su otra hija atrapada en el silencio, en otra realidad también dolorosa.

Pedro vigilaba al asesino de Fermina. Después del primer golpe en la cabeza se ensañó con el hombre. La madre consiguió apartarlo a duras penas, con la ayuda de Antonio. De no ser por su intervención le hubiera roto el cuello a patadas. El hombre permanecía en el suelo inconsciente. Theresa ordenó que lo maniataran y luego fue a sentarse en un extremo de la cama. Necesitaba tiempo para pensar. Isabel lloraba a su amiga. Ninguno de los jóvenes se movió, parecían clavados en el suelo.

—Pedro —repitió la madre imbuida de una serenidad que dejaba entrever su propio calvario—. He dicho que saques a tu hermana a tomar el fresco. Camina con ella, háblale. —De nuevo había visto en la mirada de su hijo esa expresión de odio profundo, ese fuego intenso tan característico de los Arznaga. El mismo fuego que la seducía era la causa de su desgracia. Recordó la mirada de su marido antes de emprender el viaje la noche de su asesinato, la misma que tuvo Pablo el día antes de huir al monte y ahora Pedro «Dios mío, también Pedro»

—Pero, mamá —replicó el joven—. ¿Qué vas a hacer si despierta? —Un destello de odio iluminó sus ojos. Fue tan solo un segundo. De inmediato dulcificó el rostro. Ahora hablaba con tono cansado, como si la vida de repente la arrastrara por entre un mar de aguas embravecidas y su voluntad hubiera quedado anulada. El cansancio se notaba en cada una de sus frases y también la soledad y el desánimo.

—Qué va a despertarse. Pero tienes razón. Antonio, busca una cuerda para atarlo. —Antonio partió a cumplir la orden. El ambiente en la habitación era asfixiante. Theresa trató de abrir una ventana en balde. Estaban selladas. «¿Qué clase de persona haría algo así? ¿Cómo era posible

que la muchacha jamás hubiera revelado las condiciones en las que vivía? Y, este hombre, ¿quién era? Por más vueltas que daba al asunto era incapaz de encontrar una respuesta.

«Pobre Fermina, pobre Fermina». Cada vez que observaba el cadáver era peor; sentía falta de aire y ganas de llorar. A duras penas se controlaba. Pedro, en vez de obedecer a su madre, seguía allí sin moverse. Theresa, al percatarse, se enfureció. Sin embargo, contuvo el arrebato de cólera. Necesitaba tiempo y tranquilidad para organizar las ideas y pensar. Afuera, se escuchaban disparos aislados de vez en cuando. «¿Qué estaría pasando?». Irguió la cabeza. «Su hijo, otra vez su hijo».

—Pedro, ¿qué te he dicho? —Lleva a tu hermana fuera. —Pedro obedeció contrariado. Ayudó a Isabel a levantarse de la cama. El rostro de su hermana, lívido, era la viva expresión del sufrimiento. Tuvo que sostenerla, en medio de temblores. La joven no quería abandonar a su amiga, acariciaba un mechón de pelo con emoción. Theresa se incorporó para besar en la frente a Isabel.

—Tienes que ser fuerte, hija —dijo antes de que se marchara. La habitación quedó en silencio. De pequeña, Theresa había buscado a Dios impulsada por sus abuelos, creyentes fervorosos. Luego, con el paso del tiempo, aprendió poco a poco a odiar a la iglesia hasta que su ruptura fue definitiva. «¿Qué clase de Dios permitía semejante crueldad en la tierra?». La vida demostraba una vez más que no existía más Dios sobre la tierra que el ser humano y su ingenio para sobrevivir e imponerse. Suspiró dolida. Quizá la respuesta era mucho más fácil de lo que pensaba.

La solución consistía en marcharse, huir de aquel país asfixiante y fracasado en el que la gente exhibía sus miserias diarias como si fueran trofeos. «¿Si la solución consistía en marcharse, por qué no se decidía? ¿Acaso esperaba algo más? ¿El regreso de su marido muerto dos años atrás? Qué tontería». Llevaba años posponiendo la partida sin una causa razonable.

Lo peor es que no era capaz de comprender la razón. En aquella tierra, arrasada por el odio y la desesperación, no quedaba esperanza. Tampoco sacarían nada más allá del polvo y la ceniza de los muertos. Sonrió con acritud mientras alzaba la cabeza. Antonio se encontraba en la puerta.

—¿Encontraste la cuerda? —El muchacho parecía trastornado. Theresa se acercó de inmediato—. ¿Qué te ocurre, hijo?

—Mamá, tienes que ver esto —dijo pálido. Theresa, sin inmutarse, alzó la cabeza.

—¿Tan grave es? —La voz del hijo se entrecortaba debido al nerviosismo.

—Creo que es importante. —Theresa miró al asesino. El hombre yacía en el suelo inmóvil.

—Busca a tu hermano, dile que venga a vigilar a este animal. —Antonio sonaba desesperado.

—Mamá, tenemos que irnos.

—¿Cómo has dicho? —Miraba a su hijo con el ceño arrugado—. Antonio, cuéntame qué has visto.

—No lo sé, mamá. No lo sé —movía la cabeza a uno y otro lado, incapaz de mantenerse quieto.

—Cálmate, Antonio. —Isabel decidió seguirlo a través del pasillo. Se detuvieron al final.

—¿Qué pasa? Aquí no hay nada. —Antonio señaló a una puerta disimulada en la pared, en un lateral, sin picaporte. El silencio más absoluto inundaba la casa. El corazón de Theresa palpitaba. Empujó la puerta con lentitud. Un escalofrío seco recorría su espalda. Tardaron en acostumbrarse a la oscuridad. Olía a sudor rancio y humedad. En el centro de la habitación había una cama pequeña con las sábanas revueltas manchadas de sangre, restos de comida desperdigados por el suelo.

En un extremo, sobre una mesa pequeña, un altar con una vela a punto de extinguirse, exhibía en el centro un cruz religiosa mutilada e imágenes de santos con el semblante tachado. En la pared del fondo rezaba escrito en grandes letras: "una pequeña matanza más y el mundo marchará mucho mejor". Theresa se fijó en un hatillo de ropa revuelto sobre la cama. Se acercó por curiosidad. En las paredes podían leerse más frases, "Paz es anarquía, gobierno es fuerza".

Las ropas resultaron ser de un niño pequeño, tal vez de unos ocho o nueve años. Antonio se acercó a la madre.

—¿Has visto el zapato?

—No hay ningún zapato. —Antonio buscó a tientas por el suelo hasta encontrarlo. Extendió el zapato a la madre. Theresa no entendía.

—¿Qué tiene de especial? Es un zapato como otro cualquiera. Desgastado por el uso y roto. Aunque mirándolo bien, no parece de aquí. —Antonio se desesperaba.

—Mamá, dale la vuelta. —Theresa obedeció. En la suela, a pesar del desgaste, todavía podía leerse el sello de fabricación del producto, "*Made in Winconsin*". Tuvieron que acercarse a la vela. Theresa seguía sin comprender hasta que su hijo habló.

—El zapato es del hermano de La Perla. Le decían Winconsin porque el verano pasado... —Theresa interrumpió a su hijo.

—¿El menor de la familia Rodríguez? ¿El que murió ahogado? —Antonio asentía nervioso, cada vez más intranquilo.

—Exacto.

—Pero...

—Mamá, los zapatos se los regaló el hijo pequeño de Ángel Iznaga. Un día lo vio en la plaza sin zapatos y le regaló los suyos. Por eso le decían Winconsin, porque Dani estuvo un día completo gritando de felicidad por tener unos zapatos de Winconsin. A partir de ese día comenzaron a llamarlo así. —Theresa reflexionaba.

—¿Estás seguro, hijo?

—Mamá, en todo Grevias solo una familia puede comprar zapatos en Winconsin. —Durante un instante, los ojos de Theresa relampaguearon debido al odio. Colocó la mano en el hombro de Antonio.

—Dos familias, hijo, nunca lo olvides, dos —dijo orgullosa. Antonio entornó los ojos contrariado.

—Ya lo sé, pero.

Theresa interrumpió otra vez.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque ese día Dani vino a enseñarme los zapatos. Fue la última vez que estuve en el pueblo acompañando a papá. Me quedé en la plaza y apareció Dani gritando. Vino disparado a enseñarme los zapatos. Hasta me dio dos besos. ¿Podemos irnos ahora? —El chico seguía intranquilo.

Regresaron a la habitación en silencio. Pedro estaba de vuelta. Había atado al asesino a una silla. Isabel, sentada sobre la cama, observaba a Fermina en silencio. El hombre maniatado comenzó a mostrar signos de recuperar la conciencia. Theresa se aseguró de que estuviera bien atado. Ordenó a Pedro que trajera un balde con agua. El asesino levantó el cabeza todavía aturdido. Pedro, a punto de arrojarle el balde de agua al rostro, se detuvo ante la señal de su madre. Pasaron uno o dos segundos en los que reinó el silencio. Hasta que el hombre, con tono seco y cansado, comenzó a hablar. Su voz suave y delicada contrastaba con su apariencia.

—¿Quiénes son ustedes y qué hacen en mi casa? —Theresa no recordaba haber visto unos ojos tan grandes y expresivos en su vida—. ¿Se puede saber por qué estoy atado? —Entonces el prisionero reconoció a Theresa e hizo silencio. —Ella también recordaba. El gesto adoptado por el desconocido y sus maneras resultaban familiares; una vez, muchos años atrás, había visto a Víctor en la masía.

El encuentro no tuvo mayor relevancia, el hombre bajó la cabeza al saludarla y ella continuó su camino hacia las cuadras. Recordaba muy poco él, la madre de Fermina azorada y él saliendo de la masía a grandes pasos, como si dejara atrás un sitio maldito. Theresa escrutó el rostro del asesino. Si era Víctor había cambiado mucho con los años. A tal punto que estaba irreconocible, mucho más delgado, con el semblante hundido, disimulado por la barba y el pelo que caía hasta los hombros.

—Víctor? —Se aventuró a preguntar Theresa. El hombre la miraba impasible, con los ojos orgullosos.

—¿Al comisario Montalván no se le ha ocurrido montar una escenita más cursi para sacarme información? —Miró a Antonio—. ¿Se están quedando sin hombres y por eso tienen que contratar a críos? ¡Venga, ya, por favor! ¿Qué quieren saber? ¿Se les ha jodido la fiesta del capitancito? No he tenido nada que ver. Desde ayer no salgo de esta casa —dijo con una mueca de burla. El hombre hubiera seguido hablando, pero Theresa se adelantó.

—Soy la viuda de Joaquín Arznaga. Fermina trabaja con nosotros. —La mención de Fermina hizo que el hombre cambiara de actitud. De pronto, sonrió.

—En la vida los Arznaga han visitado mi casa, en la vida. —Sonaba airado—. ¿Dónde está mi hija? —Theresa tuvo que hacer un esfuerzo para dominar sus nervios. «Sí, era Víctor» La mujer hablaba despacio, como si cada palabra contara una historia triste y sin esperanza, con tono firme, pero resignado. Cualquiera hubiera sospechado que no eran palabras dichas al azar, contenían mucho más de lo que en realidad expresaban, rabia, ira, dolor y una tristeza inerte más allá de toda desesperanza. Así eran sus palabras.

—Tengo entendido que conocía a mi marido. —El hombre atravesaba a Theresa con la mirada. Estaba acostumbrado a tratar con gente de todo tipo. Sabía cuándo se encontraba ante un mentiroso o un pendenciero. Poseía la habilidad de calar a las personas que se desarrolla en los individuos acostumbrados a exigir grandes responsabilidades a los demás. Por eso el discurso de Theresa, además de sincero, guardaba en su interior una amenaza creciente que se expandía cada vez con más fuerza. De ahí que hubiera tensado los brazos y prestara atención.

Porque, si entendía algo de la vida y del mundo, no se trataba de delincuentes comunes. Tampoco de la policía o sus enemigos conocidos. La sospecha revoloteaba sobre él insistente.

—¿Dónde está mi hija? —preguntó serio porque notó el nerviosismo de Theresa. Repitió la pregunta sin despegar los ojos de Theresa, luego miró a Pedro e Isabel. Por último, reparó en la persona acostada sobre la cama y tuvo la sensación de que el pasado, su pasado, una vez más regresaba.

El pasado no solo condiciona tu presente porque a veces vivimos en él

Las mujeres son conocidas por su entereza para aceptar la tragedia y superarla. Luchan por sacar adelante a sus hijos en las condiciones más adversas. Entregan su vida si es necesario en pos de sus retoños y cuando abrazan una causa, lo hacen con sinceridad, desde la profundidad de su alma. Los hombres en cambio, más sosegados, avanzan hacia su objetivo en ocasiones sin valorar las pérdidas y terminan enredados en una trampa que los conduce de manera inevitable hacia la soledad. Alejados de su familia, consumidos por su ideal de libertad y nobleza. Y luego, con el paso de los años, en vez de corregir la situación abrazan con mayor fervor su causa y continúan escapando de los sentimientos.

En público son habladores, se muestran sensatos y comunicativos mientras los demás beben a su salud, comparten sus puntos de vista sobre el estado de la nación, la monarquía y el poder de la iglesia. Jamás rechazan una discusión dialéctica y aman, por sobre todas las cosas, mostrar su capacidad de decisión ante situaciones críticas que harían a otros temblar. Víctor pertenecía a esta clase de hombres. Inteligente y sosegado. Comprometido con la causa y firme defensor de las reformas. Durante la guerra evitó el reclutamiento forzoso debido a una cojera de nacimiento. También influyó la miopía. Se mantuvo trabajando en una fundición que pronto reconvirtieron en una fábrica de armas, a diez kilómetros de Llanes.

Por las tardes, después del trabajo, visitaba el bar de Lucio y comentaba sus impresiones sobre una guerra que se negaba perder. «¿Cómo era posible que fracasaran los ideales más justos, la verdad y la razón» Soñaba con demostrar su valor? Día y noche se lo repetía a su mujer. «Un día, en el momento menos pensado les demostraré lo que valgo» Eran sus palabras favoritas durante la cena. Por aquel entonces, Fermina no había nacido todavía. Después de dos abortos espontáneos, el matrimonio concibió a Fermina y al cabo de ocho meses, la mujer dio a luz a un hermoso bebé, grande y rollizo.

Celebraron la ceremonia del bautizo, a pesar de que eran ateos, para no atraer la atención. El trabajo de Víctor en la organización era más importante que nunca. Luchaba por sus ideales con una convicción que Aitana admiraba. A las diez de la noche o las tres de la madrugada iban a buscarlo para resolver problemas urgentes. Soldados heridos que necesitaban esconder, camaradas sin dinero que huían hacia Francia o Suiza, maquis que después de una emboscada necesitaban convertirse en simples paisanos y desaparecer en el sur de España. Su premisa consistía en triunfar, deseaba triunfar por encima de todas las cosas. Aunque la vida insistía en destruir cada uno de sus sueños.

Primero fue su padre. Muerto en una revuelta minera. Después sus hermanos perecieron en la epidemia de gripe de 1913. Por último, tuvo que soportar la lenta agonía de su madre enferma de un mal que devoraba su interior. Fueron meses de tristeza y desesperación, al lado de su cama. Rezando para que se obrara un milagro, atormentado por el hambre y la necesidad. De noche despertaba por los gritos. Corría a su lado a refrescarla con un poco de agua. Los gritos de la madre eran desgarradores, se hundían en la profundidad de la noche, rasgaban la carne de su piel

para adentrarse en su cabeza y acomodarse ahí para siempre.

Una tarde en la que el dolor parecía ofrecer un respiro, al menos eso pensaba él porque no había gritos, la madre quiso que fuera a comprar comida. No tenían una peseta. A pesar de esto, la mujer se las arregló para que rebuscara en el suelo, a un lado de la cama. Víctor estaba seguro de que había perdido la razón. Apenas pesaba treinta kilos, con el cuerpo famélico y los ojos desencajados persistía en su capricho.

—Víctor, Víctor escúchame. Tienes que cavar, hijo. Cava —decía prácticamente sin fuerzas, sin energía. Las convulsiones hacían que tensara el cuerpo y Víctor abría mucho los ojos, asustado, como si hubiera visto al demonio rondando la cama de su madre. Durante cuatro o cinco segundos, el sufrimiento de la mujer se convertía en un suplicio para el hijo, inmerso en su propio dolor, sin saber qué hacer. El cuerpo caía sobre la cama y quedaba inmóvil, con el rostro empapado en sudor. Cuando Víctor pensaba que todo había terminado, de nuevo la mujer hablaba, con una voz gutural, sin apenas fuerzas, en el momento menos pensado.

—Sigo aquí. Por favor, hijo —susurraba—. Cava, cava. —La mujer ni siquiera tenía fuerzas para señalar el sitio. Víctor pensó que deliraba y tras un rato cavando encontró un cofre pequeño. En su interior, había dos pistolas herrumbrosas, una bolsa pequeña y una nota oscurecida por el tiempo. La madre ordenó que leyera la nota.

"Ni riquezas, ni veleidades. No hay nada que puedas hacer en esta vida salvo encontrar tu propio destino, tu propia verdad. Usa con sabiduría estos cuartos. Los gané con mucho sacrificio en la Guerra de Cuba".

Víctor no entendía. La madre insistió en que abriera la bolsa. Para su sorpresa, en el interior encontró treinta monedas de oro antiguas. El muchacho era incapaz de despegar los ojos. El oro relucía en medio de su pobreza. En realidad, no daba crédito. Se frotaba los ojos una y otra vez. Luego, incapaz de contenerse, abrazó a su madre nervioso. La mujer sonreía de felicidad.

—Son monedas de ocho escudos. Las trajo tu abuelo de Cuba en 1880. —Hizo una pausa—. Esa es tu herencia, Víctor. —El muchacho no entendía la situación—. Corre a la tienda de Manuel y compra comida, Víctor, corre. —No lo pensó dos veces. En la tienda, a Manuel se le iluminaron los ojos.

—¿De dónde has sacado esta moneda? —Víctor daba mordiscos a una hogaza de pan tierno.

—Es mía, de mi casa. ¿De dónde va a ser? Venga, las vueltas que mi madre me ha dicho que serán muchas pesetas. —El panadero se reclinó sobre el mostrador.

—Pero muchacho, ¿acaso sabes contar? —Víctor no prestaba atención a las palabras del posadero. Era un hombre alto y obeso, con el rostro abotargado y los dedos de las manos muy gruesos. El muchacho devoraba el pan. Hasta que se fijó en los chorizos que colgaban detrás del mostrador.

—¿Qué cuestan los chorizos? —Manuel observaba al muchacho con suspicacia. De nuevo repitió la pregunta y Víctor, sin despegar los ojos del chorizo, colocó otra moneda sobre el mostrador. El dependiente reprimió un gesto de sorpresa.

—Anda, si sé contar. Venga, el dinero que mi madre me espera. —Dos vecinas entraron en la tienda a realizar sus compras habituales y el comerciante se apresuró a esconder la moneda.

—Víctor, esto es lo que haremos. Me quedaré con el dinero y podrás venir a la tienda a comprar lo que quieras durante un año. El muchacho parecía confuso. El otro se apresuró en aclarar—. Eso hasta que sepa el valor real de estas monedas, muchacho. —Víctor había dejado de morder el pan, ahora miraba al tendero con desconfianza. Manuel preparó una bolsa con una hogaza de pan, introdujo un kilo de carne magra de cerdo, chorizos, patatas y dos kilos de lentejas—. Hala, para tu madre.

Sin embargo, Víctor seguía sin moverse. No tardó en reaccionar cuando el otro lo empujó suavemente hacia la puerta.

—Y ven cuando quieras, chaval. Ya sabes que las puertas de la bodega están siempre abiertas. —De pronto, Víctor se encontraba en la calle sin saber qué hacer. Anduvo hasta su casa con la cabeza puesta en otro sitio. Al llegar, había terminado una de las hogazas de pan. «No importa». Hay otra para mamá. Pensó antes de entrar en la casa. La madre yacía desmadejada sobre la cama, con la mirada fija en el cielo y los brazos abiertos. Víctor se mantuvo un rato en silencio ante ella, sin saber qué hacer. Cuando tocaron a la puerta tampoco abrió. Y no tuvo consciencia de sí mismo hasta mucho tiempo después, al declarar en el juzgado.

La mitad del pueblo se encontraba de su parte, en cambio la otra, dudaba de su inocencia. Ángel Iznaga había denunciado la pérdida de treinta monedas de oro pertenecientes a su familia. Los testigos se sucedieron uno detrás de otro, al final de juicio declararon a la madre de Víctor culpable de robo y se dispuso que el muchacho ingresara en el orfanato de Barcelona. Víctor todavía no se había recuperado de la muerte de su madre. La mayor parte del tiempo pasaba el tiempo sumido en sus cavilaciones.

Cuando subió al estrado a declarar pensaron que se aclararía la situación. Nada más lejos de la realidad, sus palabras, lo único que hicieron fue empeorar las sospechas de su incapacidad. En vez de explicar su inocencia, preguntó si era rico y cuándo le entregaban su herencia. La sala entera enmudeció. Víctor miraba a la gente como si el juicio, los testimonios, las voces exaltadas de los abogados defensores, formaran parte de un espectáculo.

En algún momento acabaría aquella farsa y su madre, escondida en algún sitio reaparecería con una sonrisa en los labios, como siempre, para conducirlo a casa, a su hogar. La realidad fue muy distinta, Ángel Iznaga ganó el juicio y Víctor fue recluido en una casa de salud mental durante seis meses. Hasta ahí llegó la influencia de Ángel Iznaga, quien se las arregló para que Víctor recibiera treinta azotes ante su presencia, por robar el pan de la eucaristía en su primera semana de reclusión.

El muchacho soportó la pena sin quejarse, delante de los noventa niños que vivían en el sanatorio. El padre Anselmo se encargó de ejecutar el castigo y cuando estuvo demasiado cansado para proseguir, dos ayudantes continuaron azotando a Víctor hasta que se desmayó. El padre alzó la mano para que finalizara el castigo, pero Ángel detuvo su gesto.

—Todavía faltan dieciocho latigazos, padre. —El sol brillaba en el cenit, en el medio de la plaza el cuerpo de Víctor yacía inconsciente. El padre Anselmo ordenó que echaran un balde de

agua sobre Víctor. Despertó como si hubiera estado soñando durante años. No entendía en qué sitio estaba. La primera palabra que pronunció fue el nombre de su madre. Tardó unos segundos en ser consciente de la situación, con la espalda despellejada y las articulaciones rígidas, como si hubiera vivido todos los años de su vida en aquellos minutos.

Ángel entonces miró a los ojos del chico. Nadie sabía qué buscaba. En un principio, se sintió satisfecho, pero luego, a medida que el castigo proseguía, encontró de nuevo en el fondo de los ojos del muchacho, la misma soledad de antes, el mismo silencio, el mismo vacío, y la misma determinación. Se removió incómodo en su asiento. A lo largo de ese día y durante las siguientes semanas, se descubría pensando una y otra vez en los ojos del muchacho.

De vez en cuando se presentaba con regalos y pequeños donativos en la casa de salud. Jamás desperdiciaba la ocasión de preguntar por el estado de salud de Víctor. No perdió la oportunidad para recomendar el más duro correctivo, al enterarse de que otra vez se dedicaba al hurto de comida. Sus palabras cerraron el destino de Víctor «El muchacho debe recibir su merecido. No se gana el camino al cielo con plegarias y pecados sino a través del sufrimiento».

El padre Anselmo estuvo de acuerdo en proporcionar el peor castigo posible, treinta azotes. En esta ocasión, con un látigo recubierto con piel de borceguí. Ángel también estuvo presente. Desde ese día Víctor comprendió el mensaje de la familia Iznaga y el odio, antes desconocido para él, se convirtió en parte de su vida; con cada latigazo el odio crecía, mientras observaba las losas del suelo salpicadas de sudor y sangre.

Esa noche tuvo fiebre y los siguientes días también. Debido a su estado, fue trasladado al hospital y cumplió el resto de su condena bajo los cuidados de un médico excéntrico, famoso por la eficacia de sus tratamientos. Tras su recuperación, el médico consiguió una evaluación psiquiátrica para declararlo curado. Ángel entró en cólera al enterarse de que estaba en libertad. Un muchacho de catorce años, completamente loco era un peligro para la sociedad. Dispuso que lo encontraran de inmediato. El lugar de Víctor era la cárcel, el hogar de locos o el cementerio. A pesar de sus esfuerzos, ninguno de los hombres de Ángel fue capaz de encontrar al muchacho.

Continuaron las pesquisas durante los siguientes tres años en vano. Víctor había desaparecido y cuando regresó pasados diez años, en 1932, casado y con una niña de cinco años, la situación en el país era tan compleja y Ángel jugaba a la guerra en tantos frentes que aplazó su venganza hasta que destruyera a sus enemigos más encarnizados. Ambos se mantuvieron a distancia. Al cruzarse en el pueblo, Víctor no se apartaba. Ángel, acompañado de sus hombres, siempre repetía la misma frase, al pasar por su lado, «Un día, igual se te acabe la suerte, muchacho, un día». Víctor ni siquiera desviaba la mirada. Pasaba de largo sin dar mayor importancia a las palabras del viejo.

Habían pasado más de veinte años desde entonces. Atormentando por los recuerdos, Víctor irguió la cabeza. Theresa seguía ahí observándolo en silencio. Fermina continuaba en la cama. Víctor preguntó una vez más, aunque sabía la respuesta. Nadie contestó. Sin prisa, se arrodilló ante el cuerpo de su hija y con las manos de ella entre las suyas empezó a llorar.

Todos sentían la muerte de Fermina. Ante el dolor de su padre guardaban silencio. La escena no hubiera tenido mayores consecuencias, más allá de las que impone la muerte, de no ser por el

grito de Isabel. La madre se encargó de tranquilizarla. Sin embargo, fue tanta la agitación de la muchacha que pronto comprendieron qué ocurría. El pecho de Fermina subía y bajaba muy lentamente. Theresa se lanzó de inmediato a reanimarla.

La revolución no solo trae muerte y hambre, también ofrece libertad

Cuando despertó no sabía dónde se encontraba. Theresa, Pedro, Antonio, Isabel, estaban alrededor de la cama, hasta que la muchacha abrió los ojos, convencida de que se trataba de un sueño en el que era posible despertar convertida en una princesa. Esos fueron sus primeros pensamientos. Isabel lloraba en silencio, con el rostro atrapado por la pena. Theresa también era presa de un súbito ataque de llanto. Fermina, en cambio, miraba a uno y otro lado, sin comprender.

Nadie, ni siquiera ella entendía qué pasaba, hasta que los recuerdos descendieron lentamente y poco a poco recordó dónde estaba. Hasta ese momento, su padre permaneció en su sitio mirándola atentamente, con la mezcla de amor y tristeza que surge debido a la pérdida irreparable de un ser querido, como si la compasión no fuera suficiente.

Al verla con vida se incorporó despacio. Todos hicieron silencio. Durante un segundo las duras facciones de Víctor se dulcificaron. Hasta que no se acercó lo suficiente, no estuvo seguro de que era ella, su Fermina. Agarró las manos de la joven con fervor para besarlas, la emoción entrecortaba sus frases.

—Pero hija, ¿qué te ha pasado? ¿Qué haces en la cama a estas horas? —dijo antes de abrazarla. Theresa ordenó a sus hijos que se retiraran. Isabel se negaba a marcharse. Tuvo que obligarla. El padre acariciaba el rostro de su hija, se encargaba de secar sus lágrimas. El rostro de Fermina, contrario a lo que se pudiera pensar, permaneció bajo la sombra de la indiferencia mientras estuvo desorientada. Después contrajo el rostro con una expresión de dolor que el padre no comprendía.

—Hija, ¿por qué lloras? Estoy aquí. Todos estamos aquí, tu madre, tu abuela. —Mientras más hablaba su padre mayor era el desconcierto de Fermina, principalmente cuando mencionó a los familiares. En ese momento se levantó de un tirón.

—Padre, por favor, que tenemos visita. —La joven se acomodó el pelo nerviosa mientras desterraba las últimas lágrimas. Víctor se encontraba desconcertado.

—¿Qué te pasa? —preguntó el padre sorprendido—. Antes estabas bien, y ahora, de repente. ¿Has traído a tus amigos, hija?

—¡Padre, por favor! —Fermina no miraba a ningún sitio en particular. La cabeza comenzaba a dolerle. Se llevó la mano a las sienes.

—¿Te molesta la cabeza? ¿Quieres que te traiga una tila o algo? —A medida que Víctor hablaba, más se oscurecía el rostro de la joven, hasta que fue incapaz de contener la rabia.

—¿Puedes callarte de una vez? —Víctor sobrecogido, se sentó sobre la cama, extrañado y con expresión de asombro.

—No lo entiendo, nos llevábamos muy bien. Siempre nos hemos llevado muy bien.

Fermina abandonó la habitación sin mirar atrás. Encontró a Theresa en el patio, consolando a su hija. Tan pronto apareció Fermina Isabel fue a abrazarla. Theresa, todavía conmovida, las miraba hasta que Fermina finalmente habló.

—Tenemos que irnos. Mi padre, ya lo han visto, no se encuentra bien. —Theresa interrumpió.

—¿Podemos ayudarlo?

—No —contestó categórica—. No se puede ayudar a una persona que no quiere ayuda. Será mejor que nos demos prisa, mientras más tiempo pasé será peor. A veces, —miró a su alrededor—, a veces tiene estos cambios de humor y no sé, la verdad. Es como si no lo conociera. No sé hasta dónde es capaz de llegar. Será mejor irse.

—Un momento. —Theresa agarró por la mano a la muchacha—. De verdad, si podemos ayudarlo cuenta con ello, podemos traerlo con nosotros. —La mujer hizo una pausa para tomar aire—. Eso será mejor que estar aquí solo. —Fermina hablaba con prisa.

—Luego, luego. Ahora será mejor irse. —Atravesaron la casa con pasos largos, y cuando estaban a punto de abrir la puerta, las palabras de Víctor se precipitaron sobre ellos. El hombre estaba en una esquina, sentado en una mecedora, atrapado por la oscuridad del salón. Si habían sido capaces de llegar hasta allí se debía a la habilidad de Fermina para desenvolverse con soltura por su casa incluso a oscuras.

—Es en vano, —repitió Víctor despacio, es en vano. Ya ha empezado. —Fermina, con la mano sobre el picaporte, abrió la puerta. Una descarga de fusilería estalló muy cerca de ellos acompañada de gritos y ruidos provenientes de una carga de caballería. Cerró la puerta de un tirón. El único que permanecía impasible era Víctor. El resto temblaba.

—Mejor se quedan aquí hasta que se acabe. No tardará. —Fermina se adelantó.

—Papá, ¿ahora qué has hecho? —Víctor se encogió de hombros.

—¿Crees que yo pueda hacer algo? Es la vida que sigue su curso, son los jóvenes, es la revolución. —Fermina se desesperaba.

—Pero padre, por favor. No dijimos... —Theresa colocó una mano sobre el hombro de la joven para que hablara más despacio. Fermina hizo un esfuerzo para mantener la calma. Empezó de nuevo—. Pero padre, no quedamos en que se apartaría de la revolución y todo eso. —Por primera vez los ojos del padre brillaron llenos de vida.

—Es en vano, Fermina. Si sales por esa puerta estás condenada como los demás.

—Pero ¿condenada a qué? —gritó la muchacha. Theresa la reconfortaba con gestos suaves y cariñosos sobre la espalda. El padre no contestó. Seguía con la mirada perdida hasta que tocaron a la puerta.

—Lo ven, os lo dije —comentó victorioso—, no tardará.

Con paso ligero se levantó a abrir la puerta. Dos jóvenes irrumpieron con otro en brazos. Víctor los ayudó a entrar. Un reguero de sangre se esparció por el suelo.

—¿Dónde es la herida? —preguntaba Víctor con calma, mientras los demás sobrecogidos, observaban el rostro del herido blanco como la cera y a punto de desmayarse—. Allí, colóquenlo sobre el mueble. ¡De prisa!, ¡de prisa! —El mueble resultó demasiado pequeño y fue necesario acomodarlo en el suelo. El herido era tan joven como sus acompañantes. Traían pistolas colgadas en el cinto y el brazo de uno de ellos sangraba por una herida sin importancia. Fermina se adelantó rabiosa.

—Nos iremos ahora, pase lo que pase nos iremos ahora. —El padre levantó la cabeza y luego prosiguió con su labor. Valoraba la herida del joven. Fermina colocó la mano sobre el picaporte para abrir la puerta. Si no lo hizo fue por Theresa. La mujer, mucho más cauta, se encargó de tranquilizar a Fermina. Tal vez esto les salvó la vida. Porque las descargas de fusilería continuaban cada vez con mayor ímpetu. Aun así, Pedro estaba dispuesto a seguir a la joven a través del peligro. En cambio, Antonio dudaba. Theresa tomó las riendas de la situación.

—¿Qué hacéis? ¿Por qué no estáis ayudando con el herido? —Fermina se encaró con Theresa.

—Si llegan los soldados estaremos perdidos. Nadie podrá salvarnos. —Theresa observaba a

Fermina en silencio. De repente se había convertido en una mujer diferente, alta esbelta, con el gesto sereno y el pulso firme. Miraba a unos y a otros con una determinación, con una serenidad, que costaba no contagiarse de su entusiasmo. Los tres hijos de Theresa esperaban la respuesta de su madre. Entonces tocaron a la puerta con fuerza. El único capaz de mantener la calma fue Víctor. Sus palabras helaron el corazón de los presentes.

—Abran, por favor. —Fue lo único de que dijo. Apenas desvió la mirada unos instantes de la herida. Su respuesta atrajo todas las miradas. Incluso los dos jóvenes que auxiliaban a su compañero, se preparaban para defenderse. Víctor seguía enfrascado en detener la hemorragia. El herido, un chico que no debía tener más de dieciocho años, en medio de su delirio sonrió.

—No les dije que era el mejor. —Sus compañeros no sabían qué hacer, se miraban entre sí consternados. Víctor hacía gala de una sangre fría envidiable. Su pulso, en vez de desbocarse, mantenía un ritmo regular tan inusual, que solo podía ser resultado de la enajenación mental. Otra vez tocaron a la puerta, en esta ocasión con más apremio. Fuera aumentaban las descargas de fusilería, los gritos de terror de gente herida y los cascos de caballos al galope. Fermina, prácticamente fuera de sí, increpó a su padre.

—Pero ¿qué haces? ¡No te da vergüenza! ¿No te das cuenta de que nos pones a todos en peligro? ¡Loco, estás loco! —gritaba entre sollozos. ¡Por tu culpa todos vamos a morir! —Theresa consiguió apartar a la muchacha de la puerta. Se dirigió con ella a un lado del salón mientras se esforzaba por tranquilizarla. Víctor apenas desvió la atención de su trabajo. Habló con tranquilidad, sin emoción. No se dirigía a nadie en particular.

—Sea para bien o para mal, abran. Nadie, absolutamente nadie puede escapar a su destino. Y si nuestro destino es morir, pues moriremos con dignidad. Si alguien quiere marcharse que escape por la puerta trasera. Sigán el pasillo y caminen recto hasta al final.

Aquellas palabras terminaron por convencer a Theresa de que Víctor no había perdido completamente la razón. Era extraño, tal vez excéntrico sin llegar al histrionismo, posiblemente con alguna especie de trastorno que oscurecía su razón ante determinadas circunstancias. Los dos jóvenes que trajeron al enfermo emprendieron la huida. Los toques en la puerta no se detenían. Por fin, Theresa abrió. En vez de un batallón de soldados, se escurrió una mujer con el pelo largo y sedoso, vestida con un abrigo de fieltro a la moda. Hablaba de prisa.

—He venido tan rápido como pude. —Víctor levantó la cabeza un momento.

—Trae agua caliente y vendas.

—¿Es grave la herida? —Víctor negó con lentitud.

—Si hubiera entrado un poco más a la izquierda sería más difícil. Hemos tenido suerte. —La mujer besó en la mejilla a Víctor. Se deshizo del abrigo. Fue hasta una de las habitaciones y regresó con agua y vendas.

—Contigo siempre hay suerte, mi alma. Eres un sol —mencionó mientras iba camino a la cocina.

—Belén —añadió Víctor antes de que abandonara la habitación—. Esa es mi hija. Ha venido con la familia Arznaga. —Las dos mujeres se midieron con la mirada. Fermina no comprendía la situación. Se adelantó vacilante.

—¿Y esta quién es? —comentó mientras la miraba de pies a cabeza, con arrogancia—. ¿Por qué se mueve como si conociera la casa?

—Es una amiga —contestó Víctor.

—¿Una amiga? —El tono de desprecio fue demasiado evidente como para que la otra lo dejara pasar. El cuerpo de Belén se contrajo, la comisura de sus labios se endureció.

—Una amiga, mi alma. Solo eso, una amiga. —El herido sufrió un desmayo en ese momento.

Víctor se apresuró a sostener la cabeza para evitar que se golpeará contra el suelo porque en su delirio, había intentado incorporarse. Belén acomodó un pequeño cojín bajo la nuca y sin decir una palabra más, se puso a las órdenes de Víctor. Entre los dos estuvieron trabajando sin descanso alrededor de treinta o cuarenta minutos. Al finalizar, Víctor satisfecho, se dirigió al baño a lavarse.

—Con esto será suficiente. —Belén cuidaba del enfermo. El muchacho yacía en el suelo sin fuerzas, con el torso vendado. Desparramado a su alrededor se encontraban varios frascos abiertos, gasas cubiertas de sangre, trozos de hilo y desinfectante. Aunque ninguno de los presentes se había percatado, los ruidos de la batalla cada vez se alejaban más. Víctor fue el primero en reparar en ello al regresar, con el rostro sereno y brillante.

—En dos horas podrán marcharse —dijo sin más. Theresa se acercó a él. Sus hijos descansaban en diferentes posturas, desperdigados por el suelo. Fermina junto a Isabel no paraba de hablarle, aunque la otra no contestara.

—¿Cómo está? —preguntó Theresa.

—Sobrevivirá. Es un muchacho fuerte. —Víctor miraba a su asistente, Belén se encargaba de recoger las gasas empapadas en sangre.

—No sabía que era médico —dijo Theresa. Víctor se quedó mirándola en silencio. Tardó en contestar.

—No lo soy. —La respuesta no tomó a Theresa por sorpresa.

—No lo es. ¿Y entonces? ¿No tiene miedo de...? —Víctor se apresuró a contestar.

—Trabajé muchos años con un médico muy reconocido. Me enseñó algunas cosas. —Belén no tardó en plantarse a su lado. Su belleza estaba muy lejos de igualar a la de Theresa. Rondaba los cincuenta años, con los labios gruesos y carnosos, de cintura estrecha y piernas bien torneadas. Era una mujer que, en el ocaso de su juventud, mantenía el atractivo. Durante muchos años fue celebrada por la belleza de sus ojos. Cuando miraba de frente, uno tenía la sensación de que hurgaba en el alma. Esa era la sensación que Theresa experimentaba ahora. Aunque Belén se refería a Víctor, la miraba a ella.

—Víctor, necesitas algo más.

—De momento no. Ahora hay que esperar. —Theresa no sabía cómo proceder. En silencio regresó hacia donde se encontraban sus hijos reflexionando sobre los acontecimientos del día, su casa, la muerte del soldado en el establo. «Oh, por Dios» Se llevó la mano a la cabeza como si de pronto hubiera recordado una cuestión importante, tan importante que no podía esperar. «El soldado, ¿dónde estaba escondido el cadáver»? En cualquier momento la Guardia Civil o el ejército podrían registrar la masía. Pensó con recelo en el piloto escondido en el sótano, una complicación añadida y maldijo su suerte.

Mientras reflexionaba, desvió el rostro un momento hacia sus hijos. Pedro hablaba en voz baja con Fermina. De pronto, la muchacha quiso levantarse. Pedro la detuvo. Isabel dormía sobre el suelo, con la cabeza apoyada en el regazo de Fermina. Una vez más la joven trató de incorporarse y Pedro la retuvo. «¿Qué estaría pasando?» Isabel se despertó. Esta era la oportunidad que esperaba Fermina para salir disparada. Ni siquiera Pedro fue capaz de detenerla, la joven se las arregló para evitarlo y plantarse delante de su padre.

Víctor hablaba en voz baja con Belén, de vez en cuando reían por lo bajo mientras velaban el sueño del herido, así que al ver a su hija frente a él con el rostro desecho por la rabia no imaginó lo que se avecinaba. Las primeras palabras de Fermina marcaron el tono de la discusión.

—¡Eres una puta! —Víctor se levantó del suelo tan rápido como pudo para agarrar a su hija que se lanzó contra Belén. Pedro ya se había percatado de que estaba fuera de sí, con la ayuda de

Víctor lograron controlarla. Isabel y Theresa se encontraban expectantes. Jamás habían visto a la joven sufrir un ataque de ira. Fermina parecía fuera de sí. La situación no fue a más gracias al padre. Víctor detuvo a su hija antes de que hundiera las uñas en el rostro de Belén y luego, Pedro ayudó a reducirla por la fuerza. Costaba dominarla.

—¡Putas, eres una puta! —gritaba mientras lanzaba patadas y mordía a Pedro. Belén se levantó del suelo despacio.

—¿Quién te dijo que era puta? ¿El moreno que va contigo? —Fermina la escupió en el rostro. Belén se limpió con una sonrisa en los labios y sin que nadie se lo esperara, abofeteó a Fermina con tal fuerza que la hizo retroceder dos pasos.

—Putas soy y a mucha honra, niña. Pero antes de que te llenes la boca con una palabra tan grande, tienes que saber que estos pechos te han dado de comer a ti y a tu padre. No todas podemos elegir un señorito a quien servir. —Miró con desprecio a Theresa—, ni todas tenemos el cuajo para olvidar a la familia en los momentos difíciles. —Fermina, herida en su amor propio, forcejeaba para que la soltaran.

—¿Qué sabrás tú de la familia, puta? —Belén la miró de arriba a abajo.

—Ay, alma de cántaro. Mi familia es la revolución, ¿te enteras? ¡La revolución! —Fermina negaba como una loca.

—¡Estáis todos locos, todos locos! ¡La revolución ha fracasado! ¿Acaso no os habéis enterado? —Víctor y Pedro continuaban sujetando a Fermina. Belén sonrió.

—Fracasó para los débiles y los que no tienen amor propio. Los fuertes nunca se cansan. Por eso estoy aquí, con tu padre. ¿Tú dónde estás, señorita de tres al cuarto? Anda y que te zurzan, criatura de Dios. Venirme tú a mí, ¡a mí! —Víctor dejó a su hija para encargarse de Belén que amenazaba con hacer pedazos a Fermina. Con mucho esfuerzo consiguió llevarla a otra habitación.

Theresa, en medio de su desconcierto, ordenó a Pedro que soltara a Fermina. Isabel temblaba de miedo en una esquina.

—Fermina, ¿qué ha sido esto? —Fermina bajó la cabeza.

—Pedro sabe. —El muchacho bajó la cabeza.

—Pedro, estás tardando en explicarme. —El muchacho bajó la cabeza avergonzado.

—Es la Verena, madre. Trabaja en la casa de alterne. —El rostro de la madre se transfiguró en una mueca de sorpresa.

—¿Y tú cómo sabes eso? —El chico no contestaba. Víctor regresó al salón—. Después seguiremos esta conversación, Pedro —dijo la madre. Víctor parecía muy preocupado. Theresa fue la primera en hablar.

—Siento lo que ha pasado. —Víctor trataba de restarle peso a la situación.

—A veces ocurren estas cosas. Es la vida.

—Ya, sí. Claro. —Víctor miraba al suelo, luego a Theresa, hasta que decidió hablar.

—Pronto vendrán más compañeros. Si se quedan, no sé qué pueda pasar. —Theresa alzó la ceja nerviosa.

—¿Quiénes? ¿Comunistas? —Víctor no prestó atención al tono de Theresa.

—Son compañeros —repitió. Si se quedan no puedo garantizar su seguridad, pero sí puedo asegurarles que serán bienvenidos. —Theresa ni siquiera lo pensó.

—Nos vamos. —Víctor la agarró del brazo.

—¿Estás segura? Ahí fuera todavía es peligroso.

—Ya pasaron dos horas.

—Lo sé. —Víctor no se daba por vencido.

—Pero es peligroso. Durante una semana o dos todavía será peligroso, eso por no decir dos meses. Les han matado a mucha gente, Theresa. Piénsalo. Esta gente nunca se conforma cuando se trata de sangre. Ya has visto en qué han convertido España. Además, estoy al tanto de la situación. Tú hijo... —A Theresa no podían mencionarle el tema de su hijo.

—No metas a mi hijo en esto. No está involucrado. —Víctor, en vez de contestar, miraba a la mujer. Finalmente habló en voz baja.

—Se pondrá peor a partir de ahora. Lo mejor será que se escondan hasta que las cosas se calmen. Nosotros podemos ayudarlos. Mientras haya resistencia ellos seguirán insistiendo en destruirnos. Sobre todo a ti. —Theresa levantó la mano como si no quisiera escuchar más. Bastaron unas palabras para que sus hijos se aprestaran a marcharse. Víctor caminó hasta la puerta detrás de su madre.

—Theresa —Víctor apeló a su último recurso—. La revolución necesita gente como tú para triunfar. Gente decidida y con luces. —Por primera vez Theresa sintió que hablaba con sinceridad, que entre ellos no existían muros ni barreras. Ahora era capaz de verlo tal cual era, un hombre honesto entregado en cuerpo y alma a una causa, a su verdad—. ¿Qué me dices? —Había puesto toda su fuerza y su energía en estas palabras y no aceptaba una negativa.

Theresa no dudaba. Las palabras de Víctor eran tan parecidas a las de su marido. Entonces recordó todo, el cuerpo de su marido destrozado en una carreta, su mano fría e inerte, el rostro oscuro y gris de los soldados encargados de entregar el cadáver y su dolor, sobre todo recordaba su dolor cada vez más vivo, mientras la ausencia de su marido crecía con los años, ocupaba cada vez con mayor profundidad los espacios más recónditos de su alma.

Fue suficiente una mirada para que Víctor comprendiera la envergadura de su fracaso. Las palabras de Theresa en vez de amainar su tempestad, se convirtieron en una nueva tormenta en la que veía alejarse a su hija para siempre. No aceptaba un no por respuesta. Esa era su consigna favorita. No ahora, pensaba. No sabemos qué pasará mañana. Así recibió las palabras de Theresa cuando rechazó su ofrecimiento.

—No es mi revolución, Víctor. No es mi revolución. —Esas fueron sus últimas palabras. El hombre insistió una vez más, la agarró de la mano. —Theresa sorprendida se dio la vuelta. Víctor contemplaba el rostro de Theresa fascinado. La mujer fue capaz de apreciar la determinación en los ojos de aquel hombre y su poder, un poder que emanaba de su convicción y del dominio moral sobre los hombres. Una palabra hubiera sido suficiente para que ninguno de ellos saliera de allí y Theresa en ese momento comprendió la verdadera fuerza de Víctor, el odio y el rencor acumulado cuidadosamente durante generaciones, pero sobre todo el rencor capaz de contaminarlo todo y destruir a los demás por pensar diferente o por tener posesiones. Entonces tuvo miedo, pero también sintió lástima y tristeza.

—¿Por qué haces esto? —preguntó ella. La respuesta no se hizo esperar. La voz de Víctor surgió más segura que nunca.

—Por lo mismo que tú, Theresa, por amor.

Esas fueron las últimas palabras que escuchó. Prefería alejarse de él a toda prisa antes de pasar un solo segundo a su lado. Víctor observó al grupo perderse en la profundidad de la calle. Hoy no era su revolución, pero mañana todo cambiaría. Porque la vida consistía en eso, en el cambio. Theresa, por el contrario, pensaba solo en una cosa, en llegar a su casa y preparar la huida a Francia. España ya no tenía nada más que ofrecer ni ella ni a su familia. Por fin se había decidido. Ahora solo necesitaban llegar sanos y salvos a la masía y luego preparar la huida.

Atravesar el anillo de fuego

Apenas dieron los primeros pasos comprendieron que la situación era mucho más compleja de lo que a primera vista parecía. El olor a pólvora y el humo de los disparos no se había disipado completamente. La gente se levantaba poco a poco del suelo herida y maltrecha, otros permanecían inmóviles, con la mirada perdida, en disímiles posiciones.

A lo lejos, se escuchaban a veces descargas de fusilería precedidas por el grito de «fuego» ordenado por tenientes que daban caza a los últimos rebeldes o remataban a los heridos sin pestañear. Luego, surgía el silencio hasta que se repetían los disparos.

Cada descarga los animaba a caminar más aprisa, sin prestar mucha atención a su alrededor, salvo la necesaria para apartarse de los guardias desorientados. Isabel, sobrecogida por los disparos, buscaba refugio en su madre. Theresa se encargaba de confortarla, apretaba la mano de su hija para infundirle valor.

Fermina y Pedro abrían la marcha. En el centro, Theresa cuidaba de Isabel. Antonio era el último. Había encontrado un garrote ensangrentado con una maza de hierro insertada en un extremo. Un arma temible en la lucha cuerpo a cuerpo. De vez en cuando lo blandía ante él a modo de advertencia. Así conseguía mantener a los curiosos apartados.

Avanzaron una o dos calles sin mayor novedad, al girar a la izquierda, Theresa ordenó que se detuvieran. Fermina fue la primera en protestar.

—¿Por qué nos detenemos? —Pedro, al lado de Fermina—, miraba a uno y otro lado en previsión de lo que pudiera ocurrir. De vez en cuando, de entre los heridos diseminados por el suelo, uno conseguía levantarse a duras penas e intentaba alcanzarlos con la mano extendida. En todos los casos llevaban consigo el sello de la muerte impreso en los ojos y una expresión de martirio, signo de un profundo sufrimiento.

A veces caían por sí mismos para no volver a levantarse entre lamentos y promesas. En otras ocasiones, cuando las fuerzas les alcanzaban para tenerse en pie, era necesario apartarse de ellos porque no entendían razones. Una y otra vez buscaban una mano amiga, un brazo donde apoyar la cabeza antes de morir.

Fermina rechazaba sus esfuerzos con firmeza. No atendía a razones. Deseaba resguardarse en la masía cuanto antes. Se sentía culpable por haberse detenido en su casa tanto tiempo. Al final, resultó ser una ratonera. Luego, la actitud de su padre, sus palabras. El solo hecho de recordar a Víctor encendía nuevamente la rabia en su interior. «¿Por qué había actuado de esa manera? ¿Cómo era posible que después de tanto tiempo siguiera enfrascado en una pelea perdida de antemano?» Lo peor era la mentira. Odiaba la mentira y su padre... Su padre había jurado dejar la política y ahora... De repente... Avanzaba de prisa para sofocar la rabia. Entonces escuchó la orden de Theresa. «¿Por qué razón se detenían ahora?».

Las dos mujeres se midieron con la vista sin reparar en el sitio que se encontraban. Las dos defendían a su familia, porque Fermina consideraba a los Arznaga su verdadera familia. No perdía la ocasión, cuando salían de visita a otros pueblos o visitaban la ciudad, de ocultar sus orígenes. A los efectos, era la hermana mayor de Isabel, una Arznaga. Pero esto, esto era diferente. No tenía que ver con el afecto que sentía por los Arznaga, ni con el sentimiento de culpa que la devoraba, más bien se trataba de una sensación nueva y desconocida, una sensación de plenitud y efervescencia que la absorbía por completo.

—¿Adónde nos llevas? —preguntó Theresa con Isabel abrazada a ella. Los disparos se

habían reanudado a muy poca distancia así que era difícil escucharse. Fermina no bajó la cabeza. Tenía la certeza de que, por fuerza, debían seguir ese camino. Respondió con firmeza, como correspondía a un Arznaga.

—Será más fácil por la plaza. De ahí podremos bajar por el camino viejo. —El camino viejo llevaba años sin usarse, desde que el gobierno de Franco reparó el puente de los caminos, al finalizar la guerra. Si bien, los alejaba un poco más de su destino, posiblemente fuera el sitio menos transitado y por ende el más seguro. Theresa valoraba el rodeo. Por lo menos perderían una hora y media. En cambio, de subir desde la plaza, en menos de treinta minutos llegarían a la masía. Su respuesta fue categórica, con la mirada altiva y el pelo revuelto.

—Llegaremos a la plaza y de ahí tomaremos el camino de siempre. Hay que llegar cuanto antes a casa —Fermina se mordió los labios y miró al suelo. Sentía el viento agitando sus cabellos y la sensación de plenitud, de euforia, recorriendo su cuerpo. En parte, de ahí provenía su firmeza, como si hubiera esperado toda la vida para abrirse al mundo y ahora el mundo respondiera con una energía arrolladora. La realidad era mucho más profunda y sutil que una simple corazonada. Habló con suavidad, eligiendo las palabras.

—Es muy arriesgado, creo... —Theresa la interrumpió cortante.

—Ese es el camino que tomaremos. ¿Está claro? —La joven todavía sostuvo la mirada unos instantes hasta que dio media vuelta y reanudó la marcha. Pedro de nuevo se puso a la cabeza y Theresa ordenó que se desviarán por un callejón desierto. Fermina dudaba.

—Es el callejón de los judíos, —dijo la muchacha—. Solo tiene una salida.

—Lo sé —contestó Theresa y se adentró con su hija sin esperar a nadie. El callejón era estrecho y silencioso, rodeado de altos muros. Las casas, cerradas a cal y canto, diferían mucho de la actividad diaria en la que los comerciantes exhibían sus mercancías. Al final del callejón, este torcía hacia la izquierda. Finalizaba en un soportal con forma de arco bajo el que se refugiaron. Era la puerta de entrada a la judería. Pedro se aventuró a preguntar.

—¿Qué hacemos ahora? —Fermina quiso responder, pero Theresa se adelantó.

—Por ahí —señaló una calle estrecha que bifurcaba a la izquierda. El primero en adentrarse fue Pedro. No tuvieron que caminar mucho para encontrar a los primeros heridos. Pedro se detuvo.

—¿Está segura madre de que debemos seguir? —Theresa asintió en silencio. Otra vez fue la primera en inaugurar la marcha. Ayudó a Isabel a cruzar por encima de un cadáver. La joven, temerosa en un principio, entró en pánico al tocar el muerto por error con el pie. La voz de la madre se elevó autoritaria.

—No mires, hija. No mires. —La expresión de Isabel era de auténtico terror. La madre intentaba calmarla—. Alza la cabeza, súbela. Así, así. —Posiblemente la insistencia de la madre infundió el valor necesario a la hija para que prosiguiera. Avanzaron en zig zag, evitando a los cadáveres, cada vez más abundantes. Más adelante se escuchaba el ruido de los disparos y el aire otra vez comenzó a cargarse del olor a pólvora. Pedro y Fermina se miraron asustados, pero siguieron.

La calle desembocó a una pequeña plaza en la que la Guardia Civil combatía cuerpo a cuerpo con un grupo de hombres en su mayoría obreros o campesinos, armados de bayonetas y cuchillos de monte; otros con botellas incendiarias y ladrillos mantenían alejados a los guardias. El enfrentamiento era a muerte y por la cantidad de cadáveres, debían de llevar mucho tiempo enfrascados en la lucha. La primera reacción fue recular ante la violencia demostrada por unos y otros. Un guardia civil asestó un golpe mortal en el estómago a un rebelde. El hombre se dobló sobre las piernas, todavía con la escopeta de perdigones en una mano y los ojos llenos de

asombro. Un segundo después se desplomó.

—¡Atrás!, ¡atrás!, ¡regresemos deprisa! —Fueron las palabras de Fermina—. Ni siquiera fue consciente de haberlas dicho, simplemente las palabras estaban ahí, flotando en medio de los gritos de muerte, del olor dulzón de la sangre mezclado con sudor y pólvora, los bufidos de caballos en el suelo intentando levantarse mientras los cascos se enredaban con los intestinos al aire libre. Theresa entonces dijo unas palabras que jamás olvidarían, con una sencillez, con una tranquilidad que los desconcertó. En medio de los gritos y la turbación general, sobreponiéndose a la barahúnda, sus palabras flotaron majestuosas por sobre ellos, giraron en círculo unos instantes antes de perderse en el fragor de la batalla.

—¡Sigamos, hay que seguir! —Y se adentró en la plaza mientras los hombres se mataban con gritos espantosos debido a las heridas, con los ojos inyectados de sangre. A muchos se les aflojaba el vientre al recibir una herida mortal, miraban a su atacante o al cielo, un segundo después morían. En medio de la refriega, el rostro de Theresa resplandecía. Resguardaba a Isabel con su cuerpo, Pedro y Antonio caminaban por inercia. Justo en el último tramo de la plaza, varios hombres enfrentados se disparaban sin esconderse de la muerte. De pie, unos frente a otros sin agacharse ni hacer otro movimiento que no fuera disparar. Otros dos hombres se unieron a sus compañeros, caía uno y otro levantaba el fusil con lentitud calculada, como si hubieran vivido toda la vida tan solo para convertir ese momento, el instante de levantar el rifle en un acto solemne, cargado de beatitud.

Ni siquiera Pedro se atrevía a dar un paso más por temor a caer entre el fuego cruzado de los dos bandos. Fermina gritaba que regresaran mientras pudieran. Y, por extraño que parezca, a pesar de ir contra toda lógica, Theresa en vez de retroceder, dio un paso tras una andanada de fuego cerrado, milagrosamente, nadie resultó herido, en ninguno de ambos lados.

Theresa y sus acompañantes no aceleraron el paso, ni siquiera cuando los hombres cargaron nuevamente sus armas y dispararon enfrascados en herir a sus enemigos jurados, sin reparar en el grupo de mujeres acompañadas de dos adolescentes que atravesaron el anillo de fuego como si el tiempo y el espacio se hubieran detenido. Una bala atravesó la falda de Theresa, otra silbó delante de Pedro. Siguieron avanzando por entre la sangre todavía caliente y los gritos de dolor, con una tranquilidad cercana a la locura.

Y los hombres cargaron sus armas por tercera vez. En esta ocasión, no había escapatoria posible porque el grupo se encontraba justo en la mitad, expuestos a los disparos de ambos lados, donde más daño se producía. Los hombres cansados, después de horas combatiendo, con el cuerpo engarrotado, la mayoría con diversas heridas de menor envergadura, sentían la necesidad de matar o morir. Aunque sus cuerpos flaquearan, guiados por la convicción de que la razón se encontraba de su lado, deseaban, costara lo que costara, destruir a sus enemigos, hacerlos pedazos con los dientes, pasarlos a cuchillo.

Entonces, con las armas cargadas y a punto de disparar, no apretaron el gatillo. Theresa seguía avanzando por entre ellos, la distancia que separaba a los contendientes no era mayor a doce metros; sin levantar los ojos de su objetivo, apuntando al corazón o a la cabeza, así transcurrieron aquellos dos minutos en los que esperaron pacientemente a que desaparecieran de su vista. Antonio era el último, muy cerca de su madre. Tan pronto Antonio estuvo fuera del campo de visión reanudaron el encarnizado combate. En esta ocasión se lanzaron a devorarse con los cuchillos desenfundados porque no les alcanzaban las balas y el odio que, después de la pausa, había renacido.

Se refugiaron en una esquina, bajo un soportal de piedra a través del cual se accedía a la calle. Prácticamente sin aliento llegaron hasta allí. Convencidos de que un pequeño milagro se

había obrado ante ellos. Theresa continuó por la calle sin detenerse. La suya era una idea fija, alcanzar la plaza principal del pueblo y de ahí dirigirse a la masía. En aquella parte del pueblo se respiraba mayor tranquilidad. El olor a pólvora en el aire disminuía, así como los heridos y los muertos. Fermina no sabía qué pensar de todo aquello. Tenía sentimientos encontrados en relación con Theresa, pero por encima de todo, no entendía qué había pasado en la plaza.

Dos calles más adelante Theresa se detuvo. Al final de la calle, un destacamento de guardias caminaba en dirección a ellos. Varios guardias se encargaban de rematar a los heridos. Sin miramientos, daban el tiro de gracia. A veces dos. En esta ocasión, Fermina propuso huir por un callejón lateral. Theresa no dijo nada. Siguió en silencio a Fermina.

Los tiros de gracia se escuchaban cada vez más cerca. Comenzaron a fijarse en los heridos. Algunos de ellos eran gente que conocían de siempre. La mayoría no hablaba debido a la debilidad. Isabel se detuvo a auxiliar a uno. La madre se opuso con todas sus fuerzas.

—Ya están muertos, todos están muertos. —Así continuaron hasta que Isabel, sin que nadie pudiera evitarlo, se abalanzó sobre el cuerpo de un hombre. Al levantarla, comprendieron que se trataba de un adolescente, prácticamente un niño de once o doce años. Theresa sofocó un grito de sorpresa al reconocer a José Luis gato pecas. El vecino de los Antón que había ayudado a sofocar el incendio en la madrugada. El muchacho estaba herido en el hombro. Isabel no quería moverse de allí. Los guardias seguían acercándose. Al menos los disparos cada vez se escuchaban más cerca. Ante la demora de Isabel, la madre tomó una decisión.

—Está bien. Vendrá con nosotros. —Fermina no estuvo de acuerdo.

—Ni siquiera llegaremos a la plaza con él. —Theresa contestó malhumorada.

—¿Crees que no lo sé? Ni siquiera sabemos si se salvará. —Fermina se agachó a inspeccionar al herido. El joven sonrió.

—¿Ahora eres médico, Fermina? —Un segundo después, Fermina se encontraba en pie con el gato pecas.

—¿Puedes caminar apoyado en mí? —El chico asintió. Fermina, echó a andar en dirección contraria.

—Pero ¿te has vuelto loca? ¿Dónde crees que vas? —El rostro de Fermina imbuido por la determinación, no se inmutó.

—La herida no es grave, el chico puede salvarse.

—Pero... —Esta vez fue Fermina la que interrumpió.

—Con el chico no pasaremos más allá de la plaza. En cuanto los guardias lo vean vendrán a por él y luego a por nosotros. Estaré bien.

Antes de marcharse, Isabel la agarró del brazo.

—¿Volverás? —Todos se sorprendieron. La joven no quería soltar el brazo de Fermina—. ¡Prométeme que volverás, hermana! ¡Por favor!, ¡promételo! —Los ojos de Fermina se llenaron de lágrimas. Después de abrazarse, Fermina juró que volverían a encontrarse pronto y se marchó por una calle lateral.

Eran las cuatro y media de la tarde cuando reanudaron la marcha. Después de las tres el cielo se había despejado, pero el viento continuaba soplando con fuerza. A medida que se acercaban a la plaza aumentaba la presencia de los guardias. Un jeep con altoparlantes pasó junto a ellos. Los soldados les hicieron señas de que continuaran avanzando. A través de los altoparlantes convocaban a todo el pueblo sin excepción a la plaza. Cuando vinieron a darse cuenta, desembocaron en una plaza mayor sitiada, de la que era imposible escapar.

Los camiones cargados de soldados llegaban uno detrás de otro. Los hombres bajaban aprisa y tomaban posiciones en la plaza, organizaban el tráfico de gente, los movían a uno u otro sitio.

Cuando las mujeres preguntaban qué pasaba o cuánto tiempo estarían allí se encogían de hombros. Theresa se mezcló entre la multitud con sus hijos. Entonces se dio cuenta de que en el centro de la plaza estaban construyendo un cadalso.

La casa de la colina

Recorrieron la plaza de arriba a abajo de la plaza principal de la ciudad y no encontraron una salida, el menor resquicio para escapar. La tensión se notaba en los rostros de las personas. Niños, mujeres y jóvenes, ancianos que requerían ayuda para caminar, sentados en el suelo. Los hombres se mantenían apartados, con los brazos en los bolsillos, muy cerca del cordón de seguridad establecido a la carrera por los militares con vallas metálicas detrás de las cuales patrullaban los soldados.

Al fondo, se encontraba la iglesia con las puertas abiertas de par de par y al bajar los escalones, dos sacerdotes y un capellán acompañados de varios soldados asistían a la concentración sin estar conformes, porque después de los actos de violencia preferían asistir a los heridos, dar la extrema unción o recibir en confesión.

De vez en cuando los niños cruzaban por entre los barrotes y entraban a la zona restringida entre risas y muecas. Los soldados corrían detrás de ellos para obligarlos a regresar con sus padres. En una ocasión, un crío demasiado pequeño como para reflexionar sobre las consecuencias de su acción, estuvo a un paso de provocar un enfrentamiento.

Después de que un soldado demasiado obeso para atraparlo fracasó varias veces en su intento, tuvo la genial idea de amenazar al niño apuntándole con el arma. Una ola de indignación se elevó de entre la multitud. Las mujeres se movilizaron de inmediato y la marea de gente hambrienta y cansada de permanecer de pie en una plaza tan pequeña mientras llegaban más y más vecinos, se convirtió en un mar embravecido que agitaba las vallas en diversos puntos.

Si no ocurrió una desgracia fue por la intervención de dos oficiales que ordenaron la retirada inmediata del soldado. Devolvieron el niño a la multitud y pidieron disculpas. Así consiguieron aplacar los ánimos hasta que el capitán Galán subió a una tribuna improvisada en medio de la plaza, a poca distancia de la entrada a la iglesia.

En principio, la gente pensó que se trataba de un cadalso, pero pronto comprendieron que no, más bien era una plataforma, construida en madera, de unos cuatro metros de largo por cuatro de ancho, desde la que se podía arengar al pueblo. En el centro colocaron una tribuna con un micrófono.

Debían de ser las cuatro y media de la tarde. Desde un poco antes del mediodía habían congregado a los habitantes del pueblo en la plaza. Dos mil y pico de personas que iban de un lado a otro, murmuraban entre sí por la suerte de los suyos, lanzaban imprecaciones y juraban que se quejarían a las instancias superiores ante tamaño abuso por parte de las autoridades. Un clamor popular se elevó en el cielo cuando Galán se dirigió al público. Detrás de él varias palomas alzaron el vuelo ante la fachada de la iglesia, sobrevolaron el campanario y se perdieron en la lejanía. Las palabras de Galán fueron rotundas.

—Si están aquí es porque son culpables. Todos son culpables y nadie se irá de esta plaza hasta que los culpables no reciban su justo castigo. Lo juro por Dios y por la patria. —El suspiro de animadversión, la incredulidad de la gente, fue tal que los soldados se aprestaron a disparar ante las muestras de inconformidad. De entre el gentío sobresalió una voz que fue secundada por la de otros hombres. «¿De qué se nos acusa? ¿Por qué somos culpables? Llevo todo el día en mi casa». Galán esperó pacientemente a que los ánimos se aplacaran. «Déjenlo hablar, —gritaron varias mujeres».

El capitán Galán miraba hacia una calle, en la esquina de la plaza, por donde descendía un

grupo de soldados, luego observó a los sacerdotes, prácticamente a sus espaldas, cerca de la entrada de la iglesia. Tardó unos instantes en dirigirse al pueblo. Después de atender a un mensajero que le entregó un papel doblado con noticias frescas, alzó la cabeza victorioso y seguro. Acompañaba sus palabras con gestos enfáticos, los soldados vigilaban el perímetro con las armas listas. Al menor asomo de rebelión abrirían fuego. Galán alzó la mano para reforzar sus palabras. En actitud firme, serio y con el rostro sereno.

—Esta mañana se cometió un ataque contra las instituciones y el estado, contra el general. El ataque ha sido de tal magnitud que necesariamente más personas debían conocer del alzamiento, porque esto, señores, ha sido un alzamiento en armas y la pena es el fusilamiento. —Acallaba el clamor general y los gritos de protesta con un gesto de la mano. Cuando la gente hizo silencio prosiguió—. Tenemos a muchos prisioneros. Nos darán la información que deseamos, quieran o no. Pero lo que nos interesa es atrapar a los bandidos que desde hace un año y medio asolan la región, roban el ganado, asesinan a nuestros mejores soldados y oficiales.

La sola mención del grupo de bandidos soliviantó el ánimo de Galán. ¡Son un insulto —dijo con dureza—, y mientras ese grupo de salvajes esté en libertad, nadie estará a salvo! —El capitán hizo una pausa, acalorado, con el rostro rojo de ira. Se limpió el sudor del cuello y la frente con un pañuelo blanco. Miró una vez más a las autoridades religiosas. Se mantenían en sus puestos sin expresar emociones, atentos a cada palabra del capitán. El más viejo de ellos hizo un gesto apenas imperceptible con la mano. Interpretó la señal como una muestra de respeto y prosiguió con nuevos bríos.

«Nadie se irá de esta plaza hasta que no consigamos la información que deseamos. ¿Entendido? ¡Nadie! El rumor de los congregados interrumpió el discurso—. ¡Callad porque apenas he empezado! —Contempló a los cientos de personas reunidas en la plaza mientras preparaba las siguientes palabras—. La ciudad estará en toque de queda hasta nuevo aviso. —Un nuevo rumor crecía entre el público. Galán en vez de detenerse, elevó la voz—. Nadie podrá circular después de las seis de la tarde. Y, una cosa más, —alzaba el índice enfático—. Como muestra de nuestra convicción, hemos traído a uno de los culpables de este sangriento alzamiento. Recibirá su merecido delante de todos. Y nadie, absolutamente nadie se irá de aquí hasta que no sepamos todo de este individuo, absolutamente todo.

El capitán, sereno, señaló en dirección a las escaleras que proporcionaban acceso a la plataforma. Un hombre maniatado, seguido de dos soldados, subía a duras penas. Fue necesario guiarlo a través de los escalones. Luego, cuando estuvo arriba, la multitud comprobó que había recibido una paliza salvaje. Con las manos atadas a la espalda, sin zapatos, con sangre en el pecho y la ropa prácticamente convertida en jirones, mostró un rostro deformado por los golpes debido a la hinchazón.

Dos horas y media después de llegar, Theresa no cejaba en su empeño de encontrar una salida cuando la sorprendió el grito de Isabel apiñados entre la multitud, con dificultades para moverse o ver más allá de la gente apilada ante ellos. La muchacha señalaba hacia la tribuna. A pesar de los golpes y del rostro deformado, podía reconocer bajo aquella capa de polvo y mugre a uno de sus mejores amigos. Theresa seguía sin comprender. Fermina hacía un rato que buscaba a los Arznaga por entre la gente. Desolada y sin esperanza de encontrarlos en medio de la multitud. Si lo hizo fue por el grito de Isabel.

Pedro destacaba por su estatura. A partir de ese momento, la joven se fue abriendo paso a empujones hasta que por fin se encontró con ellos. Isabel y Fermina se abrazaron con lágrimas en los ojos. La madre recibió a la muchacha con un beso porque su amor era sincero, la quería como una hija. —Isabel sollozaba con la cabeza apoyada sobre el pecho de Fermina. Esta última miraba hacia la tribuna con la cabeza erguida y el gesto sereno, como si no comprendiera la situación.

—Isabel, —preguntó la madre temerosa—, ¿ese muchacho es quien yo creo? —Isabel no tuvo tiempo de contestar.

—Sí, madre. Es Andrés —respondió Fermina con acritud. El capitán Galán obligó al joven a arrodillarse. Un soldado subió a la plataforma con un látigo. Se puso detrás del condenado. La gente hizo silencio.

—¿Quién conoce a este hombre? —La pregunta flotó sobre la multitud durante un rato, rebotó en las paredes de los edificios aledaños y devolvió silencio. El capitán Galán sonrió. Hizo un gesto y el látigo restalló sobre la espalda de Andrés. El joven cayó hacia adelante, incapaz de levantarse. Dos soldados tuvieron que sostenerlo, cada uno por un brazo—. Tenemos todo el día para esto—. Ordenó que aplicaran un nuevo latigazo. Un débil lamento escapó de los labios de Andrés.

Isabel se tapó los oídos. Recordaba las palabras dichas por Andrés durante esa madrugada con tanta convicción. «¿Crees que no simpatizo con tu hermano? ¿Piensas que soy un cobarde?». Se había preguntado qué significaban estas palabras desde el momento en que las escuchó y ahora que el secreto estaba descubierto se sentía culpable. Quería a Andrés como un hermano o un amigo, pero nunca sería capaz de amarlo como se merecía, y ahora se encontraba a punto de morir, por su culpa.

La gente del pueblo murmuraba que era el panadero. De vez en cuando alguna que otra voz se elevaba para ofrecer nuevos detalles sobre el joven condenado. El capitán Galán prestaba atención a la información. «Es un chico solitario, su padre murió en la guerra, vive solo con la madre». Theresa temblaba con cada grito. Sabía que era cuestión de tiempo. Andrés era muy amigo de la familia y pasaba mucho tiempo en la masía o con Fermina e Isabel. Los tres eran inseparables. Pronto se descubriría la verdad y entonces perdería también a sus hijas así que, sin mediar palabra, se abrió paso por entre la muchedumbre dispuesta a entregarse. Caminaba con paso firme. Pronto dejó atrás a sus hijos.

A punto de llegar a las vallas escuchó un murmullo de la muchedumbre, un grito que paralizó a la multitud e hizo que abrieran una vía, un espacio para que saliera de entre la muchedumbre una persona. Theresa, acorralada por los empujones, observó a Fermina salir de entre el gentío con el brazo en alto y la mirada firme. El capitán Galán ordenó que subiera a la plataforma. La joven mantenía la serenidad. El capitán la miró de arriba a abajo e hizo una pregunta a través del micrófono.

—¿Es esta la novia? —Nadie contestó. Solo la voz de Fermina arrasó con el silencio.

—Soy la novia —dijo con firmeza—, la única novia. Un murmullo de exclamación escapó de

la multitud. La gente hablaba por lo bajo hasta que Galán impuso silencio.

—¿En serio eres la novia? —La miró de arriba a abajo otra vez—. Tendrán muchas cosas que contarse, ¿no es así? —Se dirigía a Andrés. El muchacho era incapaz de hablar. Galán arremetió contra él.

—¿Es esta tu novia? —Andrés no despegaba los labios. Solo veía a través de un ojo. Por momentos se le nublabla la vista. Galán insistía y entonces entre la multitud surgió Theresa y junto a ella Isabel, abrazada a su madre. La visión duró un segundo, apenas un instante, pero fue suficiente para que se decidiera. Asintió con lentitud y una sonrisa de satisfacción se dibujó en el rostro del capitán. Dio un puñetazo sobre la tribuna.

—A partir de hoy tu novia tendrá un nuevo empleo, muchacho —dijo con una sonrisa—. Tu novia trabajará desde hoy y hasta que caigan todos los cómplices en la casa de citas de la colina. ¡Llévensela! —Los soldados bajaron a Fermina de la plataforma y desaparecieron en dirección al cuartel. Galán observaba la reacción del público. El miedo se había adueñado de los rostros. Andrés se mantenía impasible, sostenido por los soldados, con la barbilla sobre el pecho. De vez en cuando levantaba el rostro con la esperanza de ver a Isabel «Isabel, ¿dónde está Isabel?», pensaba solo en ella y la boda, la celebración «Quería a Pablo en la celebración y a sus amigos»—. ¿Quién quiere denunciar? —gritó Galán. Hoy han muerto hombres valerosos, soldados del ejército. —El susurro de Andrés interrumpió a Galán. Se dio la vuelta contenido.

—¿Qué has dicho? —Andrés de nuevo habló con un hilo de voz. Necesitaba pausas muy seguidas para ser entendido—. «El micrófono, quiero hablar». —Galán le acercó el micrófono. El joven se tomó su tiempo. Miraba hacia la multitud, el capitán Galán lo apremiaba. En el último minuto consiguió verla entre la gente, hermosa como era, llena de energía. Nunca supo si la imagen fue real o imaginada.

El caso es que enardecido, reunió todas sus fuerzas. El grito inundó la plaza. Dos señoras que observaban desde los balcones se desmayaron y la multitud, estupefacta, parecía cabalgar sobre su propio desconcierto, unos heridos en su amor propio por la traición de Andrés que desperdiciaba la oportunidad de reconocer su error, otros en cambio, se alegraban de la valentía demostrada por chico.

—¡Viva la Segunda República! —gritó Andrés con sus últimas fuerzas. Los soldados la emprendieron a golpes contra el muchacho. Galán tuvo que intervenir para evitar su muerte inmediata. Ordenó que lo azotaran para apaciguar los ánimos, pero luego mientras preparaban el castigo, se le ocurrió una idea mejor. Hizo construir a los carpinteros, con los sobrantes de la plataforma, una cruz en medio de la plaza y pidió dos voluntarios de entre el público, dos hombres cuyas familias serían liberadas de inmediato de permanecer en la plaza.

Un hombre obeso, alto, y su hijo se apartaron de la multitud. La gente los ofendía por lo bajo y el viejo a modo de respuesta, comentaba lo que todos sabían. «Tengo mujer e hijos y el próximo año tendré una boca más que alimentar. ¿Qué quieren? —Se encogía de hombros—, mi hija está embarazada». Antonio se abrió paso entre la multitud. Regentaba un bar muy famoso en el pueblo. Galán ordenó que fueran hasta la cruz.

—Señor, nuestro oficio es el de taberneros. No creo que podamos ayudar con... —Al ver el gesto de Galán el padre hizo silencio. El capitán lo miraba suspicaz.

—¿Quién dijo que necesito más carpinteros? Ustedes lo que harán será clavar, señores míos, clavar. —Antonio miró a su hijo pálido.

—¿Clavar qué? —Los soldados entregaron un martillo a cada uno y cuatro clavos de hierro utilizados para fijar los rieles de los trenes en el suelo. Galán ordenó que fueran hacia el sitio en el que estaban los carpinteros. Habían construido una cruz de dos metros en menos de cuarenta

minutos. Trajeron a Andrés entre dos hombres y lo acomodaron sobre la cruz, con los brazos extendidos.

La gente no daba crédito. Cuando estuvo todo dispuesto, Galán fue hasta la tarima. Uno de los sacerdotes se acercó a él después de deshacerse del capellán con el que discutía desde hacía un rato, pero era demasiado tarde para intervenir. El capitán no atendía a razones, zanjó el desencuentro con una invitación a retirarse. Aunque, también podía observar el escarmiento desde la tribuna.

El sacerdote se había quedado sin palabras. Galán observaba a la gente, en cierta forma estupefacta, con serias dudas respecto a lo que estaba a punto de ocurrir. Galán en cambio, pensaba que sería un escarmiento inolvidable. Una vez más se dirigió a la multitud.

—Tienen la posibilidad de salvar a este hombre de su castigo. Los que hablen serán recompensados. Si no aparecen los cómplices pagaran todos justos por pecadores. —Un murmullo de desaprobación se elevó entre la multitud. Galán ordenó a Antonio que procediera con la crucifixión. El hombre miraba a uno y otro lado. A su hijo le temblaban las piernas. En el último momento, un hombre salió de entre la multitud y luego otro y otro. Galán sonreía—. ¿Alguien más? —Silencio absoluto—. ¿He preguntado si alguien más desea colaborar? —Los hombres que deseaban colaborar fueron apartados y conducidos de inmediato a la comisaría.

El hombre sin fe ni esperanza espera su destino

Galán miró a la multitud una vez más antes de ordenar el inicio de la crucifixión. El primer martillazo fue descargado con tan mala suerte que la punta del clavo se desplazó por un lado, cortó parte de la carne en la muñeca y arrancó un gemido de dolor al condenado. Antonio sudaba, detrás de él, su hijo se había orinado. Permanecía mudo, ciego y sordo, como si el mundo hubiera desaparecido para él. Bastó una mirada de Galán para que Antonio repitiera la operación. En esta ocasión no erró el golpe.

—Lo siento, chaval. —Fueron sus palabras antes de empezar el suplicio. Hizo su trabajo con rapidez y eficacia. Galán, después de revisar el trabajo, se encargó de que levantaran la cruz. El espectáculo era desolador. Andrés sin fuerzas, apenas era capaz de quejarse, con las manos y los pies sangrando. El dolor del primer clavo hizo que se desmayara. Al recuperar la conciencia, se había orinado y defecado.

Ni siquiera los soldados alzaban la cabeza para mirarlo. Era un hombre abandonado, sin fe ni esperanza que sufría en silencio la suerte de los malditos. En medio de su calvario, Andrés se arrepintió de haber abandonado su fe, pero casi enseguida recuperó el aplomo para burlarse de las falsas creencias que utilizaban los poderosos para dominar al pueblo usando la amenaza de un dios inexistente. «La religión es el opio de los pueblos, el opio de los pueblos» —Se repetía una y otra vez. Desde la altura de dos metros, se percató de un hombre a caballo que venía en dirección a él, con el uniforme del ejército, «sin duda se trata de Longinos». Este fue su último pensamiento antes de perder nuevamente la consciencia. Galán se colocó delante del micrófono con gesto triunfal, sin olvidar la solemnidad del momento.

—Doy las gracias por el valor de las informaciones que nos llegan. Vuestros aportes son valiosos, pero no son suficientes para encontrar a los culpables de esta agresión infame. Hace apenas dos horas, solo dos horas, un grupo de asesinos, huidos de la justicia trató de tomar esta ciudad. ¿Se imaginan ustedes, qué bochorno para España? ¿Qué hubiera sido de la gente de bien? La razón está con nosotros, por eso elegí este sitio para dar un escarmiento a los culpables, en la plaza de la Virgen de la Asunción. Protegido por su manto y bajo la torre que resguarda su altar. —Galán señaló hacia el campanario que coronaba la iglesia, alto e imponente, revestido de piedra grisácea labrada con intrincados relieves que contaban la historia del pueblo, un mosaico de sombras y luces bajo el sol crepuscular. El capitán siguió con su discurso.

«A lo mejor a algunos les parecerá excesivo el castigo que ha recibido este hombre, pero créanme. Es el justo castigo por atentar contra el honor y la dignidad de la patria, contra la honra de los buenos españoles. Aunque fue capturado mientras intentaba llegar al monte para encontrarse con el peor de los asesinos, el peor bandolero que ha azotado la región en años, tenemos noticias certeras de que pretendían atentar contra la iglesia de la Virgen. Su locura, el desvarío de estos hombres impuros lo ha llevado a padecer bajo la cruz, ahí debe espiar sus pecados. Quería destruir la iglesia de la Virgen y, ¡qué ironía!, resulta que ahora es él quien padece a sus pies.

Pero, aunque este castigo es ejemplar, no es suficiente. Pablo y sus esbirros no han cometido esta felonía solos. Hay más personas, muchas más personas implicadas en estos actos salvajes cuyos culpables serán identificados y castigados severamente. Por eso estamos convocados hoy, al amparo de la Virgen, para que ilumine nuestro camino, y por eso llamo a esta tribuna a Isabel, la verdadera novia de Andrés. Repito, Isabel Arznaga, te estamos esperando en esta tribuna

ahora. Cuanto antes llegues menos sufrirá tu novio. —Theresa e Isabel se encontraban entre la multitud aterrorizadas. Sin saber qué hacer.

El militar a caballo no era una visión fruto del tormento padecido por Andrés. Se trataba de Miguel del Valle. Un capitán del ejército que fue llamado a filas por el bando de los nacionales al inicio de la guerra. Debido al reclutamiento forzoso abandonó la carrera de medicina en cuarto año para cumplir su deber, con la esperanza de que más temprano que tarde, las aguas embravecidas de la discordia se apaciguaran y la paz le permitiera proseguir sus estudios.

Era un hombre de paz obligado por las circunstancias a servir a su país. El propio ministro de Gobernación y asuntos Exteriores, Ramón Serrano Suñer, le prometió un futuro brillante a su lado como asistente del ministerio porque Miguel hablaba alemán y francés.

Antes de negarse pidió consejo a su padre. Fue el abuelo quien finalmente intervino por mediación de la aristócrata Sonsoles de Icaza y Ramón Serrano enterró el asunto. Sin embargo, la pericia demostrada en la eliminación de grupos guerrilleros demoraba el licenciamiento de Miguel. Constantemente era enviado a nuevos destinos con la intención de pacificar la región asolada principalmente por maquis.

Tenía un talento innato para adivinar las intenciones de los guerrilleros y adelantarse con éxito a sus próximas maniobras. Utilizaba la violencia solo en casos extremos. Su nombre comenzaba a ser muy citado en las reuniones de ministros y generales como un ejemplo del patriotismo y talento de los jóvenes.

Había sido convocado desde Madrid para investigar las muertes que se sucedían en la comarca y capturar a Pablo vivo o muerto. Miguel ostentaba el grado de comandante recién concedido la semana anterior, por su trabajo de pacificación en Galicia, pero todavía no contaba con el reconocimiento del departamento militar para hacer efectivo su nuevo rango, en el plazo de un día o dos debería ser aprobado.

El alzamiento lo tomó por sorpresa, tal y como al resto de militares. Aunque, según su criterio, no era extraño que Pablo tuviera simpatizantes. La gente hablaba de él con veneración. Jamás derramaba sangre, salvo en los casos extremos y siempre en legítima defensa. Asaltaba los bancos, desvalijaba las casas de los terratenientes y exigía un impuesto revolucionario a los empresarios más solventes que distribuía entre las familias más necesitadas. Su lema era "pan y justicia para todos". Miguel sospechaba que más de la mitad de la ciudad colaboraba con Miguel o simpatizaba con su causa. Resultaba confuso adivinar dónde se enfrentaban los intereses de unos y otros. De ahí su rostro pensativo aquella mañana.

Según apreciaba, Pablo no se parecía en nada a los otros grupos de guerrilleros que con paciencia y tesón había desarticulado en los últimos dos años. La mayoría campesinos u obreros astutos y hábiles en el monte, pero sin mayor imaginación. Pablo, en cambio, había estudiado hasta el segundo año la carrera de Ingeniería de Montes. Al menos en una ocasión o dos viajó a Francia en compañía de su padre a realizar negocios. Esto, a sus ojos, lo convertían prácticamente en un igual, con la única diferencia de la ideología. Pablo, salvando las distancias, podía considerarse un espejo.

Desde el principio sintió curiosidad por conocer más sobre la vida de Pablo y su familia. La clave consistía en entender al adversario hasta dominar por completo su experiencia vital, su vida y sus decisiones. Solía adoptar una actitud extremadamente analítica al desarrollar la tesis sobre el carácter del otro. Aunque en esta ocasión, al profundizar en el expediente de Pablo, se detuvo demasiado en la foto de Isabel, como si estuviera distraído. Luego, al ver las fotos del cadáver del padre, comprendió la reacción del hijo. Una verdadera carnicería. De haber estado en el lugar de Pablo probablemente habría empuñado las armas.

Su banda la integraban en su mayoría hombres jóvenes y valientes. Solía participar en las acciones de robo y sabotaje en persona. Esto terminó por granjearle el respeto y despertar simpatías, no solo entre sus hombres, también entre buena parte de la población. De ahí, que su mayor fortaleza consistiera en el profundo lazo con la ciudad y, por ende, en la red que abastecía a sus hombres y lo mantenía informado del movimiento de guardias y las novedades de la ciudad. En esto pensaba cuando a lo lejos, mientras montaba un caballo alazán para cargar en caso de necesidad, contra los asaltantes, tuvo la sensación de que un grupo de hombres en la plaza alzaba una cruz.

Se detuvo junto a uno de los guardias civiles que custodiaba el perímetro para asegurarse de que no se trataba de una visión. El hombre se encogió de hombros. Parecía cansado y no quitaba los ojos del largo perímetro detrás del cual se hacinaba la gente.

—Sí, parece una cruz. El capitán Galán es muy creativo. —Miguel se inclinó hacia adelante.

—Pero estás viendo lo mismo que yo. Es que hay un hombre colgado en la cruz, una persona. —El soldado se removi6 confuso.

—Eso parece, pero no lo sé, capitán. Yo solo cumplo órdenes. Será un escarmiento o algo parecido. Entiendo que usted sea nuevo. Por aquí las cosas están duras. Esta gente no para de matarnos hombres, día sí y día también. Incluso capitanes, ¿usted me entiende? No dudo que sea una manera de provocarlos, vamos lo que se dice una venganza. ¿Usted me entiende? —Miguel asintió con suavidad y dirigió al caballo en dirección a la cruz. Se fijó en la gente del pueblo que asistía a la crucifixión. Rostros desolados y llenos de angustia. Otros reflejaban pavor y no faltaban los satisfechos por experimentar el dolor ajeno con una sonrisa de beatitud y complacencia.

Las palabras de Galán invadían la plaza. A medida que izaban la cruz, más se enfurecía Miguel. En un momento dudó de que estuviera pasando una cosa así en España, en 1942, mil años después de las cruzadas. En un país europeo que gustaba de codearse con la aristocracia francesa.

Recordó la decapitación de María Antonieta. «No, era inútil establecer una comparación» Arreó a la bestia y llegó ante Galán justo cuando terminaba de solicitar a través del micrófono la presencia de Isabel Arznaga.

Miguel ni siquiera fue consciente del nombre mencionado. Arreó con tanta fuerza al caballo que para no subirse a la plataforma tiró de la brida, la bestia elevó las patas delanteras brioso, con el pecho sudado y entre relinchos. Miguel no quitaba los ojos del condenado. La multitud hizo silencio, como si hubieran visto una aparición. El propio Galán se quedó de una pieza mirándolo fijamente. Las palabras de Miguel salieron ágiles y restallaron como un látigo en el rostro de Galán.

—¿Qué hace, capitán? —Galán no comprendió la pregunta, lleno de euforia como estaba, preocupado por su papel.

—¿Cómo dice? —El caballo de Miguel de nuevo se encabritó. Las estrellas del uniforme refulgían por el sol y él mismo parecía un dios en medio de una batalla. Sereno, con una mano sobre las bridas y la otra acariciando el cuello del animal para tranquilizarlo.

—Esto, capitán, ¿qué es esto? —Señaló hacia la cruz. Andrés desmadejado, comenzaba a asfixiarse. Galán se inclinó atrás ligeramente para medir a Miguel con la mirada. No le temía. No temía a ningún hombre y mucho menos al hijo de un rico que no se había ganado los galones por su esfuerzo personal. Respondió de malhumor, sin desviar la mirada.

—Acaso no lo ve, capitán. Es el castigo a un enemigo del pueblo. —Miguel cada vez conservaba menos paciencia.

—Este hombre está a punto de asfixiarse. Bájelo de inmediato. —Las facciones de Galán se endurecieron. Jamás pensó que el otro se atrevería a llegar tan lejos. Tragó saliva antes de acariciar instintivamente la funda de la pistola.

—Pues va a ser que no, capitán. —Remarcó la palabra capitán, pero a Miguel no le importó. De un salto bajó del caballo. Entonces tuvo lugar la primera explosión, muy cerca de la puerta de entrada a la iglesia. Varios hombres saltaron por los aires. Galán se desorientó durante unos instantes. La gente huía a la desbandada arrasando a su paso con todo. Eso fue lo último que vio Isabel. A Miguel caminando en dirección a Andrés para bajarlo de la cruz mientras su madre tiraba de ella. Pedro abría la marcha empujando a unos y otros para que no morir atropellados.

Galán se replegó de inmediato con varios de sus hombres. Cuando estalló el segundo proyectil fue capaz de entrever una estela de humo en la falda de la montaña, a más de medio kilómetro de distancia.

—¡Allí! —señaló con furia—, disparan desde allí. —La estela de humo no cesaba. Una y otra vez el artillero afinaba la puntería, cargaba el mortero y disparaba. Algunos de los soldados yacían muertos o heridos en el suelo. Galán se percató de que, en medio del ataque, Miguel en vez de resguardarse, bajaba a Andrés de la cruz con la ayuda de otros hombres. Galán maldecía rabioso. Era difícil hacerse escuchar. En medio de un arrebato de cólera, ordenaba a sus hombres que dispararan en dirección a la montaña.

—¡Fuego! ¡Fuego! —Un grupo de soldados que se encontraba en el interior de la iglesia salió a prestar auxilio a sus compañeros heridos. Otros disparaban en dirección a la colina. La estela de humo se apreciaba con claridad. Hubiera sido muy fácil acabar con ellos de tener las piezas de artillería adecuadas.

Un obús cayó muy cerca de él con su carga de metralla mortal, milagrosamente salió ileso. Pensaba en la trayectoria de los proyectiles, dos obuses habían caído cerca de la fachada de la iglesia. Entonces se fijó en el impacto del siguiente. Estalló un poco más arriba del portón principal. De pronto comprendió el fatal desenlace, lívido por el terror. «Dios mío, Dios mío, no lo permitas por favor, no lo permitas».

El siguiente obús impactó de lleno en el campanario. Destruyó por completo el mecanismo de las campanas fundidas en bronce, las clavijas y manivelas saltaron por los aires. A pesar de esto, la base rectangular permanecía intacta. Las tejas caían resquebradas hacia el suelo, deslizándose a través de la fachada.

El segundo obús arrasó por completo la estructura, la campana salió despedida hacia el vacío con fragmentos de piedra que conformaban el arco gótico. Se desmoronó la mitad de la torre y el fuego se extendió por el interior de la torre alimentado por la madera de los pasamanos y el suelo hasta incendiar las vigas de soporte.

El ataque apenas duró quince minutos. Galán contemplaba la torre de la iglesia envuelta en fuego mientras los hombres, a su alrededor, disparaban a mansalva, otros corrían en auxilio de los heridos. Un grupo numeroso de soldados, a riesgo de su vida, corrió a salvaguardar la imagen de la Virgen y todo aquello que pudiera rescatarse antes de que el incendio convirtiera la iglesia en un horno vivo.

Varios cofrades de la Virgen se encargaban de organizar la cadena humana para que el fuego no se extendiera a los edificios contiguos. Arrojaban baldes de agua a las paredes con energía. Pronto llegó un carro de bomberos con una dotación de cinco hombres, los que estaban disponibles.

Galán miraba hacia la montaña con los puños apretados. Miguel yacía a los pies de la cruz prestando los primeros auxilios a Andrés. Consiguió que fuera trasladado a la enfermería del

cuartel para que recibiera cuidados médicos. El hombre deliraba y posiblemente no sobreviviera a esa noche por la gravedad de las heridas. No le importaba. Había cumplido con su deber y se encontraba en paz consigo mismo.

En medio de los gritos y la desesperación general, se encontró al levantar la mirada, con el increíble destrozo provocado en menos de quince minutos y sintió pena y tristeza. Galán ya se dirigía a la colina con un grupo de hombres para castigar a los culpables. Pasó a su lado con una mueca de desprecio. Él, en cambio, tan solo tenía ojos para contemplar la torre de fuego abrazada por unas llamas que se extendían con prontitud en varias direcciones, hasta que la Virgen, envuelta en su manto de seda, salió de la iglesia levantada en alto por los cofrades, en dirección a la capilla de la Virgen del Buen Amor.

Una chispa de fuego cayó sobre el manto, pero se extinguió con rapidez debido al viento y Miguel respiró aliviado. Esa noche fue incapaz de dormir. Siempre que cerraba los ojos aparecía el manto de la Virgen en medio de la destrucción, cubriendo el cuerpo de los soldados heridos, de los mutilados y bajo este, iba a refugiarse una mujer. Era incapaz de ver su rostro y, sin embargo, recordaba los ojos. En algún sitio había visto aquellos ojos cansados y sin esperanza que contemplaban la destrucción del mundo con pavor. Eran los ojos de Isabel.

La suerte de Fermina

Durante buena parte del camino Fermina mantuvo una actitud firme, pero luego, cuando llegaron al lupanar y subieron las escaleras, perdió el aplomo. Los soldados que se encargaban de ejecutar el castigo tuvieron que levantarla en peso. Fermina, aterrorizada, exigía que la soltaran. Eso fue al principio, luego al comprender la inutilidad de los ruegos, con mordidas y empujones lograba zafarse hasta que uno de los soldados, cansado de recibir arañazos en el rostro y mordidas en las muñecas, levantó la mano para pegarle.

Faltó poco para cruzarle la cara y si no lo hizo fue porque intervino la matrona que se había quedado rezagada esperando a que la chica estuviera en su habitación. Se adelantó con premura e impuso su autoridad con tono cortante.

—¡Cuidadito con pegarle o el capitán Galán lo sabrá! —La sola mención del capitán Galán ejerció un efecto mágico sobre el soldado que descargó su puñetazo en el aire. La matrona rondaba los sesenta años, era una mujer corpulenta de pechos generosos. Se detuvo al lado de Fermina y le pellizcó la mejilla hasta que se puso colorada.

—Estate tranquila pajarito que no es el fin del mundo. Es mejor ser puta que muerta. Llévela a la *suite* nupcial —dijo con firmeza mientras señalaba la última puerta al fondo—. ¿Y ustedes qué miran? —Se refería a un par de chicas que habían salido de sus habitaciones debido al alboroto—. Es muy temprano para que salgan de sus habitaciones. Esta noche las quiero dispuestas y con buena cara a las 7 de la noche. ¡Vamos, entrando! —Las prostitutas no tardaron en desaparecer en el interior de sus habitaciones, unas con un portazo sonoro, otras en silencio porque en realidad, la matrona no se había percatado de que, en la primera planta, también habían salido de sus habitaciones varias mujeres.

La casa de citas se encontraba en el punto más elevado del pueblo, al final de una calle ocupada por viviendas que, en su mayoría, disfrutaban prostitutas retiradas del oficio. Pese a su lejanía, era un sitio concurrido por el que desfilaban a partir de las siete de la tarde, los hombres más notables de la ciudad. La mayor parte de las veces esperaban al anochecer para evitar miradas indiscretas.

A pesar de esto, el pueblo entero conocía a los visitantes más asiduos y de vez en cuando los gustos más exigentes o las aficiones más extrañas, se convertían en motivo de comentario entre la gente del pueblo.

La matrona esperó a que los soldados introdujeran a Fermina en la habitación. Tan pronto salieron cerró con llave y pegó la oreja sobre la puerta. No se escuchaba nada. Se guardó la llave entre los pechos y bajó las escaleras con premura, preocupada por la chica nueva. Siempre era así los primeros días. Mucho aspaviento y después cuando abrían las piernas y encontraban el placer, de la noche a la mañana se convertían en otra persona. Sobre todo, las modositas.

Se rio por la bajo y llamó a gritos a Rufián, uno de los recaderos más eficientes, para que comprará más pan, un trozo de carne y pastel de chocolate. A sus niñas no debía faltarles de nada. Además, si la chica era virgen como pensaba, tenía planes para Fermina, muchos planes. No en balde era la casa de citas más famosa de toda la región.

Cuando estuvo sola Fermina se derrumbó sobre la cama. Sollozaba en silencio, convencida de que este era el fin. De vez en cuando se quedaba quieta, escuchando en silencio. Temía que de un momento a otro un hombre la obligara a prostituirse. No hacía más que pensar en esto con auténtico pavor.

Lloró durante dos horas, tendida sobre la cama, con el cuerpo temblando de miedo y esperando que su mala estrella se cumpliera, pero después poco a poco se fue serenando y las risas provenientes de la planta baja, el canto de la joven que ensayaba acompañada del piano influyó en su actitud. Al rato, entró la matrona con un vaso de leche.

En cierta forma, Fermina había recuperado la compostura. La matrona puso el vaso de leche sobre un tocador. Llegó acompañada de Rufián, un chico bastardo que hacía crecido entre las prostitutas y que gozaba de sus favores de vez en cuando. Rufián rondaba la treintena. De niño, tuvo la mala suerte de caer de una carreta en el campo, mientras ayudaba con la cosecha. Los bueyes no se detuvieron y una de las ruedas destrozó su pierna. Esta era la causa de su cojera. Jamás se recuperó completamente del accidente y a partir de ese momento se convirtió en un muchacho nervioso y esquivo, con un tic nervioso en el ojo izquierdo.

Iba de un lado a otro arrastrando la pierna por el suelo de madera. A veces servía las copas, en otras ocasiones compraba comida, barría el suelo, cuidaba el sueño de las prostitutas y se encargaba de vigilar a través de agujeros en las paredes muy bien disimulados, que no se cometieran abusos con las chicas, cuando se encontraban en las habitaciones satisfaciendo los deseos de clientes; con el tiempo se aficionó a espiar a las chicas más jóvenes hasta que lo sorprendieron. La matrona, en vez de regañarlo, condujo a Rufián a su habitación y durante toda la mañana disfrutó de su vigor. En aquel momento contaba catorce años.

Del chico apocado y nervioso que creció en La Casa Azul, poco quedaba. Con los años aprendió a explotar las debilidades de la matrona y su influencia aumentó con los años, al punto de que, al finalizar el trabajo, después de atender a quince o veinte clientes, cuando las chicas pensaban descansar, se introducía en las habitaciones de las prostitutas más hermosas para recibir placer.

Siempre elegía a las más pequeñas de estatura para dominarlas, le gustaban las delgadas, de caderas estrechas y con senos tiernos, por eso cuando entró en la habitación de Fermina alzó las orejas como un zorro.

El olor de Fermina, la altivez de su rostro, la piel blanca y suave. Estuvo tentado de tocarla, pero se contuvo ante el gesto severo de la matrona. Hablaría con Celeste en cuanto saliera de la habitación. Quería aquella chica y la quería para él. La matrona observaba a Fermina. Hizo pasar a Rufián para que dejara el pastel de chocolate sobre el tocador. Fermina seguía sin moverse.

—¿No piensas comer? —La matrona estudiaba a la chica. Sabía que iba a ser una tarea difícil, difícil y muy lucrativa. Sonrió antes de hablar—. Escucha, muchacha. Quizá pienses un montón de sandeces sobre esta casa. Nada de lo que te han dicho es cierto. Eso es lo primero. Y, lo segundo, —hizo una pausa—, lo segundo es que da igual lo que pienses, esta es tu nueva vida y tendrás que abrir las piernas. Con el tiempo, te darás cuenta de que te han hecho un favor —dijo con una mueca. —Fermina pensaba callarse, pero las palabras escaparon disparadas.

—¡Cómo no le da vergüenza! —La matrona sonrió otra vez.

—Pero niña, ¿qué dices? Las putas no tienen vergüenza. Anda y baja a que te dé el aire un rato, así conoces a las otras putas. ¿Sabes cantar? ¿Te gusta el baile? —preguntó mientras calculaba el tamaño de los pechos a su nueva inquilina.

Fue tanta la curiosidad que tocó uno de ellos. Fermina se echó atrás y Rufián, que sudaba desde que entró en la habitación, tuvo que cerrar los ojos un instante, pero antes se pasó la lengua por la comisura de los labios—. Tranquilízate, pajarito. Vivirás cosas peores, te lo prometo. Y más ricas también. Venga, ahora sé buena y baja. Rufián —dijo con voz rotunda—. Encárgate de que la niña esté un rato en el salón. No queremos que se marchiten sus flores —dijo con una sonrisa y tocó el pecho de la nueva inquilina una vez más.

Fermina, en vez de echarse atrás, salió por la puerta a toda prisa. Rufián la seguía a través del pasillo. Descendieron las escaleras y tras pasar al pasillo, se adentraron en el salón. Bastante amplio y lleno de mesas. En el centro había un piano que tocaba un anciano. Una joven que no llegaba a los veinte años interpretaba una canción en francés.

Fermina se sentó en una mesa. Dos chicas en ropa interior fumaban muy cerca de ella. Al rato se acercaron y entablaron conversación. Hacían chistes sobre la obesidad de la matrona y le aseguraron que se encontraba en una casa de bailes en la que de vez en cuando, disfrutaban de la vida quitándoles el dinero a los hombres.

—Sobre todo a los ricos, —aseguró Lourdes cuyo nombre artístico era Stella. Bette aseguraba que eran afortunadas. Tenía los labios grandes y el rostro agraciado.

—Un día llegará un hombre rico y me sacará de esta vida, porque tampoco se puede vivir así para siempre. ¿No es así, Stella?

—Por supuesto —dijo la otra tras apagar un cigarro en el cenicero. Una disfruta mientras se puede, pero luego, cuando llegue un general.

—O un comandante —intervino la otra. Las dos se miraron y estallaron en una carcajada. Fermina no comprendía.

—Sabes de quien me he acordado —comentó Stella. Bette ni siquiera fue capaz de mirarla a los ojos. Bajó la mirada unos instantes. Stella acariciaba su cabellera para darle ánimos, pero fue en balde porque Bette enseguida empezó a llorar mientras susurraba el nombre del capitán. Stella tuvo que levantarse para abrazarla.

—Es duro a veces —Stella miraba a Fermina—. Son los comunistas, ¡los putos comunistas! —Bette se apartó de Stella y les dio la espalda. La muchacha que estaba ensayando "*Do not cried suffer me*" se detuvo en medio de la canción y la voz del maestro de danza que hasta ese momento había permanecido apartado, en un rincón del salón se convirtió en un rugido.

—¡Así no puedo, de verdad! ¡Te lo he dicho mil veces, no pares, no pares! ¡Ya puede caerse el mundo aquí abajo, pero tú no pares! ¿Cómo tengo que decírtelo?, ¡desgraciada! —La matrona se asomó al salón. Nadie reparó en ella. La joven que cantaba era delgada y de temperamento nervioso. Se puso a temblar tan pronto el maestro de danza abrió la boca. El pianista dejó de tocar repentinamente y Stella aconsejó a Fermina que se fuera.

—Un placer, conocerte y buena suerte —dijo mientras acompañaba a su amiga a la habitación. Fermina anduvo otros diez minutos por el salón hasta que Rufián le indicó que la siguiera. Pronto darían las siete así que la mayoría de las chicas tenían las puertas de sus habitaciones abiertas. Otras conversaban en voz baja, hacían tiempo sin preocuparse del reloj. Fermina siguió a Rufián picada por la curiosidad. Los hombres comenzaban a llegar a esa hora. Abrieron el bar y las primeras muchachas ocuparon su sitio en la barra.

Rufián se demoró un poco más de lo habitual en llegar a la habitación. Observaba a Fermina con disimulo. Cuando estuvo frente a la puerta la invitó a entrar con parsimonia. En su ausencia, habían cambiado las sábanas blancas por unas azules con flores y dos tonalidades diferentes para darle un toque más moderno y elegante. También olía ligeramente a fragancia de azahar. El olor no era fuerte, se esparcía con ligereza y completaba la sensación de pulcritud y belleza.

Ante el asombro de Fermina Rufián quiso congraciarse, pero en ese momento entraron dos chicas y le pidieron que saliera. Fermina miró a Rufián como si fuera su única salvación.

—Tranquila, —dijo el hombre con calma—. Solo vienen a ducharte. Pórtate bien y Celeste te recompensará. Ninguna de las chicas jamás ha sido herida. Yo me encargo de cuidarlas y también me encargaré de ti. —Se marchó sin más y Fermina quedó en manos de las chicas que la condujeron hasta el baño. Ni siquiera sospechaba que la habitación poseía una bañera en el

espacio contiguo.

La introdujeron en la tina después de verter agua caliente. Una de ellas se aseguró de que estuviera tibia antes de invitarla a entrar y sin que mediera palabra alguna comenzaron a frotarle la espalda, los brazos con dulzura, con una lentitud calculada y armoniosa. La trataban como si fuera una gran dama y Fermina atónita, no cabía en sí del asombro. Toda su vida había soñado con vivir en una casa rodeada de lujos y con personas que realmente apreciaran su valor.

No había terminado de admirar las cortinas blancas de seda cuando deslumbrada, elogiaba en su fuero interno el aspecto sofisticado de las jóvenes que acariciaban su cuerpo hasta que una, con timidez, la besó en la mano y después de acercarse lo suficiente, rozó el seno de la joven con la punta de los labios. Fermina cerró los ojos y Rufián se acomodó en su escondite mientras observaba a *las* ángeles del amor realizar su trabajo con diligencia y elegancia. Proporcionaron placer a Fermina hasta que una se apartó ligeramente. Entonces la vistieron con una bata de seda, fueron con ella hasta la cama y allí la dejaron.

Las palabras de las chicas acompañaron a Fermina durante un buen rato: «quédate tranquila, aquí vivirás como una reina con ese cuerpo». La muchacha no sabía qué pensar. El piano del salón se escuchaba a lo lejos. Tocaban una canción de moda que hablaba del deseo profundo de un corazón por ser besado con pasión. Los acordes resonaban en su cabeza como si la cantante interpretara la canción solo para ella.

Pasaron uno o dos minutos en los que no sucedió nada. Poco a poco las ideas se fueron organizando en su cabeza y tuvo deseos de hablar con Andrés como llevaba haciendo en los últimos cuatro meses, por las noches, apoyada en la cornisa de la ventana. Se llevó las manos al rostro, cansada. Temía por el destino de Andrés. «¿Qué había sido de él? ¿Estaría vivo?» En eso pensaba cuando tocaron a la puerta. Bastó apenas un segundo para recordar quién era y de dónde provenía. La puerta se abrió y un joven no mayor de veinte años se introdujo con suavidad en la habitación empujado por una mano que desapareció tras la puerta.

Para ese entonces Fermina temblaba de miedo y lloraba sobre la cama. Lloraba por Andrés y por ella misma, pero sobre todo lloraba por las esperanzas frustradas de una vida de sacrificios junto a los Arnaga, por la guerra y la situación del país. El joven se detuvo a su lado sin decir ni una palabra. El tiempo pasaba con lentitud, un segundo detrás de otro. Fermina se apartó con rapidez cuando él quiso tocarla, envuelta en llanto, con el corazón en un hilo y entonces tuvo lugar una situación muy curiosa.

El rechazo de Fermina

El joven se llamaba Galindo, tenía veintiún años y estudiaba en la Universidad de Madrid para ser médico. En vez de abalanzarse sobre ella le contó su vida con tranquilidad. Tenía novia y pensaba casarse en cuanto se recibiera. Fermina no cabía en sí del asombro hasta que preguntó con timidez.

—¿Cómo es que estás aquí si tienes novia? —Galindo alzó la cabeza.

—Es una de las bromas de mis amigos. Piensan que no debo llegar virgen al matrimonio. — Se puso en pie y endureció las facciones—. En lo que a mí respecta, es lo que pienso hacer así que quédate tranquila porque no te tocaré ni un pelo.

Siguió hablando con Fermina y cuando hubo pasado una hora se despidió de la chica con un apretón de manos.

—Haré lo que pueda por ti —comentó antes de abandonar la habitación no sin antes colocar en la mano de Fermina un billete de 200 pesetas. Al principio, no le prestó atención al billete. Estuvo sobre la cama un rato hasta que lo tomó con cuidado entre las manos; 200 pesetas era su salario de un mes al servicio de los Arnaga. No daba crédito a la situación. «¿Qué había pasado?» Tomó el billete en las manos y tras olerlo y tocarlo, comprendió que era real. No se trataba de un sueño, no señor. La matrona abrió la puerta con cuidado.

—¿Se puede pasar, pajarito? —Fermina se dejó llevar por el impulso.

—Ya está abierta la puerta. —La matrona sonrió. Se puso delante de la chica mientras observaba en derredor. Preguntaba por mera formalidad.

—Aquí huele muy bien. Prepárate para el siguiente. Estará aquí en menos de 15 minutos. — Fermina se quedó mirándola con frialdad y Celeste se encogió de hombros—. Yo no tengo la culpa, eres la novedad. ¿Dónde está el dinero? Venga, pronto. Dámelo. —Fermina entregó el dinero con desgana. La matrona se quedó contemplando el billete con entusiasmo.

—¡Oh!, pajarito. Eres un amor. Te espera un futuro brillante. Sé complaciente con los hombres, muy complaciente y no solo abrirán su cartera, también su corazón. —Se despidió con una palmada en el culo. Fermina no se inmutó. Había reflexionado mucho sobre la situación. «¿Adónde la llevaba resistirse?» Tal vez debía simplemente aceptar su destino, rendirse ante la vida. Durante un rato se dejó llevar por ideas fantasiosas. Es cierto que había nacido pobre, pero creció arropada por una familia de dinero. Aunque ahora se encontraba en desgracia, y a decir verdad, su destino no parecía muy prometedor.

Estas eran sus reflexiones cuando los pasos de alguien que se acercaba la trajeron a la realidad. En un principio, intentó serenarse, guardar la compostura. Fue en balde. Temblaba. Una llama ardía en su interior, la misma llama que la había guiado durante toda su vida. Abrieron la puerta y un hombre alto con guantes blancos y sombrero de copa entró con presteza. Colocó el sombrero sobre el tocador y al verla vestida exclamó sorprendido.

—¿Qué haces vestida? Desnúdate. Venga, de prisa. No tengo todo el día para esto. —Se dio la vuelta para acercarse a la ventana. El tacón de las botas lustrosas resonaba sobre el piso de madera. Fermina empezó a desabotonarse el vestido, pero luego, cuando el hombre se giró para contemplarla, se quedó paralizada.

—¡Pero!, ¿qué haces? ¡Lo estás echando todo a perder! ¡No me mires! ¡Desnúdate! —Su voz resonaba como un látigo. Era un hombre esbelto y delgado. Debía rondar los cuarenta años, con la frente amplia y una incipiente calvicie. Fermina continuaba inmóvil, incapaz de moverse hasta

que el hombre la agarró por las manos. El contacto apenas duró unos segundos. Fue tanta la repulsión experimentada que tuvo una arcada y a continuación otra. El visitante enfurecido la empujó para alejarla de sí con tanta fuerza que perdió el equilibrio y aterrizó aparatosamente sobre el suelo, con el vestido subido en la parte trasera.

—¿Cómo te atreves? ¡Estúpida, estúpida! —Alzó tanto la voz que atrajo la atención de Celeste. No tardó en aparecer y deshacerse en excusas sin perder de vista la posición de Fermina en el suelo que dejaba al descubierto el trasero.

—Por favor, conde. Cálmese. Baje la voz. —El hombre no quitaba los ojos del trasero de Fermina. Maldecía y juraba que este era el final, cerraría aquella casa del demonio con todas sus ocupantes—. Conde, conde, por amor a Dios. La chica es nueva, nueva y tierna —repitió esta última palabra con toda intención. El conde tenía el rostro rojo y una erección enorme.

—¿Qué le parece si prueba? —Sugirió Celeste. El hombre colocó una mano sobre la nalga de Fermina y la chica comenzó a llorar. Se apartó con el rostro lívido, como si hubiera visto una aparición.

—No, no me sirve —dijo de pronto—. ¡No me sirve! —Celeste salió corriendo detrás del conde que ya descendía las escaleras. Regresó unos minutos después para reñirle a Fermina.

—¿Piensas que así vas a conseguir algo? Eres una malagradecida. Me desvivo para que estés bien y así es como me pagas. ¡Si sigues por ese camino acabarás mal, muy mal! —Acto seguido dio media vuelta y cerró la puerta de un portazo. Fermina seguía llorando en el suelo, sin moverse. Estaba tan afectada que ni siquiera fue consciente de cuando Rufián la ayudó a levantarse del suelo. Trajo agua para que bebiera y con palabras amables consiguió calmarla un poco. Se abrazaron y prometió ser bueno con ella.

—Siempre seré bueno contigo —dijo mientras le acariciaba la cabeza. Fermina, aunque estaba más calmada, recién comenzaba a entender la envergadura del problema. Deseaba marcharse a su casa en la masía cuanto antes. No soportaba un minuto más en aquel sitio. Fue hasta la puerta y trató de abrirla en balde porque estaba cerrada por fuera con un cerrojo doble.

Las bisagras de la ventana tampoco funcionaban. A pesar de la oscuridad, se veía a lo lejos la montaña poblada de pinos y pensó en Pablo y sus hombres, escondidos en la inmensidad del bosque, huidos, pero libres. Hubiera dado lo máspreciado de su vida por estar con ellos a salvo de los franquistas.

Una mujer que no había visto con anterioridad entró en la habitación para colocar una botella de whisky y un vaso sobre el tocador. Fermina se sobresaltó. Al menos tuvo el aplomo necesario para increparla.

—¿Qué hace aquí? Llévese esa botella. ¿No ve que estoy aquí en contra de mi voluntad? —Por toda respuesta obtuvo una expresión de indiferencia—. ¿Eres sorda? —La mujer hizo una señal a modo de despedida. Debía de ser muy tarde, quizá las doce o la una de la madrugada porque el sueño la vencía.

Sobre las una y media o las dos de la madrugada el piano había cesado y tan solo llegaba hasta ella el sonido apagado de las risas y las conversaciones de la gente. La habitación se encontraba a oscuras. Adormecida, giró la cabeza lentamente y se encontró con los ojos de un hombre en la oscuridad, sentado frente a la cama. Bebía un trago detrás de otro. Alarmada, se levantó de la cama. El hombre era alto y muy pesado. Destilaba olor a whisky y un sudor asfixiante. Quiso gritar y de repente, sintió el peso de su brazo sobre el cuello y la falta de aire.

Aturdida. Sin entender qué pasaba. Ahora tenía la cara pegada a la cama, veía la silla vacía en medio de la oscuridad y la presión del hombre, un oso enorme sobre sus espaldas. El oso desgarró la parte inferior del vestido. Fermina rogaba que la dejara. El hombre dejó escapar una

frase detrás de su oído.

—Puedo hacer contigo lo que quiera, solo eres una puta. —Y siguió en su labor hasta que la joven estuvo desnuda de cintura para abajo, inmóvil, con la cabeza pegada a la cama, incapaz de levantarse debido a la presión de la mano sobre la nuca. Lloraba y se retorció de miedo y rabia, eso cuando no le faltaba el aire. Entonces, de repente cesó la presión en la nuca. El hombre en vez de consumar, fue a sentarse en la silla, recogió la botella del suelo y salió.

«Está todo perdido, todo perdido». Pensaba Fermina en la cama, sin fuerzas para moverse. Otro hombre entró, sin apestar a alcohol. Bien vestido, con un cigarro en la mano. Tras cerrar la puerta fue a sentarse sobre la silla y se quedó un rato mirándola hasta que ella consiguió levantar la cabeza. Sus primeras palabras helaron la sangre de la chica.

—Tu vida puede ser fácil o muy difícil —dijo el hombre tranquilamente—. Depende de ti. Todas las personas tienen un límite para el sufrimiento. Para unas son los padres, para otros son los hijos, los hermanos. No soportan que dañen a sus seres queridos. Me preguntaba cuál era tu límite. Me han dicho que eres muy amiga de la familia Arnazga y nosotros estamos muy interesados en hablar con Pablo. Digamos que tiene algunas cuentas que saldar con la justicia. ¿Te estás enterando, niña?

—Fermina se tapó el cuerpo con las sábanas lentamente.

—¿Usted quién es? —preguntó la muchacha. El oficial de inteligencia se quedó mirándola. —Señaló a la puerta.

—Detrás de esa puerta hay una bestia. Ya has visto de lo que es capaz. Yo soy lo único que te mantiene alejado de ese animal. No sé si me entiendes. —Se inclinó hacia adelante—. Porque, ¿me entiendes?, ¿verdad? —Fermina asintió. Tenía el cuello y las manos rojas. Al hablar, experimentaba la sensación de que su voz no le pertenecía.

—Nadie sabe dónde está Pablo.

El oficial de inteligencia hablaba sin prisa. Caminó hasta ella y de manera inesperada, la agarró por el pelo con violencia. Fermina era incapaz de moverse debido a la presión. El oficial acercó el cigarrillo a los ojos de la muchacha.

—No me has entendido. Queremos saber dónde está Pablo y tú nos vas a ayudar.

La juventud y la temeridad son malas para conservar la vida

Consiguieron llegar a la masía con las últimas luces de la tarde. Los colores ocres del cielo se entremezclaban con el azul del crepúsculo. Isabel fue la primera en dejarse caer sobre el sofá. La madre y sus hermanos ocuparon el resto de butacas. A lo lejos, se escuchaba el ruido sofocado de los disparos. Por suerte, las explosiones causadas por los obuses habían cesado. Theresa fue la primera en levantarse. En la cocina, encendió una lámpara de aceite y empezó a colocar trozos de leña en la chimenea.

—Antonio, —dijo sin apartar la mirada de su tarea—. Ordeña a las vacas más apuradas y trae la leche. Después enciérralas en su nave. —Pedro hizo ademán de seguir a su hermano. Bastó una mirada de la madre para que se detuviera. Estaba cansado y sorprendido.

—Tú, no. Pedro. Comprueba cómo sigue nuestro huésped y regresa enseguida. Te necesito en la casa.

Los dos muchachos salieron a cumplir sus tareas. El piloto dormía plácidamente. Pedro intentó despertarlo sin éxito. Después de un rato fue a ayudar a su hermano. Guardaron las vacas y regresaron a la casa con un balde de leche. Theresa ordenó que entregaran la mitad a Clara.

—Pero ¿y nosotros? —La madre se fijó en Antonio.

—Tenemos de sobra, anda y llévale la leche a Clara. Pedro, acompáñalo y no se entretengan por el camino. Los quiero de vuelta en cinco minutos, ¿entendido?

Los muchachos obedecieron en silencio. Tan pronto se fueron, Theresa puso a hervir una olla de lentejas con un trozo de chorizo.

—Cada vez nos queda menos de comer, hija —dijo tras sentarse a la mesa. —Inspeccionó a Isabel. La muchacha no decía nada. De vez en cuando miraba a la madre y agachaba la cabeza. Theresa agarró las manos de su hija para apretarlas suavemente. Los ojos de la joven mostraban asombro e incredulidad, como si el orden de las cosas en su mundo hubiera cambiado de una manera irreversible y el cielo formara parte ahora de una cosa distinta en la que no existían planetas, destino ni ilusiones.

—Hija, —la mujer hablaba despacio, con mucho cariño, se encontraba al límite de sus fuerzas—. Cielo, te necesito conmigo. Entornó los ojos—. ¿Has visto lo que han hecho con Fermina? Tú no serás la siguiente. Nos iremos, escaparemos de aquí.

Despacio, la muchacha sonrió con timidez. Todavía se encontraba inmersa en su propio naufragio, sin ordenar los acontecimientos del día, confusa y sobre todo con miedo, mucho miedo por ella por Fermina, por Andrés. ¿Qué futuro esperaba a su familia? Para la madre era suficiente. «Por lo menos una sonrisa, por lo menos una sonrisa» —repetía mentalmente al regresar a sus tareas mientras nerviosa, colocaba los platos en la encimera solo para descubrir que debía guardarlos otra vez. «¿Qué ocurría?» En vano se engañaba con la ilusión de una huida milagrosa. Se detuvo pensativa.

Lo más razonable era escapar hacia los Pirineos, pero ¿serían capaces de escapar a sus perseguidores? La situación en Francia, con el país ocupado por los nazis, no ofrecía garantías a una familia buscada por el régimen de Franco. «Sería la forma más fácil de ingresar a prisión en España condenados por a saber qué delitos. Pobre Fermina». —No podía apartarla de su cabeza. Fue a sentarse sobre la mesa cansada. Reclinó la cabeza un momento. Transcurrieron uno o dos

minutos en los que dormida, soñaba con un día soleado de playa. Ruido de pasos en el patio. De pronto, los ruidos se convirtieron en un escándalo. Isabel, asustada, se refugió detrás de su madre y la mujer despertó confusa, con su hija abrazada al cuello y el mundo patas arriba. Fueron necesarios unos instantes para entender nuevamente su realidad.

—Cálmate, Isa. Serán tus hermanos y sus juegos. —La muchacha se negaba a separarse.

—¿Y si son los soldados?

—Es muy tarde y están demasiado ocupados. —Besó a la muchacha en la frente cuando logró desasirse del abrazo—. No te muevas de aquí.

Afuera, el frío mordía la carne. Se abrigó con una chaqueta de lana gruesa. Los gritos provenían del patio. Acompañada de la lámpara de aceite, caminó hasta los establos. No muy lejos, estaban sus hijos. Pedro tenía a un hombre agarrado por el cuello con una mano. En la otra, sostenía un revólver. —Un sentimiento de fracaso enorme se abrió desde el interior de su alma. «¿De dónde había sacado el arma? Y la violencia, ¿dónde había aprendido a ser tan violento?». —Resuelta, se adelantó.

—¿Se puede saber qué hacéis? Pedro, suelta a este hombre ahora mismo. —En ese momento, la madre descubrió a Antonio, tirado en el suelo. Se agachó a ayudarlo. Tenía una herida en la cabeza.

—Antonio, ¿estás bien? Deja ver la cabeza. ¿Quién te hizo la brecha? —Señaló al intruso. Pedro se mantenía a su lado vigilante. Isabel se incorporó para mirar de cerca al hombre.

—¿Quién eres y qué haces en mi propiedad? —El intruso era de pequeña estatura. Usaba polainas grises y un pañuelo rojo en el cuello para cubrirse del frío. El abrigo de lana, raído en varias partes, protegía poco del frío. —Theresa se fijó en sus ojos rojos, con la pupila dilatada.

—Me manda Pablo, señora. —Pedro levantó la mano para golpearlo.

—Mentira, es un mentiroso, madre. Hizo que mataran al hombre que los guiaba hasta Francia y el otro está herido.

—¡Pedro! —Intervino la madre—. Deja que hable. —El intruso sonrió.

—Lo ves, chiquitín. Haz caso a tu madre. No te metas en asuntos de hombres —El aliento a aguardiente hizo a Theresa retroceder.

—¿Eres el guía?

—Sí, señora. —El hombre se balanceaba a uno y otro lado.

—Para ser un guía menuda cogorza llevas. —No contestó. Miraba a la mujer con insistencia—. ¿Qué ha pasado con el otro?

—Murió. —Theresa se acercó a iluminar el rostro con la lámpara de aceite. Antonio ya estaba de pie a su lado.

—Eso ya lo dijiste. Lo que queremos saber es cómo murió. —Se encogió de hombros.

—Le dije que no se metiera y no me hizo caso. Juntarse con la gente a beber, con las cosas como están. Se lo dije varias veces, pero tenía prisa. Todos tienen prisa. Mi trabajo era de traerlos hasta aquí, y a aquí llegaron. ¿O no? Tú mismo los viste —señaló a Pedro—. ¿Llegaron o no de con vida? Dilo, ahora no te quedes callado. —Pedro miraba al guía con rabia.

—¿Cómo es que te llamas? —preguntó Theresa.

—Anselmo, mi señora. Un servidor. —Se quitó la gorra en actitud de respeto.

—¿Y dices que te manda Pablo?

—Sí, señora. —El rostro de la mujer se endureció.

—Pablo, ¿mi hijo? —El guía asintió con premura.

—Me ha dicho que lo mismo que otras veces, quiere verla.

—¿Y te ha dicho eso? Lo mismo que otras veces.

—Así es, señora. —Theresa no se movía de su sitio. Pronto, la dureza de sus facciones se convirtió en una mueca de desprecio.

—Pedro, acompaña a este señor fuera de la propiedad. —El beodo entonces montó una escenita con mucho aspaviento.

—¡Señora! Esto no puede de ser. Tiene que venir conmigo ahora. —Hablaban muy airado. Theresa, que se marchaba, se dio la vuelta con el gesto convertido en una mueca de repudio. Sus palabras dejaron al otro sin argumentos. El hombre no tuvo más remedio que escuchar a pesar de sus constantes intentos de interrumpir.

—¿Para qué quiere con lo acompañe, para que me encuentren mañana con un tiro en la cabeza? No, gracias. Si mis hijos vuelven a verlo merodeando por la masía no dudarán en dispararle. ¡Ah!, y para su conocimiento. —Se acercó al hombre furiosa—. ¡No hablo con Pablo desde el día que abandonó esta casa! ¡Somos una familia de paz! —El guía aprovechó la pausa para hablar. Se notaba más nervioso que antes.

—¿Y el herido? ¿Tampoco sabe nada del herido? — Theresa por primera vez en mucho tiempo sintió miedo. Acababa de comprender que la negación es parte de la naturaleza del peligro y cuando esa negación se esfumaba, era demasiado tarde para escapar. Tragó en seco, con el puño apretado.

—No sé de ningún herido y será mejor que se marche ahora.

—Pero... —El hombre titubeaba. Ante la frialdad de la mujer, se puso la gorra y se marchó dando tumbos. Los tres se quedaron mirándolo hasta que salió por el portón principal.

—Apresúrense —dijo la madre—. Debemos darnos prisa. Entraron a la casa. Isabel se encargaba de vigilar las lentejas. Abrazó a su madre tan pronto se vieron.

—¿Estás mejor, hija?

—Un poco mamá, un poco.

—Ayúdame con esto. —La madre sacaba medicinas de varios cajones. Gasas, penicilina y yodo. Isabel preguntó extrañada.

—¿Para quién es esto? —La madre seguía inmersa en su tarea, respondió sin levantar la cabeza.

—Muy pronto lo sabrás. —Antonio y Pedro entraron a la casa.

—¿Y bien? —La madre observaba a los chicos.

—Se fue camino de la vía blanca, pero puede volver. Fue la respuesta de Pedro.

—No volverá —dijo la madre—, ese no volverá. Antonio, hijo, ¿por qué estás tan desabrigado? —Se acercó a su hijo para ayudarlo a acomodarse el jersey—. Durante muchos años fuimos una de las familias mejor vestidas de la ciudad. Cuida de tu apariencia personal. Es lo primero que los demás verán de ti. —El muchacho tenía cara de fastidio.

—Eso fue hace mucho tiempo. Ahora los que mandan son los Iznaga. —Isabel se mordió la lengua.

—¿Por qué te metes con mamá? —saltó Isabel—. Sabes perfectamente lo que quiere decir. —Antonio sonreía.

—Con lo hermosa que te veías con la boquita callada.

—Antonio —intervino Theresa—. Haz el favor de ir a vigilar en el portón.

—¿Y eso por qué?

—Porque te lo digo yo. —La madre alzó su voz autoritaria.

—Vale, vale. Pensé que no nos iba el rollo nacional socialista, pero veo que no. ¡Heil Hitler! —Hizo al saludo militar de los alemanes y echó a correr hacia la puerta cuando su madre se cansó de escuchar impertinencias. Pedro le puso una mano en el hombro.

—Ya madurará.

—Eso si no lo mato primero. Tú nunca me diste tanta guerra. —Isabel atendía las lentes.

—Esto ya está, mamá.

—Guarda un poco en la fiambra hija. Vamos a ver al huésped. Antes de marcharse, extendió la mano a su hijo. —Pedro se encogió de hombros.

—¿Qué? —preguntó extrañado. La madre no dijo nada. Tan solo miraba a su hijo hasta que el muchacho entregó el revólver.

—Mamá, lo necesitamos. —Isabel que guardaba las lentes, estaba asombrada.

—Cuándo te vas a dar cuenta hijo de que lo difícil no es apretar el gatillo sino conservar la cordura. —El joven prefirió callar. Veinte minutos más tarde se encontraban en el escondite. El piloto deliraba. Isabel, fiel a la educación recibida, no dijo nada. Simplemente cubrió el cuerpo con una manta. No ejerció el menor efecto sobre el piloto. Continuaba temblando, con el rostro sudado e inconsciente. Habían bajado al escondite con mantas y medicinas. Theresa se acercó a tomarle la temperatura. Con solo tocarlo comprendió que estaba hirviendo.

—Mamá, —preguntó Isabel una vez pasada la sorpresa inicial—. ¿Qué ocurre?

—Tenemos que bajarle la temperatura o morirá. —Preparó un ampolla de penicilina e inyectó el enfermo. El joven emitió un quejido débil y estiró el músculo de la pierna. Luego se encogió sobre sí mismo poco a poco hasta quedar inmóvil.

—¿Y ahora? —preguntó Isabel.

—Compresas frías y aspirina. Eso servirá—. Theresa rebuscó en la mochila. Isabel miraba a su madre muy seria.

—Mamá, no quedan. Desde hace una semana tenía que ir a comprar. —Theresa no dijo nada. Transcurrieron uno o dos minutos en los que daba pasitos cortos. Hasta que se detuvo pensativa.

—Hay una hierba. Tal vez podamos encontrarla. —Isabel no quería oír hablar de remedios.

—Mamá, por favor. La mejor solución son las compresas. Con eso bajará la fiebre. Hay que llevarlo a casa. —Pedro, que hasta ese momento había permanecido en silencio intervino.

—De ninguna manera. Nos pondrá en riesgo a todos.

—¿Prefieres que se muera aquí? —Isabel miraba a su hermano con fiereza.

—No he dicho eso.

—Anda que no. —La madre intercedió a favor de Pedro.

—Es demasiado peligroso. —Isabel parecía muy contrariada.

—Creía que Pedro era un hombre valiente. Y tú, mamá. Toda la vida hablando de ayudar al prójimo.

—Hermanita, no te pases. Es sentido común.

—Eso mismo digo yo. —Las palabras de la madre pusieron fin a la discusión.

—Callaos de una vez. Hay una cosa que sí podemos hacer. Aquí hace mucho frío. En la casa podremos bajarle la fiebre.

—Y si viene la Guardia Civil moriremos. —Theresa miró a su hijo.

—No si lo devolvemos a su escondite al amanecer. Haremos turnos para velar su sueño.

—¿Crees que funcionará? —preguntó Isabel emocionada.

—No lo sé, hija. Podemos intentarlo.

Tuvieron que buscar a Antonio para llevarlo hasta la casa. El piloto deliraba por el camino. La madre ordenó que pusieran al herido en su habitación. Hizo que trajeron un barreño de agua del pozo y colocó un paño empapado en la frente del enfermo. A continuación, en las axilas y después en las ingles. Cada treinta minutos remojaban los paños en agua fría.

Esa noche, la familia cenó alrededor del herido. Cerca de la medianoche, Isabel fue a tomarle

la temperatura.

—Dos décimas, mamá, le ha bajado dos décimas. —Theresa yacía en su cama.

—Baja la voz y descansa. A las dos vendré a relevarte.

—Claro que sí, mamá. —La muchacha dio un beso en la frente a su madre y siguió con su tarea hasta que la venció el cansancio. Su madre la obligó a acostarse en la cama a las dos.

—Y el piloto, ¿cómo está? —preguntaba entre sueños.

—Mejor, mucho mejor. Anda y acuéstate, criatura. —La muchacha medio dormida, se dejó caer en la cama. La madre se encargó de cubrirla con la manta. Pensaba continuamente en la situación de Pablo en el monte. «¿Dónde dormiría su hijo? ¿Cómo se protegería de estos fríos? ¿Estaría herido? ¿Seguiría con vida? La guerra en realidad era una cosa horrible. Todos esos hombres muertos, tan jóvenes». Miró una vez más al piloto mientras remojaba las compresas en agua fría. La fiebre había bajado lo suficiente como para que cesaran los temblores. Dormía plácidamente. Sin embargo, mientras velaba el sueño del joven, este se levantó de manera repentina gritando cosas incomprensibles en su idioma, con el rostro transformado por el horror. Theresa tuvo que utilizar todas sus fuerzas para devolverlo a la cama. Entonces, el joven abrió los ojos durante unos instantes y sonrió, antes de caer rendido.

A las seis de la mañana Isabel relevó a su madre. Theresa sobresaltada, tardó en comprender que se trataba de su hija.

—¿Qué hora es? —preguntó más tranquila.

—Las seis. —Se fijó en el piloto cubierto por una manta. La alzó brevemente para revisar la herida. No le gustaba. La piel estaba enrojecida e hinchada. Colocó la mano sobre la piel y afloró pus del interior.

—¿Es serio, verdad mamá? —Theresa no dijo nada. Se vistió aprisa y despertó a sus hijos para que ordeñaran las vacas y se encargaran de mantener la granja en funcionamiento. Regresó treinta minutos más tarde a la habitación con hojas de sauge y tomillo. El piloto había empezado a temblar nuevamente. Theresa vertió la corteza del sauge en un recipiente con agua puesto al fuego. Dejó que se refrescara, después de hervir, e hizo que el herido bebiera la infusión.

—Esto debe beberlo cada tres horas. Tú llevarás las anotaciones.

—Sabes lo que pienso de esto. —Theresa agarró a su hija del brazo—. Precisamente por eso te lo digo. ¿Vas a dejar que tu madre te enseñe o piensas que ya lo sabes todo? —La joven no contestó—. Hoy y mañana serán los peores días. Después del segundo día es posible que se salve.

—Mamá, —dijo Isabel como si rogará. Theresa la conocía muy bien.

—No, la respuesta es no.

—Mamá, el doctor Figueres puede ayudarnos. Era muy amigo de mi padre.

—Isabel, el doctor Figueres solo es leal al dinero. No atenderá al herido y en cuanto nos demos la vuelta nos denunciará.

—No todo el mundo es malo.

—Ojalá, hija, ojalá. Será mejor que lo entiendas de una vez, estamos en una guerra y nosotros perdimos. Nadie vendrá a ayudarnos. Olvídate de los amigos, de la familia. No nos queda nadie, Isabel.

—¿Entonces por qué curamos a este hombre? —Theresa bajó la cabeza unos instantes. Cogió un mazo de tomillo para triturarlo con un mortero. El aceite de la planta destilaba un olor fuerte. Theresa lo mezcló gradualmente con agua hasta formar una pasta.

—Pues la verdad, no lo sé, hija. No sé por qué estamos cuidando a este hombre que no conocemos y no sé qué hacemos metidas en una guerra. Ni siquiera sé por qué mataron a tu

padre ni en qué momento tu hermano decidió que su odio era más importante que el amor por nosotros.

—Mamá, por favor. —Isabel colocó una mano sobre la de su madre y esta, tras apartarla con rapidez, fue a limpiar la herida del piloto. Hacía su trabajo con meticulosidad. Una vez que estuvo limpia, depositó el emplasto distribuido por los bordes y en el interior.

—Eres demasiado joven, Isabel. Demasiado joven.

—Y la juventud es ambiciosa —repitió la hija porque había escuchado la misma retahíla mil veces. La madre apretó la mano de su hija.

—La juventud es ambiciosa y temeraria. Y la ambición y la temeridad, son malas para conservar la vida.

Cuando la presencia de los soldados significa que estamos en apuros

Durante ese día, el estado del herido empeoró y por la noche, la madre esperaba su fallecimiento de un momento a otro. Isabel era la única que conservaba las esperanzas. Cada veinte minutos refrescaba los paños con agua fría, hablaba con el herido. Incluso colaboraba en la colocación de los emplastos y cada seis horas avisaba a su madre religiosamente para que administrase la inyección de penicilina.

—¿Sabes que solo lo hago por ti? —Isabel no decía nada y la madre aprovechaba para enseñarle cómo administrar penicilina sin causar daño en el enfermo.

La última inyección fue administrada por la muchacha a medianoche. Theresa, complacida con los avances, dejó que se encargara su hija esa madrugada. Estaba demasiado cansada como para velar el sueño del piloto. Dos vacas se encontraban de parto y fue necesario sacrificar a una cerda en avanzado estado de gestación porque se había partido una pata.

Esto proporcionaba un respiro para la familia. Podrían vender la manteca de cerdo en el mercado negro y algunos kilos de carne para conseguir dinero. El resto lo guardarían para su consumo en el escondite del almacén. Levantó la cabeza un momento. Isabel velaba al herido. «Ya se cansará, hoy o mañana. Cuando pase lo inevitable». Según creía, el piloto debía fallecer esa misma noche o al día siguiente debido a la peritonitis. «¿Qué harían con el cuerpo?». Pensaba en la madre del muchacho, en sus hermanas y familiares. Isabel la tenía muy preocupada. «¿Cómo asumiría la muerte del piloto?». La culpa era de ella. Desde el principio debió haberse encargado de este tema. Abandonar el herido a su suerte y deshacerse del cuerpo.

«¿Y si luego necesitaban la penicilina?». Huir de España no era fácil. Medio mundo ardía por la guerra. En Inglaterra no estarían a salvo, pero al menos conseguirían un respiro hasta que los Aliados tuvieran una posición más ventajosa. Desde Inglaterra podrían viajar a Norteamérica. «¿Quién sabe?». Todavía era reciente la derrota de los japoneses en *Midway* por parte de las tropas estadounidenses. «¿Ocurriría lo mismo con Hitler? ¿Serían capaces los gringos de derrotar a la bestia negra?». Su mayor temor consistía en que reclutaran a sus hijos en suelo inglés. No era su guerra o al menos no lo veía así. Tan solo deseaba vivir en paz con sus hijos donde no existiera la sombra del poder franquista, sin temor a que los soldados destrozaran todo y acabaran con sus vidas a la menor excusa. Tal vez Latinoamérica, Méjico o Venezuela.

Esa noche durmió mal. Tuvo pesadillas horrendas relacionadas con un hombre que saltaba al vacío. A medida que se acercaba al precipicio, el rostro se convertía en más y más familiar.

Esa mañana se levantó un poco más temprano. Despertó a sus hijos a las seis. Isabel permanecía dormida en el sillón, al lado del enfermo. Habló con sus hijos mientras desayunaban. Al principio, ninguno de los dos dijo nada. Se quedaron mirando a su madre en silencio y asintieron con lentitud, como si la gravedad de la situación hubiera dejado a ambos abatidos y sin palabras.

Había amanecido lloviendo. Los animales se agolpaban en el establo, a la espera de recibir su ración de comida. Los muchachos trajeron varias pacas de heno bajo la lluvia, con una carretilla que continuamente se atascaba en los agujeros del suelo. En ese caso, la única solución consistía en empujar con más fuerza o levantar la rueda por delante y empujar por detrás hasta que la rueda emergía del barro y rodaba una o dos veces. A los pocos pasos se repetía la situación. El

sudor cubría el cuerpo de los jóvenes. Entre imprecaciones y bajo la lluvia hacían su trabajo. Tardaron una hora más de lo usual.

Después dieron de comer a los cerdos y soltaron las ovejas en un potrero cercano para que pastaran. Antonio esperó a que su hermano regresara entretenido en el establo de las vacas. Los animales pronto dieron cuenta de la ración de heno y se quedaron sin saber qué hacer. Unas mugían, otras deambulaban en silencio con la mirada perdida. Pedro regresó del potrero con una capa de lona en el hombro, pasó junto a su hermano y siguió en dirección a la casa. Antonio fue detrás. Ninguno de los dos parecía contento.

—¿Crees que servirá? —preguntó Antonio. El otro se encogió de hombros. Caminaron unos pasos hasta llegar a la casa. Hacía un frío desagradable. Pedro, en vez de entrar, encendió un cigarrillo. Antonio pidió una calada y el hermano entregó el cigarro en silencio.

—¿Qué crees que pasará? —preguntó Antonio. El humo del cigarrillo formaba pequeñas volutas que se disolvían lentamente en el aire. Pedro parecía ido. Respondió con desgana.

—No sé. —El hermano le devolvió el cigarro.

—No me refiero a ese otro asunto, sino a nosotros —dijo serio.

—¡Ah!, —El "ah" sonó como si se hubiera dado cuenta de una obviedad que había estado ante sus ojos todo el tiempo. Pedro dio otra calada al cigarro y repitió la pregunta—. Qué pasará con nosotros. —El hermano se acercó.

—¿No tenías una cosa mejor que preguntar?

—¿Crees que nos maten? —Antonio no quitaba los ojos de encima a su hermano. Pedro miraba hacia los potreros de vez en cuando.

—¿Te fijaste ayer si faltaba algún animal? —preguntó Pedro. La pregunta tomó por sorpresa al hermano.

—¿Qué animal? Están todos en el establo. —Pedro miró otra vez hacia el establo.

—No, creo que no. Tengo la sensación de que falta una vaca. Me pareció verla esta mañana en los potreros del fondo. —Antonio se encogió de hombros.

—No creo. Hace tiempo no usamos esos potreros. Es difícil, pero si la viste, ¿por qué no la trajiste? Lo tuyo son ganas de joder. —Pedro se giró para mirar a los ojos de su hermano.

—Ese es el problema, que el animal iba con una persona. Aunque no lo sé, entre la lluvia y lo lejos que estaban. Cuando volví a fijarme no había nadie.

—Será una equivocación.

—Será —contestó no muy convencido. —Antonio puso la mano sobre el hombro de su hermano. La lluvia continuaba cayendo con insistencia.

—Pedro, ¿crees que mamá va en serio? —El otro se mantuvo reflexivo. Iba a ser un día complicado. De eso estaba seguro. Respondió como si siempre hubiera sabido la respuesta y no necesitara pensar. La seguridad de sus palabras no disminuyó el ronroneo malicioso que lo molestaba desde el amanecer. Una sensación extraña de frío que bajaba desde la base del cráneo por el espinazo.

—Es una guerra, Antonio.

—Ya, pero es un herido. —Pedro se encogió de hombros.

—No depende de nosotros —dijo antes de dar la última calada al cigarro y entrar.

En la cocina, la madre servía el desayuno a Isabel. Saludó a sus hermanos con entusiasmo. Pedro entregó la lona a su madre.

—¿Y eso para qué es? —Los tres se quedaron mirando a Isabel. La muchacha desayunaba una taza de leche y hablaba sin parar, hasta que se dio cuenta del silencio general. Theresa dejó la lona en el suelo.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —Theresa hizo una seña a Pedro y este fue en busca de la escopeta de caza.

—¿Qué hace Pedro con la escopeta de papá? —Nadie quería hablar.

—Isabel, —dijo por fin la madre—, tienes que ser fuerte. —La muchacha no entendía la situación.

—Mamá, ¿qué pasa? ¿Por qué están todos tan extraños? —La madre hizo una seña a Antonio y este fue a agarrar a su hermana.

—Pero, mamá. —Theresa y Pedro fueron a la habitación del herido. El muchacho extendió la lona sobre el suelo, al lado de la cama.

—¿Así o más, mamá?

—Así bastará —contestó Theresa. Los gritos de Isabel llegaban desde la cocina. Madre e hijo se miraron. Theresa pidió la escopeta a Pedro.

—Dámela, yo lo haré. —El chico no titubeó. Los dos sudaban. Theresa destapó al herido. Dormía plácidamente. La hija irrumpió en la habitación en ese momento. Detrás venía su hermano. Gritaba que no lo consentiría.

—¿Os habéis vuelto locos? —Antonio sostenía a la muchacha por la cintura. Isabel extendía las manos hacia su madre, rogaba por la vida del enfermo—. Pero, mamá, ¿qué os pasa? ¿Es un herido? ¡Además, se está curando, está mejor! —Theresa miraba a su hija con amargura. Con un gesto de cabeza ordenó a Antonio que sacara a la joven de la habitación. Los gritos hacían más difícil tomar la decisión. Theresa apuntó a la cabeza y se percató, en ese momento, de que el piloto estaba despierto. Había abierto los ojos y miraba a la madre con frialdad, dos ojos azules clavados en la mujer que reflejaban las penurias de los últimos días, los estragos de la fiebre, los sueños y las esperanzas propios de la juventud frustrados, envueltos en un manto de rencor y rabia contenida por el cansancio. Apenas podía moverse.

—Lo siento —dijo la madre en francés. El piloto no dijo nada. Se quedó quieto mirándola. La mujer apuntó y puso el dedo sobre el gatillo. Transcurrieron uno, dos segundos. Los gritos de Isabel cada vez se escuchaban más alto hasta que irrumpió en la habitación y se abrazó al herido.

—¡Si quieres matarlo tendrás que matarme a mí con él! —La energía de la muchacha se había desplegado por su rostro, con el pelo revuelto y los ojos encendidos por la rabia, se aferraba al piloto con fuerza. Theresa vaciló unos instantes, sorprendida. Luego, bajó el arma antes de salir precipitadamente de la habitación. Pedro fue detrás de ella en silencio. El piloto cerró los ojos nuevamente y siguió durmiendo completamente agotado.

Esa tarde mostró síntomas de mejoría. Isabel prohibió la entrada a la habitación. Se encargaba de las tareas rutinarias, alimentar al enfermo, cambiar los emplastos o inyectarlo. Su madre tuvo que cambiarse a la habitación de la hija y dejarle la suya.

Por la tarde, la fiebre por primera vez bajó. Isabel fue a decírselo a su madre. La recibieron con una acogida tibia. En vez de enfadarse, su respuesta consistió en regresar a la habitación a cuidar del enfermo. Al volver, estaba despierto. El muchacho saludó con debilidad.

—¿Quién eres? —preguntó en francés. Estuvieron hablando durante un rato hasta que el cansancio venció sus fuerzas. Al día siguiente se terminó la penicilina y el herido por primera vez fue capaz de hablar. Se expresaba muy despacio, con pausas prolongadas que hubieran desesperado a cualquier otra persona, a ella no.

En parte, porque era de la opinión de que cada día ganado a la enfermedad constituía una victoria no solo para el enfermo, sino también para ella. Al día siguiente, el piloto fue capaz de dar pequeños pasitos por la habitación e Isabel le preguntó su nombre. El piloto se detuvo reflexivo, apoyado en los brazos de ella.

—¿Creía que lo sabías? —Isabel miraba al muchacho curiosa.

—Henry, me llamo Henry. —Isabel sonrió.

—¿El señor Henry tiene apellido? —Durante unos instantes se quedaron mirando hasta que el joven empezó a reír y los dos estallaron en una carcajada. Henry se dobló debido al dolor e Isabel, se apresuró a auxiliarlo.

—Estoy bien, es solo la herida.

—¿Duele mucho?

—Un poco.

—Deja que te ayude. —Ayudó al muchacho a llegar hasta la cama y siguieron conversando toda la tarde. A pesar de los avances de Henry, todavía era incapaz de valerse por sí solo. Pasaba mucho tiempo en la cama aburrido y a la mañana siguiente, en el desayuno, Isabel puso un libro entre sus manos. La madre se preparaba para salir al pueblo en compañía de Pedro. Tenían vendido la mayor parte del cerdo a los vecinos más allegados. Escuchó lo que hablaban los jóvenes desde la cocina y renegó con la cabeza. La culpa era suya, completamente suya. Debía haber acabado con el asunto del piloto el primer día.

Salió aprisa, acompañada de Pedro. Antonio tenía la misión de realizar las labores propias de la granja. Obedecía a regañadientes. El tiempo, después de dos días de lluvia repentina, dio un respiro que la gente aprovechó para estirar los pies, visitar a los vecinos o buscar víveres. Cada día llegaban más soldados a la pequeña ciudad, en total una fuerza de 2.500 hombres conformaba el nuevo destacamento especializado en la búsqueda y eliminación de guerrilleros. Sin embargo, se esperaban muchos más. El general Varela se había comprometido a crear una fuerza de cinco mil hombres antes de que finalizara el año.

Franco deseaba inaugurar 1943 con un país saneado y sin maquis en las montañas. El aumento de la presencia militar trajo como consecuencia un mayor número de registros y redadas. Los interrogatorios cada vez eran más frecuentes y los militares daban rienda suelta a su agresividad ante la menor muestra de rebeldía.

A la falta de pan y carne, se unió la desconfianza generalizada. Los rumores sobre los enfrentamientos entre los soldados y las fuerzas de Pablo circulaban cada vez con historias apetitosas sobre la promesa de Galán, enfrascado en destruir a Pablo, y la respuesta de este último, apertrechado en la sierra, para que fuera a buscarlo.

De todas las noticias que recogió la madre en su periplo por el pueblo, la mayor novedad tuvo lugar cuando al pasar por la plaza, se percató de que además de las labores de reconstrucción de la torre, varios soldados mantenían en custodia a un prisionero. Caminó un poco más despacio para averiguar de quién se trataba. Los guardias apostados no permitían a los civiles detenerse y no quiso arriesgarse. Pronto se enteró de la situación. Horrorizada, se cuidó mucho de mostrar sus emociones. El capitán Galán había anunciado que Andrés permanecería atado en la plaza principal sin alimentos y bajo las inclemencias del tiempo, hasta tanto no se atrapara a Pablo o Andrés colaborara con el ejército en su captura.

La salida de Theresa tuvo un enorme éxito. Los vecinos más allegados compraron la carne y con el dinero, Theresa consiguió medicinas y un par de botas para Pedro. Antonio necesitaba una camisa de trabajo y pantalones, pero se conformó con comprar aguja e hilo para remendar la ropa. El resto del dinero prefirió guardarlo. Aunque valoraba la posibilidad de comprar semillas para reanudar los cultivos, mantuvo sus impulsos bajo control. Si la idea final consistía en abandonar el país, iban a necesitar mucho dinero.

Regresó a la casa con mejor ánimo. Esa noche descorchó una botella de vino en la cena que guardaba para un momento especial, y comieron patatas asadas, carne de cerdo y migas de pan

con manteca de cerdo. Por primera vez en muchos días, se sentía con ánimos para enfrentar el futuro.

Isabel no compartía la alegría general. Comía en la mesa familiar para no dar la nota discordante, pero en realidad sus intenciones se encontraban muy lejos de aquella mesa. Henry se había quedado dormido muy temprano e Isabel había aprovechado para dar un paseo por la masía. Al pasar cerca del cobertizo, se acercó a los farallones que delimitaban el final del terreno.

Estuvo un rato mirando hacia arriba. Un trozo de tela roja se agitaba en el saliente de una roca. El viento seguramente arrastró la tela, pensó. La madre y sus hermanos parecían satisfechos. Sin embargo, no compartían su punto de vista en relación con el enfermo. Le dolía porque acariciaba constantemente la idea de la recuperación del piloto. A su modo, ella también libraba una guerra para conservar la vida de Henry. Lo único que esta guerra no se ganaba con tiros y balas sino a golpe de entereza, con el acto de bondad más humano que podía contemplar el corazón humano, la compasión.

Se reconfortaba con estos pensamientos. «¿Qué importaba la vida y el dinero si no existía la piedad, el amor por las demás personas?». A las nueve de la noche se levantó de la mesa para dirigirse a su habitación, cansada de las risas y las bromas de sus hermanos. Henry tardaría en recuperarse y debía estar en pie muy temprano para ayudarlo a caminar. Fue entonces cuando su madre, para su sorpresa, le preguntó por el estado del herido. La verdad es que no se esperaba una pregunta de este tipo así que fue incapaz de ocultar sus verdaderos sentimientos. Aunque, al principio sí. Con el rostro rojo trató de esquivar la respuesta a su manera.

—Está mejor —contestó dispuesta a marcharse.

—¿Cuándo se irá? —preguntó Pedro mientras dejaba su plato en la encimera. La madre extendió la mano para indicarle a Pedro que moderara sus impulsos. La observación llegó demasiado tarde. Isabel, echa una fiera, discutía con su hermano. Jamás la habían visto comportarse así. Finalmente tuvo que intervenir la madre, que dio la razón a Pedro.

—Tu hermano solo quiere lo mejor para ti. Si la Guardia Civil hace un registro estamos perdidos. No solo morirá él, sino todos. ¿Me comprendes? —La madre colocó la mano sobre el hombro de su hija y esta se apartó.

—No puedo estar de acuerdo, mamá. Es un ser humano que está enfermo. ¿Cómo vamos a abandonarlo?

—¿Prefieres que nos maten a todos? —sentenció Pedro.

—Ya han hecho un registro hace poco. No creo que vuelvan a menos que les demos motivos, ¿verdad Pedrito? Me extrañaba a mí que fueras a quedarte calladito. Antes muda la zorra de cola que de costumbres. Si yo fuera tú, iría al médico, hermanito. A ver si descubren de dónde sacas tanto odio, chico —dijo antes de perderse en dirección a su habitación. Regresó casi enseguida con el rostro enrojecido—. ¡Ah!, y para que lo sepan. ¡No pienso abandonar a Henry!

—¿Ni siquiera si viene la Guardia Civil? —preguntó Pedro con una mueca de burla.

—¡Ni siquiera! —dijo firme ella. La madre intervino.

—Isabel, seamos razonables. —La muchacha no quería dar su brazo a torcer.

—¡No lo permitiré! —soltó categórica. Sus gestos, la manera de hablar y la rotundidad de sus palabras, hacían pensar que no sería fácil convencerla. La madre observaba a su hija seria.

—Vamos a ver. No se puede negar que eres hija de tu padre. —Isabel torció la boca.

—¡Prefiero no hablar de los muertos si no es para honrar su memoria! —dijo antes de regresar a la habitación.

Esa noche llovió durante varias horas, pero al amanecer, el mundo claro y limpio ofrecía un

aspecto completamente diferente, como si durante la noche el agua hubiera arrastrado todas las impurezas de la tierra y ahora el canto de los pájaros, mezclado con los mugidos de las vacas, trajera de regreso las esperanzas y los buenos deseos invitaran a estrenar el mundo con una sonrisa.

Una de las vacas preferidas de Isabel se puso de parto y al mediodía, había nacido un hermoso ternero con una mancha negra en el ojo. La familia entera disfrutaba del nacimiento, Isabel, Pedro, la madre, Antonio. Hacían bromas sobre el estado de la vaca que exhausta, daba de mamar al animalito sin levantarse del suelo. Por eso no se percataron del destacamento de soldados que entró en la granja, más de cincuenta hombres reunidos en el patio bajo el mando del subteniente Emilio. Se preguntaban dónde estaba la familia hasta que los vieron en el establo. En ese momento Theresa se encontró con los ojos de los soldados y supo que estaban en apuros.

¿Cuál es la diferencia entre la muerte que causa un soldado y la de un asesino?

Pasaron uno o dos segundos en los que la mujer no sabía qué hacer. El veneciano escudriñaba cada gesto de Theresa. Estaban a menos de veinte pasos, separados por la cerca del establo. El subteniente les hizo una seña para que se acercaran. Isabel temblaba de miedo. Su hermano Antonio iba con ella del brazo. Pedro se colocó detrás de la madre. El veneciano saludó con energía. Theresa había tenido tiempo de recuperarse.

—Buenos días. —Theresa se limpiaba las botas de barro. Buscaba las palabras adecuadas para enfrentarse al militar.

—Buenos días, señor. —El veneciano miró detenidamente a cada uno de los integrantes de la familia.

—Da gusto venir a esta casa.

—Las puertas están abiertas para ustedes. —El veneciano esbozó una pequeña sonrisa debido a la ironía lanzada por la madre.

—No sabía que eran tan leales a Franco.

—Señor, —dijo la madre—. Somos granjeros. No nos metemos en política. —El suboficial se inclinó hacia adelante.

—No me digas. —Theresa trató de conducir la conversación.

—¿A qué se debe la visita? —El veneciano hizo una seña a sus hombres y estos entraron en el establo de las vacas.

—Me temo que tengo malas noticias. —Extendió un papel a Theresa—. Tenemos órdenes de incautar los animales de la zona para alimentar a la tropa. —Los soldados empezaron a agrupar el ganado. Unos arreaban a las vacas, otros fueron hacia el corral de las ovejas. —Theresa no daba crédito, con el papel en la mano. Pedro hizo un movimiento demasiado brusco y enseguida tuvo a dos soldados apuntándole al pecho. Si no llegó a más la situación fue por el grito de Theresa.

—¡Pedro! ¡Puedes hacer el favor de tranquilizarte! —El chico no dijo nada. Emilio se adelantó.

—Tiene mal carácter este. —Theresa había dulcificado su rostro.

—Perdone sus impulsos, son cosas de la juventud.

—Es fácil perderse en la juventud. Sobre todo, cuando el hermano mayor es un bandido. ¡Muchacho! —Se acercó a Pedro con autoridad—. ¿No estarás tú ayudando a la guerrilla? —Theresa se interpuso.

—Ninguno de mis hijos sale de la casa. Se pasan el día entero trabajando.

—Tal vez ellos sepan algo que no quieran contar. Hay un asesino suelto. Le gusta matar comunistas. —Mostró un recorte de periódicos a la familia del día anterior. Cuatros hombres yacían colgados del puente de los suspiros con el vientre abierto y repleto de paja, en el pecho rezaba un cartel "por comunistas". Theresa devolvió el recorte con el rostro transfigurado por el horror.

—No saben nada, ninguno de mis hijos sabe nada.

—¿Y ella? —Señaló a Isabel. Por primera vez Isabel sintió la sangre hervir.

—La niña es la que menos sabe. Está enferma desde hace días.

—Enferma —repitió el suboficial. Los soldados habían abierto el establo y las vacas desfilaban hacia la salida, una detrás de otra. Luego tocó el turno a las ovejas y por último a los cerdos. Los montaron en una camioneta que entró en reversa por la puerta principal. La conducía uno de los empleados de Ángel Iznaga. El conductor pidió disculpas cuando debido a un error, derribó parte de la cerca del establo. Isabel no pudo contenerse.

—¡Esto es un atropello! —El veneciano se fijó en ella, con el pelo cortado y vestida de hombre. Aun así, resultaba atractiva.

—No te preocupes por la cerca. A partir de ahora no la necesitarán. —Theresa todavía no comprendía.

—¿Si se llevan todos los animales de qué viviremos? —El veneciano se encogió de hombros.

—Yo solo cumplo órdenes, señora.

—Pero... —El veneciano se encaró con la mujer.

—Si tiene alguna queja el capitán Galán estará encantado de recibirla. De hecho, no le vendría mal que pasara por el cuartel. Igual las cosas pueden solucionarse. —El veneciano miraba a Isabel. La muchacha bajó la cabeza.

Los soldados terminaron de subir los cerdos a la camioneta y uno de ellos se fijó en la vaca recién parida. Preguntó al jefe qué hacer con ella.

—Nos vendrá bien para la cena. —El soldado desenfundó la pistola para pegarle un tiro, si no lo hizo fue por Isabel; contra toda lógica, la joven se deshizo del abrazo de su hermano y corrió a suplicarle al subteniente.

—No la maten, yo sé dónde encontrarlos. —El veneciano detuvo al soldado con un gesto. Isabel se había lanzado a sus piernas. La levantó con ternura.

—¿Cómo dices? —La muchacha lloraba.

—Por favor, no le hagan daño, no le hagan daño. —Emilio la trataba como si hubiera encontrado un pequeño tesoro.

—¿A quién dices que entregarás?

—A todos, a todos. —Theresa agarró a su hija y la atrajo sobre sí.

—Lleva así unos días. La pobre está mala de los nervios. No sabe lo que dice. Si tiene que matar al animal, pues sea —dijo la madre. Isabel se retorció de rabia. Emilio ordenó que dejaran al animal con vida.

—Por ahora quédense con la vaca, pero necesitamos la carne.

—¿Qué carne? —replicó Theresa. El subteniente se puso nervioso.

—Hace dos días mataron un cerdo y lo vendieron en el mercado negro. No puedo llegar al cuartel sin la carne. Mis hombres tienen que comer, señora. Además, tengo órdenes. Theresa miraba al oficial con rabia. Hizo que sus hijos trajeran la banda de cerdo que estaba en salazón.

—¿También quieren la manteca? —dijo cuando los soldados se disponían a marcharse.

—No, eso para ustedes. Volveremos, Theresa. —Los ojos de la mujer reflejaban ahora rabia y desprecio. Así lo entendió el veneciano y sonrió al escucharla.

—¿Cuándo?

—Pronto. Será mejor que para entonces sepan algo que nos ayude. Tal vez Isabel se encuentre mejor y sepa indicarnos cómo movernos por esos caminos de Dios. La montaña es muy grande, Theresa. Muy grande y traicionera.

El suboficial hizo el saludo militar y abandonó la masía seguido de sus hombres. Isabel entró precipitadamente a la casa. Henry dormía profundamente. Acarició la cabeza del muchacho mientras lloraba. «¿Qué iba a ser de ellos ahora?». Su madre se detuvo en la puerta de la habitación.

—Isabel, vente a la cocina. Tenemos que hablar. —La joven obedeció. Sus dos hermanos estaban sentados a la mesa. Pedro opinaba que debían marcharse cuanto antes.

—No nos dejarán en paz hasta matarnos. Nos han quitado a los animales, ¿de qué vamos a vivir?

—Todavía tenemos las gallinas —dijo la madre—, y patatas de la cosecha pasada.

—Mamá, —intervino Antonio—, la mitad están rancias y el resto podridas.

—¿Eso desde cuando?

—Ayer fui a buscar para darle a los cerdos. —Pedro pegó un puñetazo en la mesa.

—Tenemos que irnos de aquí o pelear.

—¿Qué tonterías dices?, ¡hijo!

—Pediré ayuda a Pablo —dijo Isabel de repente. Todos hicieron silencio hasta que la madre habló.

—Hija, ni siquiera yo sé dónde está Pablo.

—Pero yo sí —afirmó la hija—. Yo sí.

—A ver, qué tontería dice la salvadora —El comentario de Pedro no influyó en el ánimo de la muchacha.

—Pablo es la única solución —insistía—. En medio día de camino puedo encontrarlo. —Todos la miraban asombrados. Pedro se mofó de su hermana.

—¿Ahora quieres poner a tu inglesito a salvo, hermanita? ¿Y nosotros qué? ¿Habéis pensado en la fecha de la boda? —Antonio no se atrevía a contradecir a su hermano. Fue Theresa quien se acercó a su hija. La conocía muy bien.

—Isabel, ¿de qué estás hablando? —La respuesta dejó boquiabierta a la madre.

—Pablo se comunica conmigo. —Pedro dejó escapar una risa. Theresa endureció las facciones del rostro.

—Isabel, ¿cómo es eso? —La joven se puso en pie.

—Muy fácil. Les mostraré. —Caminó hasta el establo, después de acariciar a la vaca recién parida, se adentró en el potrero que conducía al cobertizo. Los hermanos y la madre iban detrás, hablando en voz baja. Isabel interrumpió sus deliberaciones.

—Ahí lo tienen. —Señalaba en dirección al final del potrero, más allá del cobertizo. Nadie entendía. La madre finalmente se hizo cargo de la situación.

—Está bien, hija. Lo hemos entendido. —Theresa rodeó con sus brazos a Isabel para regresar a la casa. La muchacha, en vez de obedecer siguió caminando.

—Isabel, ¿dónde vas? —Pedro miró a su madre con una mueca de interrogación y esta negó con la cabeza. Siguieron a la muchacha hasta el final del potrero, justo cuando las rocas de la montaña creaban una pared sólida que se elevaba lo menos treinta metros. Señaló a un trapo de color rojo, sucio y desgastado que se había quedado atrapado en los salientes de la roca, por lo menos a dos metros del suelo.

—¿Así es como te comunicas con tu hermano, hija?

—Sí. —Nadie daba crédito a sus palabras.

—¿Qué se supone que significa ese trapo?

—Es una bandera, mamá.

—Hija... —Isabel, ante el escepticismo de la familia comenzó a escalar con agilidad. En un santiamén lanzó el trapo hacia abajo y descendió.

—Aquí lo tienen—. Agitaba el trapo con orgullo—. Pablo quiere verme con urgencia.

—¿Pero? —La familia seguía sin entender.

—Pablo acordó mantener el contacto de esta manera antes de marcharse. Una bandera azul significa tranquilidad, la roja peligro y la bandera tricolor.

—Que vayas al bosque —interrumpió Antonio. La madre miró a su hijo.

—¿Tú también jugabas Antonio?

—Sí. Pero no usábamos banderas. —Pedro que hasta ese momento había estado en silencio intervino.

—Eso quiere decir que al usar una bandera Pablo es capaz de elegir con quien comunicarse. ¿Es así? La hermana asintió.

—Y, ¿adónde se supone que debes ir? —Esta vez Pedro fue cauteloso.

—A un sitio —respondió la hermana—. Un sitio en el que solíamos dejarnos cosas. —Theresa parecía desolada.

—¿Te das cuenta de lo mal que estás, hija? Esto no es más que un trapo viejo y sucio. —Isabel extendió la bandera. A pesar de los estragos del tiempo, se veían claramente restos de los colores rojo y azul.

—Es una bandera, mamá y además. —La muchacha hizo notar que había una cuerda en uno de los extremos—. Alguien bajó la bandera por el risco hace poco porque el domingo pasado no estaba. Es un mensaje reciente. —Theresa observaba a su hija ahora con una mirada diferente.

—¿Desde cuándo sabes esto? —preguntó finalmente.

—Desde ayer. Antes de que Pablo se marchara acordé con él que todos los domingos vendría a mirar si había puesto la señal.

Los gritos de un hombre en la masía llamaron la atención de la familia. Theresa ordenó a Antonio que se adelantara a ver quién era.

—Y tú, calladita —señaló a su hija—. Tendremos que sacar al piloto de la casa. Es muy peligroso. —Isabel no parecía muy contenta.

—Se llama Henry, mamá. —Theresa caminaba a pasos apresurados—. Miró a su hija unos instantes.

—Me da igual como se llame, Isabel. Solo quiero que se marche. —Antonio les hizo seña desde el establo para que se apresuraran. Hablaba con un militar acompañado de dos soldados.

—No sé qué querrán ahora —dijo la madre. El oficial era alto y apuesto, con el pelo negro y grados de capitán. Se quitó la gorra para saludar a Theresa.

—Buenos días, señora. Siento interrumpirlos. Soy el teniente Miguel. —La madre extendió la mano.

—Usted, dirá capitán. Acaban de llevarse todos nuestros animales. ¿No vendrá por lo mismo? —El joven oficial, en vez de contestar, titubeó unos segundos. Luego bajó los ojos al suelo como si estuviera incómodo. Al subirlos, había desaparecido el malestar y de nuevo mostraba un rostro juvenil y sonriente.

—No, no es por eso.

—¿Entonces? —Las noches sin dormir y la tensión acumulada se apreciaban en el rostro cansado de Theresa.

—Verá, estoy haciendo averiguaciones. ¿Sabe usted que hay un asesino suelto? —A estas alturas era difícil sorprender a Theresa. Había visto demasiadas cosas buenas y malas de los hombres, pero sobre todo malas.

—¿El asesino de los hombres del puente? —preguntó con malicia y el oficial esquivó la peligrosa insinuación.

—No, el de las niñas. —Hizo una pausa para tomar aire—. Me preguntaba—. Cambió el peso del cuerpo al otro pie—. Estoy buscando a un soldado de apellido Gómez. Resulta que no he sido capaz de encontrar a nadie que lo haya visto después de venir a aquí. —Theresa no se apresuró en contestar. Tan solo dijo lo que pensaba con la seguridad de los que no tienen nada que perder.

—Han venido muchos militares, primero hace como cuatro o cinco días y luego hoy. Hasta donde sé, todos se fueron. A menos que usted quiera revisar la masía. No creo que haya ningún soldado escondido aquí. Al menos no que yo sepa. —El teniente se apresuró a contestar.

—Eso mismo, pensé. Claro, tiene su lógica. La comprendo. Entonces, ¿no ha visto a nadie con ese nombre? —Se inclinó ligeramente hacia adelante para completar la frase—, ¿ni sabe dónde pueda estar?

—No.

—¿Y usted? —preguntó a Pedro. —Pedro negó con lentitud—. Tal vez ella sepa —señaló a Isabel. —Theresa hizo una mueca de disgusto.

—Mi niña está enferma de los nervios, capitán. No puede uno fiarse de lo que dice.

—Ya, lo comprendo, por supuesto. Es comprensible. Aun así, ¿podría contestar? —Theresa se encogió de hombros.

—Sí, adelante.

—¿Su nombre es Isabel? —Se dirigía a la muchacha. Esta asintió.

—Hay gente que afirma que simpatiza con los comunistas, ¿es cierto? —Isabel hablaba despacio, mirando a los ojos del militar.

—¿Quién lo dice? —contestó con firmeza. La madre aterrorizada, veía con pavor que había caído en una trampa. No se trataba de una pregunta sino de un interrogatorio.

—Bueno, se dice que era la más cercana a su hermano Pablo.

—¿Y eso me convierte en una criminal? —Le chocó la respuesta de la joven.

—Tener trato con los bandidos sí.

—¿Y con asesinos? —El capitán se tomó su tiempo para contestar. «¿Qué insinuaba?». Esbozó una ligera sonrisa antes de responder.

—Bueno, en realidad, depende. ¿Conoce a algún asesino que esté suelto? Lo digo porque mi trabajo es encarcelarlo. —La muchacha se quedó mirándolo detenidamente hasta que por fin habló.

—No creo en las etiquetas, capitán. ¿Cuál es la diferencia entre la muerte que causa un soldado y la de un asesino? —Isabel tenía la atención del oficial y este la miraba con curiosidad. «Una persona que no está atemorizada y piensa», se decía. «¿Cuál era la diferencia entre matar y matar?». Él mismo se había hecho esta pregunta en ocasiones. Respondió con rapidez. A medida que contestaba, perdía entusiasmo.

Miguel se encontraba a gusto conversando con Isabel. Sentía una curiosidad enorme por saber cómo pensaba. Quizá por eso se dejó llevar, como si en vez de pertenecer al ejército, fuera tan solo un joven de veintinueve años hablando con una muchacha de dieciséis.

—Se me ocurren muchas. La verdad, la dignidad, la justicia. Somos los encargados de proteger a los civiles. —A medida que hablaba, Miguel tuvo la sensación de que la muchacha se burlaba de él. En el fondo, «¿qué quería decirle en realidad?». —Bajó los ojos con una sensación de malestar. Isabel continuaba observándolo sin desviar la mirada y él tenía la impresión de que su mirada atravesaba su piel como un hierro candente y desnudaba sus huesos hasta ver en su interior con una claridad cegadora.

Después de unos instantes, agradeció la respuesta y se marchó tras confirmar que nadie sabía absolutamente nada de Gómez. Es cierto que podía haber desaparecido en los enfrentamientos del fin de semana, pero ¿por qué no encontraban el cadáver? Supuso que de una u otra manera se haría con las respuestas porque en eso consistía su trabajo, en encontrar respuestas. «Menuda era Isabel, muy valiente. Eso le constaba, y extraña. Valiente y extraña.

Al pasar por la plaza, dos soldados discutían con un hombre de estatura mediana, con barba. El teniente se acercó a pedir explicaciones. Los soldados señalaron en dirección a Andrés. El panadero yacía de rodillas, con las manos atadas a un poste en el centro de la plaza. El oficial tragó en seco. Se había enterado con acritud de la disposición de Galán esa misma mañana. Se

quejaría al coronel Arteaga o Madrid. Aunque tal y como estaban las cosas. Hizo acopio de paciencia. Los soldados le explicaron la orden de Galán. Nadie debía asistir al prisionero.

—¿Y? —dijo sin más ante el gesto de asombro de los subordinados.

—Pues, que este hombre insiste en darle agua desde esta mañana. Dice que no se irá de aquí. —El capitán observó al hombrecito. Delgado, de unos sesenta años, con una barba abundante y rala.

—No me iré de aquí hasta darle de beber —repitió el hombre. Miguel observaba sus ropas, un pantalón raído y zapatos en mal estado.

—¿Cómo se llama?

—Víctor García Robles. —El hombrecito parecía orgulloso. Miguel tomó nota mental del nombre.

—¿Es usted familiar del prisionero? —Negó lentamente—. ¿Y por qué se preocupa por él? —Fue la primera vez que Víctor irguió la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Porque es un ser humano. —La respuesta dejó sin palabras al oficial. Dispuso que permitieran a Víctor dar de beber al prisionero dos veces al día. Temprano en la mañana y al anochecer.

—Pero, teniente. —Uno de los soldados no parecía muy convencido—. A Galán no le gustará.

—Eso no es importante. —Víctor se alejó en dirección al herido, pero regresó sobre sus pasos. Miraba fijamente a Miguel.

—Únicamente la gente honrada tiene amigos. Gracias —dijo antes de marcharse. Miguel se quedó pensando en la frase durante un rato. Era de Voltaire. *“La gente interesada tiene socios, los políticos partidarios y los perversos cómplices. Solo los honrados tienen amigos”*. Se quedó mirando a Víctor y luego, cuando llegó al cuartel, se enteró de quien era y dispuso que lo vigilaran.

—Quiero saber con quién se reúne, qué cena, dónde vive, quienes son sus amigos. Todo, quiero saberlo todo. —Esas fueron sus disposiciones. El ayudante tomaba nota. Miguel pensaba en el paradero de Gómez. De vez en cuando regresaban las palabras de Isabel, los ojos chispeantes y llenos de energía. La encasilló como una persona interesante. A diferencia de ella, a él si le gustaban las etiquetas.

A veces la única opción que tenemos es obedecer a nuestro destino

Por la tarde, sacó una botella de vino y la puso sobre la mesa. Bebía pequeños sorbos. Después de un rato fue a dar una vuelta por la masía. Antonio limpiaba la cuadra de los caballos. «Por lo menos tenían a los caballos». Pedro había ido al pueblo a conseguir miel para endulzar el café y la leche. Pensó en Isabel. Seguramente estaría con el inglesito. Reconocía que el muchacho era fuerte. Había mejorado mucho su salud en los últimos días. Pronto se marcharía, o quizá no. «¿Quién lo sabía?». De nuevo contempló la masía, las diferentes estancias, los potreros que se extendían hasta el risco que marcaba el inicio de la montaña con salientes agudos y filosos. Había sido feliz en aquel lugar y ahora todo se desmoronaba, su vida, sus hijos, la hacienda, el esfuerzo de una vida para conservar la prosperidad se convertía en nada.

¿De qué iban a vivir sin los animales, con las tierras embargadas por el gobierno y la amenaza constante de los soldados? Luego estaba Isabel y su enfermedad. ¿De dónde sacaba la idea de encontrarse con su hermano? Nadie podía entrar en el bosque sin un permiso especial de la Guardia Civil. ¿Cómo lo conseguirían? Además, en la montaña acechaban cientos de peligros y con el tiempo como estaba. Suspiró. Isabel hacía escalada desde los ocho años y conocía muy bien el bosque, tanto como Pablo. Y, sin embargo, tenía dudas. Dudas de perderla también a ella engullida por la montaña o por los hombres.

Por último, estaba el tema de escapar a Francia. ¿Cómo podrían hacerlo si no era a través de las montañas? Utilizando los caminos más intrincados para burlar la vigilancia de los soldados en las carreteras y los puestos de control. «Pablo, Pablo». La figura de su hijo a veces se le aparecía en sueños. «¿Por qué tuvo que empezar su propia guerra?». Ahora lo buscaban cinco mil hombres con solo una intención. Tragó en seco atormentada por la idea de la muerte. Al rato, alzó la cabeza resignada. Javier también hubiera preferido la muerte a una vida de humillación. Entonces se le ocurrió una gran idea.

Caminaba sin rumbo, entretenida con sus pensamientos. «No podía ser. La solución era muy sencilla. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Francisco, esa era la solución, Francisco». Isabel caminaba en dirección a ella. Se quedó mirándola un rato antes de interrumpirla. Hacía mucho tiempo no veía a su madre tan animada. Después de saludarla, preguntó cuándo acudiría la mujer de la limpieza. Isabel no sabía que su madre la había despedido la semana anterior al incendio, por consejo de Clara. «No es de fiar, habla demasiado y la han visto salir del cuartel en varias ocasiones. Acuérdate que su hijo está en el penal del Dueso desde el 38. Igual y tienes una víbora en tu casa». Esa fueron sus palabras y Theresa siguió el consejo. La madre reflexionó antes de contestar, con un entusiasmo que sorprendió a la muchacha.

—No debes preocuparte por eso, hija. Encontraremos la manera de resolver la situación.

—Mamá —Isabel tomó las manos de su madre—. ¿Qué te pasa? —La reacción de Theresa fue tan efusiva que Isabel miraba a su madre preocupada—. ¿Qué es eso tan bueno de lo que debemos enterarnos?

—A su debido tiempo lo sabrás. —No miraba a ningún sitio en concreto hasta que mencionó a Henry.

—¿No tendrá que ver con Henry? —La madre fue incapaz de reprimir la risa.

—Ya le gustaría a él. Henry no es el centro del universo. —Theresa dudaba entre decírselo o no. Su entusiasmo contagió a la hija y terminó por confesarle la verdad. Después de todo, qué

más daba. Con tono serio anunció que se marchaban. Isabel la miraba a los ojos sorprendida, porque una vez que empezó, la madre fue incapaz de detenerse.

—Nos vamos. Está decidido. Confío en que pedirás ayuda a tu hermano, ¿lo harás? —Isabel asentía emocionada—. Nos iremos a un país libre donde nadie pueda robarnos la tierra ni decirnos qué pensar. Nos vamos, hija, nos marchamos. —Isabel no cabía en sí de júbilo. Se abrazaron llevadas por la emoción.

—Pero, mamá. ¿Cómo?

—Te diré en la tarde. —El rostro de la joven se oscureció nuevamente.

—¿Vas a salir?

—No queda más remedio, hija.

A los treinta minutos Theresa salía de la masía dispuesta a encontrar una solución. De ninguna manera estuvo de acuerdo en que Isabel lavara la ropa o se encargara de las tareas rutinarias de limpieza.

—¿Te has vuelto loca?

—¿Y quién lavará?

—Pues yo.

—¿También la ropa de Henry? —La pregunta tomó a Theresa por sorpresa. No contaba con una cosa así. Se quedó pensativa unos instantes.

—Lo haremos entre las dos. No será difícil. Lo importante es que nos vamos, comprendes. Nos vamos. —Besó a su hija en la frente y se marchó. Henry se encontraba en el salón. En los últimos días recuperaba las fuerzas a diario. El tiempo que no dormía, aprovechaba para dar paseos por la casa siempre acompañado de Isabel, por eso la joven no se sorprendió al verlo tras despedir a su madre, en medio del salón, con la camisa abierta.

—No sabía que estabas despierto.

—Llevo un rato en la cama y vine a ver si te encontraba.

—¿Te has aburrido de leer?

—No. No es eso. Me aburría, quería verte.

—¿Cómo puedes aburrirte de una historia tan bonita?

—Me aburro cuando no estás conmigo. —Isabel intentó abrirse paso hacia la habitación y él la retuvo.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir negando lo que pasa entre nosotros? —La muchacha había perdido el habla al estar tan cerca de él. Sentía ganas de salir corriendo o de gritarle en la cara que no lo quería, pero por otra parte, cada vez con más frecuencia experimentaba una sensación extraña en el pecho, capaz de entrecortar su respiración. Aun así, juraba que no lo quería.

—Te equivocas, Henry. Solo soy una amiga.

—Una amiga que me salvó la vida.

—Cualquier otra persona hubiera hecho lo mismo en mi lugar. —La joven intentó escapar y él acentuó la presión.

—¿Qué quieres que haga?

—Henry, por favor. —En los ojos de la muchacha brillaba el fuego de la pasión. Él era capaz de verlo y sin embargo fracasaba en cada intento. Isabel acarició su rostro—. Esto no. —Henry la miraba inquieto. Se encogió de hombros.

—¿Qué es esto? —La joven suspiró.

—No destruyas lo que tenemos, es suficientemente bonito por sí solo. No necesitamos nada más. Ni complicaciones, ni amores. —Cambió el tema de conversación—. ¿Cómo te encuentras?

—¿No me ves?, cada día mejor. —Isabel asintió con lentitud, una nota de preocupación nubló su rostro.

—Pronto te irás. —Henry se adelantó un paso. Estaba tan cerca de ella que podía sentir el sonido de su respiración entrecortada.

—¿Es eso lo que te preocupa? Puedo quedarme. —Isabel sonrió con amargura, evitaba mirar el rostro de Henry.

—Tendremos que lavar tu ropa —dijo con la mirada perdida en dirección a la ventana, aunque sus pensamientos se encontraban recogidos en el interior de su alma. Henry, con delicadeza, consiguió que girara el mentón hasta que los rostros quedaron muy cerca, uno frente a otro.

Si Henry pensaba que era hermosa, al verla tan cerca con los ojos iluminados, sintió que su vida completa no hubiera valido la pena de no haberla conocido cinco días atrás, en medio del dolor y la tristeza aquella muchacha se había convertido en una estela luminosa. Por primera vez tuvo miedo y dolor, mezclado con alegría, como si hubiera sido testigo de una aparición milagrosa. —Theresa se apartó con cuidado para no herirlo en los sentimientos y él no comprendía, hasta que la vio saludar a su hermano.

Antonio se encontraba en la puerta, petrificado. Saludó con desgana y emprendió el camino a su habitación. Isabel fue detrás de él. Consiguió detenerlo a mitad del pasillo.

—Antonio, por favor. —El muchacho se dio la vuelta.

—¿Qué quieres?

—Por favor, Antonio. No es lo que parece. No cuentes una palabra de esto a nadie. Bastante complicada es nuestra vida. —Antonio no sabía qué pensar. Las experiencias vividas a su corta edad lo hacían desconfiar. Eso y el cariño que sentía por su hermana convertían la escena presenciada en inadmisibile.

—Sabes que no te ama. Hay miles como él que se te han acercado y los has rechazado. ¿Por qué este sí? —Isabel se apoyaba en los brazos de su hermano.

—Antonio, no ha pasado nada.

—Hermanita, es un cretino. A la primera de cambio se largará y no volveremos a verlo. Hasta ahora no me he metido en tus líos, pero no te apoyaré en esto.

—Lo sé y te agradezco. No pasará nada. Te lo prometo.

—¿Segura?

—Que sí. No soy tonta —dijo después de dar un beso a su hermano en la frente.

Por la tarde, Isabel leyó un fragmento de El pequeño príncipe. Henry escuchaba en silencio y adormecido. A cada rato, Isabel detenía la lectura y él abría de nuevo los ojos.

—No quiero separarme nunca de ti. —Ella contestaba con tranquilidad.

—¿Estás cansado? ¿Por qué no duermes? Necesitas recuperarte, Henry. —El chico asentía con los ojos entrecerrados. Agarró la mano de ella y la puso sobre su pecho. Así se quedó dormido. A las tres y media de la tarde regresó la madre. Isabel fue enseguida a su encuentro.

—¿Traes noticias? —La madre abrazó a su hija.

—Ya está en marcha.

—¿Tan pronto?

—Ahora tenemos que esperar. ¿Tu hermano no ha llegado?

—Todavía es temprano. —Theresa miró a su hija.

—Solo fue a buscar un poco de miel a casa de los Buen día. De eso hace cinco horas.

—Puede que se haya desviado o quizá está hablando con sus amigos. Sabes que le gusta hablar.

—Precisamente eso es lo que no me gusta. —Pedro llegó quince minutos antes del toque de queda, a las cinco y cuarenta y cinco de la tarde. Trajo un tarro de miel y un trozo de pan escondido en la camisa. La primera reacción de la madre fue abrazarlo.

—¿Dónde te habías metido? No volverás a salir de aquí. —El muchacho no comprendía la reacción de la madre.

—La Guardia Civil no da tregua. Están parando a todos en el pueblo. Han reforzado a los guardias en el puente y en las salidas. Nadie puede entrar ni salir. —Isabel se dejó caer en una silla.

—Entonces estamos prisioneros. —La madre hizo que espabilara.

—De eso nada. Tú saldrás, Isabel, saldrás y nosotros detrás de ti. —Theresa se dirigió a su hijo.

—¿Te has enterado de lo que te dije?

—No, nadie sabe de la Fermina. El padre es el que está un poco ido. —Theresa arqueó las cejas.

—¿No estaba mezclado ese hombre con los comunistas?

—Supongo que sí. La verdad es que no lo sé, mamá. Lo que sí puedo contarte es que va todos los días a la plaza y los guardias no le dicen nada. Llega y se para frente a Andrés como si los guardias no existieran. Es un tío valiente. —Isabel se tapó la boca acongojada.

—Pobre Andrés —dijo la madre.

—Por lo menos toma agua dos veces al día gracias al padre de Fermina. —Isabel interrumpió la conversación.

—¿Y la gente? ¿Qué hace la gente? Andrés es un buen chico. —La joven hablaba con lágrimas en los ojos—. ¿Por qué nadie hace nada? —El silencio invadió la habitación. Theresa fue a consolar a su hija. Esa tarde y la mañana siguiente, los hermanos de Isabel y la madre fueron más amistosos con ella, pero al segundo día, mientras cenaban un trozo de pan con queso y patatas, Isabel comentó si Henry podía cenar en la mesa con ellos. La madre hizo como si no escuchara. Pedro contestó con su toque habitual de sarcasmo.

—¿Ya estáis casados? En esta mesa solo se sienta la familia o invitados distinguidos.

—Mira que eres desagradable, Pedro. —El hermano aprovechó para lucirse.

—No soy yo el que duerme con un espía en su habitación. —La madre tuvo que intervenir.

—¡Pedro, contrólate! ¿Qué es eso de espía? Por favor, cenemos en paz. —Isabel se levantó de la mesa y aunque su madre la llamó en varias ocasiones era tanta su rabia que se encerró en la habitación. Henry estaba leyendo un manuscrito. La muchacha se secó las lágrimas al entrar.

—Pensé que estabas dormido. —El piloto irguió la cabeza para verla mejor.

—Dormí un rato, pero luego me quedé pensando. —Alzó el brazo—, hay una parte en este manuscrito. Es muy bonita.

—Ah, sí, ¿y qué parte es? —La muchacha ocupó la silla al lado del enfermo dispuesto a escucharlo.

—Cuando el principito habla de la rosa. —Isabel escuchaba con atención—. Es curioso porque refleja muy bien el amor del principito por la rosa. A pesar de sus defectos la ama y este amor es tan puro y tan hermoso, que uno no puede hacer más que sentirse solo y confundido. Él la ama y está arrepentido de haberse marchado. Por eso se siente triste, pero lo trágico en realidad es que siga fascinado con ella después de descubrir sus mentiras. Es difícil seguir amando después de una traición, porque eso es lo que pasa cuando nos desengañamos, una profunda tristeza debido a la persona en la que confiamos. —Henry hizo silencio y durante unos segundos, ninguno de los dos dijo nada más. —Isabel decidió hablar, pero se detuvo un par

de veces para contener su turbación. Henry comprendió enseguida qué ocurría.

—Henry, y no has pensado que a lo mejor el principito no entendió a la rosa y piensa que le dijo una mentira. Quizá ella simplemente quiso decir que era capaz de entregar lo que era, su belleza y también sus defectos y quizá él no supo ver más allá de sus palabras y confundió la realidad con sus creencias y en vez de juzgar los actos evaluó las palabras. Para mí ella no mintió. Él simplemente creyó lo que quería creer. Para la rosa no existía ninguna otra en el mundo y eso es verdad, ella era única.

—Y aun así él se fue —musitó el piloto. Un nuevo silencio se instaló entre ellos. Al cabo de un rato, Henry preguntó si lo había escrito ella e Isabel contestó que no. Un amigo parisino de su madre remitía el mismo manuscrito cada cierto tiempo. Nunca estaba seguro de acabarlo.

—Es un buen libro —dijo él. Después de eso siguieron hablando, pero el ambiente ya no era igual. Alrededor de ellos flotaba una pesadez que apretaba la voz de Isabel. Quiso leer un fragmento de *El principito* y a mitad de la lectura lloraba. Henry no se había dado cuenta porque estaba inmerso en sus propias reflexiones hasta que se incorporó despacio. La abrazó con ternura, conmovido, sin saber muy bien qué hacer. El llanto de ella se hizo más intenso y triste y él supo que la quería de verdad.

Amaba a esa mujer, su fragancia, su pelo, el color de sus ojos, la manera de reír, el aliento cálido que emanaba de su boca y sin que lo tuviera calculado, la cabeza de ella se deslizó del hombro porque él buscaba sus labios mientras la besaba en la frente. Isabel se negaba hasta que él juró que la amaba. Entonces se quedó quieta, escuchando sus palabras, con el rostro cubierto de lágrimas.

—¿Qué quieres que haga? ¿Cómo quieres que te lo demuestre? Te amo, Isabel. —Ella no dijo nada. Se dejó caer en el pecho de Henry a llorar durante un rato hasta que se calmó. Él acariciaba su cabeza.

—Te encantará Bibury. Vendrás a vivir conmigo y serás feliz. —Así se quedó dormida. Sobre el pecho de él. Despertó muy temprano, Henry dormía a pierna suelta. Fue a la cocina a preparar el desayuno. Todavía no comprendía qué había pasado la noche anterior. Estaba emocionada. Si Henry en realidad la quería, ¿qué significaba? Estuvo reflexionando un buen rato sobre ello. Al rato, se le ocurrió darle una sorpresa. Lavaría sus pantalones de lana. Corrió a la habitación. Henry seguía durmiendo.

Encontró la ropa en una cesta. El pantalón, un pañuelo, la billetera con dinero y la foto de una joven. Se detuvo sobre la foto. La chica era joven y bonita. Posiblemente fuera la hermana. No tardaría en preguntarle. Entonces cayó un papel de la billetera. Fue a guardarlo y sintió curiosidad. El papel, desgastado por los años, tenía manchas de grasa en varias partes. Lo abrió sin pensar y de inmediato se arrepintió. El inicio le produjo un vahído, tuvo que salir al patio por las ganas de vomitar, la frase se repetía una y otra vez en su cabeza: "*Querido esposo, hoy hace un día espléndido en Londres y te extraño...*".

Esa mañana Isabel evitó entrar a la habitación. Henry no sabía qué hacer. En dos ocasiones Theresa tuvo que regañarlo para que regresara.

—No puedes salir de la habitación. —Henry asentía, agachaba la cabeza con la vena del cuello hinchada.

—Es que necesito ver a Isabel —decía en francés. Por toda respuesta, la madre ofrecía una justificación y él regresaba de nuevo al encierro, un hombre de veintiún años, un piloto de la fuerza aérea inglesa, atrapado en una pequeña ciudad en el corazón de la España más profunda. En la segunda ocasión fue más enfático.

—Necesito irme, mi país me necesita. —Era lo que Theresa había estado esperando durante

mucho tiempo.

—En la madrugada podrás irte. Mi hijo te acompañará. —El joven estuvo conforme.

—Y una cosa más, ¿dónde está mi arma?

—No la tenemos. —Se limitó a contestar Theresa. Era mentira. Había escondido el revólver en la habitación de Isabel, la misma noche que obligó a Pedro a entregar el arma. El piloto reprimió una mueca de desagrado, agachó la cabeza mientras se retiraba preocupado.

—Bien, muchas gracias, señora. —No se dijeron nada más. Theresa se encargó a partir de ese momento de atenderlo.

A las once de la mañana aparecieron los soldados con el subteniente Emilio. Theresa los recibió con un saludo seco.

—Hacía mucho que no venían por aquí. —El veneciano la saludó desde la distancia, venía acompañado de media docena de soldados. No prestó atención al tono irónico de Theresa.

—Yo también me alegro de verla. Traigo noticias. Nos llevamos la vaca, el ternero y los caballos. Aquí tiene la orden. —Theresa rechazó el documento.

—La vaca y el ternero lo entiendo, pero los caballos...

—En la orden lo dice, se requisan para perseguir y dar captura a los bandidos. —Fue demasiado. Terminó por enfrentarse al militar. A pesar de que no era una mujer especialmente alta, su figura imponía respeto.

—¿Qué vamos a comer yo y mi familia? —dijo con el ceño fruncido. El veneciano se mantenía impasible, calculando los movimientos de la mujer para evitar los arañazos en el rostro, en caso de que tuviera un arranque de cólera.

—Utilice los cupones de racionamiento. Le darán pan, aceite, lentejas.

—¿Y con eso alimentaré a mi familia? —Ahora el subteniente la miraba con perspicacia.

—Señora, yo solo cumplo órdenes. —Los soldados recogieron a los animales bajo la mirada atenta de Theresa. Pedro, Antonio e Isabel enseguida se unieron como espectadores. Isabel abrazaba a su madre. Theresa estaba a punto de estallar. Antes de marcharse, Emilio se despidió. Al hablar se dirigía a Theresa, pero en realidad lanzaba su mensaje a todos.

—Recuerde que el capitán Galán estará encantado de ayudarla en lo que necesite. A usted y a su hija. —Se despidió con un saludo y se marcharon.

—No nos van a dejar en paz, ¿verdad madre? —preguntó Isabel. Theresa no dijo nada. Se cambió de ropa, dio instrucciones a sus hijos sobre lo que debían hacer en caso de que no regresara esa tarde y se fue. Ninguno de los hijos pensaba dejar que se marchara, pero su criterio terminó por imponerse.

—Tengo que hacerlo. No podemos morirnos de hambre.

—Pero, mamá...

—Isabel —interrumpió la madre—. El revólver de Henry está escondido en tu habitación.

—Lo sé —La madre suspiró—. A veces la única opción que tenemos es obedecer a nuestro destino. No importa si nos trae la vida o la muerte, lo importante es seguir.

Por más vueltas que le daba en su cabeza, Isabel era incapaz de comprender por qué su madre esa tarde se había empeñado en visitar al capitán Galán.

La plaza de la virgen y los hijos del demonio

El capitán Galán hablaba con el intendente cuando se presentó el coronel Arteaga. El intendente se retiró inmediatamente.

—Coronel —Galán le extendió la mano después del saludo militar. Arteaga era un hombre parco en palabras y astuto. No estaba contento con el cariz que estaba tomando la situación—. Me imagino que vendrá a por noticias —preguntó Galán. El coronel se quitó la gorra después de sentarse y la puso sobre el despacho.

—Me he enterado de algunas que son, francamente, desconcertantes—. He recibido quejas de los curas, los soldados, los oficiales y del pueblo. ¿Por cuál empiezo? —Galán sonrió.

—Por lo más importante. —El coronel levantó la voz con energía y descargó un puñetazo sobre la mesa.

—¡No quiero un puto muerto más en el puente! —Galán fue a interrumpir alarmado y el otro no lo dejó—. ¡Cállese y escuche! Le di vía libre para destruir a la banda de Pablo y ¡usted!, ¿qué hace?, ¿instaurar el toque de queda?, ¿aterrorizar a la población destripando a los comunistas? Si quiere matar comunistas que se mueran trabajando, construyendo, haciendo algo útil. Luego, tiene a un hombre en la plaza, padeciendo frente a la iglesia del buen Amor. ¿Acaso se ha vuelto loco? —Galán había optado por callarse. Esperó a que el coronel se desahogara y entonces la noticia dejó al otro sin palabras.

—¿Cómo ha dicho?

—Que tenemos a un piloto de la RAF. —Galán parecía muy cómodo—. Coronel, en algún momento Pablo vendrá a por él. La casa de su madre está vigilada veinticuatro horas y no tienen comida. Pablo bajará de un momento a otro. Eso o su familia se morirá de hambre. Además, la madre lleva esperando fuera dos horas. ¿Por qué cree que está aquí? —Acompañó las palabras con un gesto de seguridad, enarcando las cejas. El coronel reflexionaba. La actitud de Galán era la viva estampa de la serenidad. El capitán seguía hablando—. En mi opinión, el único problema es el capitán Miguel. —Arteaga corrigió al subordinado.

—Teniente, ahora es teniente. —Galán hizo una señal de indiferencia.

—¿Qué más da? Lo único que hace es interferir de mala manera. Utiliza recursos de forma ineficiente y nosotros ya tenemos nuestra estrategia. Pienso que es un peligro para la operación. —El coronel se puso en pie nervioso.

—El chico viene muy bien recomendado de Madrid. Su familia tiene relaciones así que no intente nada contra él.

—¿Y si Madrid lo pone al frente de la operación? —Arteaga se inclinó hacia adelante, con los brazos apoyados sobre el despacho.

—Entonces los resultados serán responsabilidad de Madrid. Deje al teniente Miguel en paz. Lo han mandado expresamente para pacificar la región y encontrar al asesino. Olvídese de él. Haga su trabajo y será recompensado. ¡Ah!, —se detuvo en la puerta—, que no se vuelva a dar el numerito de la crucifixión. Ni aquí ni en ningún otro sitio, ¿entendido? —Galán apuró el trago amargo.

—Sí, coronel.

—Putos fanáticos de mierda —soltó el coronel antes del portazo. Galán valoraba la situación. El intendente esperó unos instantes antes de entrar, pretendía continuar la conversión. Recibió el gesto frío de su jefe. Galán no se encontraba de humor.

—Ahora no, tengo trabajo. —El oficial se cuadró e hizo el saludo militar antes de abandonar la habitación. Galán llamó a su asistente. Un teniente de carrera que solía ser muy eficaz, de apellido Montalvo.

—¿Cómo está? —preguntó Galán. Montalvo era alto, de cintura ancha y con grandes mofletes.

—Impaciente. —Galán sonrió.

—¿Está todo listo? —Montalvo asintió.

—En ese caso no la hagamos esperar. ¿No crees?

Theresa esperaba en unas dependencias aledañas a la Guardia Civil donde se torturaba a los prisioneros. Era un edificio de dos plantas, apartado del resto. De vez en cuando escuchaba lamentos desgarradores que se entremezclaban con los gritos esporádicos de los condenados en aislamiento, a punto de perder la cordura, desquiciados por la soledad.

Durante dos horas y quince minutos estuvo en el patio interior. Luego, el teniente Montalvo la condujo al despacho de Galán. Un edificio impecable, recién pintado y con calefacción central. En el patio del cuartel se ejercitaban los soldados con los fusiles. El teniente la invitó a pasar.

Dentro, un hombre escribía sobre un despacho. Levantó la cabeza unos instantes y sonrió.

—Siéntese —dijo con voz afable—. ¿En qué puedo ayudarla? —Theresa se había imaginado al capitán Galán de una manera diferente. Parecía un hombre limpio y bien educado. Por su apariencia debía rondar los treinta y seis años, con el pelo corto y los rasgos afilados. Explicó brevemente quién era y qué necesitaba. Galán escuchaba atento. De pronto interrumpió.

—Tengo entendido que es francesa. —La mujer asintió—. ¿Extraña su país? —Theresa no sabía qué contestar, por suerte el otro no se detuvo—. Tenemos la obligación de proteger a los civiles de bien, señora Theresa. A la gente valiosa, que aporta riqueza. —Seleccionaba cada palabra para no equivocarse—. Según me han dicho, su marido era comunista. —La mujer protestó.

—Javier no era comunista. —Galán se inclinó ligeramente hacia adelante con el ceño fruncido.

—¿Pero tenía amigos?

—¿Y eso es un delito? —Este era el momento que Galán estaba esperando.

—¿Dónde está Pablo? —Theresa se puso pálida y desvió la mirada unos instantes, como si hubiera visto el peligro en las palabras del capitán.

—No lo sé. —Galán sonrió. Miraba a la mujer con una mezcla de satisfacción y curiosidad. Se reclinó en el asiento satisfecho.

—¿En serio? —Los primeros instantes fueron de claro desconcierto, hasta que la mujer recuperó el aplomo.

—Desde hace dos años no sabemos nada de él. Igual se ha ido a Francia. —Galán entrelazó los dedos mientras desviaba la mirada unos instantes hacia la ventana. Fue apenas un segundo antes de reiniciar el ataque.

—¿Y su hija? —La mujer tragó en seco.

—En casa, enferma. —Galán la observaba muy serio, con la frente surcada de arrugas.

—Seré muy franco, Theresa. Usted tiene que decidir entre perder un hijo o los cuatro. —Theresa tenía la boca reseca.

—Vine por eso —musitó sin apenas voz.

—¿A qué vino?

—A cambiarme por mi hija. —Galán se levantó del escritorio, dio un breve rodeo y colocó las manos sobre los hombros de la mujer. Theresa temblaba. Mantuvo la cabeza erguida, tiesa y sin cambiar la postura, como si el capitán no se hubiera puesto detrás de ella.

—¿Y pensó que con un poco de sexo se solucionaría, ¿Verdad? —El capitán acariciaba los hombros de la mujer, luego bajó la mano hasta tocar un pecho—. ¿Esto es lo que viniste a

buscar? —Ella guardaba silencio—. Verás, Theresa —retiró la mano del pecho—. Te diré las cosas tal y como las veo. Viniste porque eres una puta. Deberías estar con tu sirviente, en la casa de las putas, pero no puedo enviarte ahí ahora mismo. No ahora, no hoy. Pero llegará ese momento, en la vida todo llega. Y, para ser sincero, no me gusta la carne de gallina vieja, pero, igual tu hija, sí. ¿Quién sabe?

Theresa se levantó de un tirón.

—¿Dónde crees que vas? —Miró al capitán con frialdad.

—A mi casa. —Galán tuvo que reprimir las ganas de reír.

—Eso es lo que tú te crees, pichona. —Theresa no se dejaba intimidar.

—Soy una ciudadana francesa, ¿por qué se me retiene en contra de mi voluntad? ¿Qué delito he cometido? —Galán se inclinó ligeramente hacia adelante para intimidarla. Sin lugar a duda, la belleza de esta mujer, a pesar de sus años, superaba con creces a los comentarios. El capitán se guardó las palabras de mayor efecto para el final. Hablaba sin levantar la voz.

—Está detenida bajo el delito que se le ocurra a mis santos cojones. Se quedó mirándola—. ¿Así está mejor? —Galán abrió la puerta. Dos soldados de uniforme se llevaron a Theresa. La mujer guardaba silencio. Solo pensaba en la suerte de sus hijos. Se detuvo un momento en medio del pasillo. Hablaba sin prisa, con la mirada perdida.

—A Pablo no le gustará, capitán. Es un niño con un corazón de oro, pero también es capaz de cometer una locura. —Galán observaba desde la puerta del despacho. Sonrió con una mueca de burla.

—A nosotros nos encantan las locuras.

El teniente Montalvo apareció en el despacho. —Galán reflexionaba sobre sus próximos pasos. Hizo que pasara con un ademán.

—Te estaba esperando. Necesito que busques a Francisco —dijo de espaldas a Montalvo. Observaba a través de la ventana el trasiego del patio interior, las últimas luces del anochecer en la lejanía.

—¿Cuál Francisco? —Galán miró malhumorado a Montalvo, como si el otro se empeñara en hacerle perder el tiempo. Respondió con tono cansado.

—El intendente, Montalvo, el intendente que lleva dos años dando vueltas a la pichoncita, el que quería trincarse a la Theresa, ¡joder! —Montalvo se cuadró en posición de firme.

—A la orden, capitán. —El oficial pensaba marcharse, pero se detuvo ante el gesto de Galán.

—¿Se sabe algo de Andrés?

—Sigue sin hablar, capitán.

—¿Qué días lleva en la plaza?

—Hoy se cumplen cuatro.

—¿Y no ha hablado?

—Ni siquiera para quejarse.

—¿El viejo sigue trayendo agua?

—Por la mañana y por la tarde. —Galán trataba de guardar la compostura para no mostrar su desacuerdo. «En realidad, todo era culpa de Miguel, todo». Apretó los labios disgustado. No estaba dispuesto a soportar humillaciones—. Escucha, —su gesto fue categórico—, suspendan la entrega de agua. En cuanto aparezca el loco enciérrelo. —El rostro del oficial Montalvo demudado, se convirtió en una expresión de miedo y duda. Procedía con cautela.

—Verá, capitán. Es cosa de Miguel. En otras circunstancias igual, pero ahora.

—Lo dices porque ahora es teniente. —Montalvo no dijo nada. —Galán fue a sentarse con cara de mal genio.

—Invéntense algo. Cualquier cosa. Ya hablaré con Miguel. —Montalvo se retiró con un saludo marcial.

A eso de las cinco, Francisco llegó a la masía y entregó el papel a Pedro. Pronto caería la noche. El frío descendía de la montaña en forma de niebla. Pedro llamó a los otros hermanos. Isabel se puso a leer el documento. Levantó los ojos casi enseguida, hablaba sin prisa.

—Es una autorización para buscar setas en el bosque. —Francisco asintió levemente.

—También están autorizados a cazar, —añadió el interventor—. Ayer tu madre me pidió que consiguiera este permiso para aliviar vuestra situación. Sabe que estoy bien relacionado, en fin. Te recomiendo que vayas con tu hermano. Las cosas, tal y como están. Hay demasiados soldados, demasiados hombres, en fin. Ve con tu hermano. —Se refería a Pedro. Isabel dudaba.

—Pero ¿y mi madre? —Francisco carraspeó antes de responder.

—Verán, es un asunto complicado. —Los tres escuchaban atentos.

—Están haciendo unas verificaciones. Es rutinario. —Pedro no daba crédito. No quiso seguir escuchando.

—¿Está detenida? —El interventor no sabía dónde meter la cabeza. Miraba a cada uno de los jóvenes en busca de comprensión. Finalmente, encontró el aplomo necesario para restar peso al asunto. Aunque, las cosas no quedaron ahí. Sudaba a pesar del frío.

—Será poco tiempo, chicos. A lo sumo, uno o dos días. —Francisco se puso más nervioso cuando los muchachos empezaron a hablar entre ellos y se le escaparon dos frases que pusieron de manifiesto su incapacidad para manejar la situación.

—A ver, no hay que precipitarse. De verdad os lo digo.

—Vamos a buscarla, tendrán que dejarnos verla —insistía Pedro.

—¿Y si es como dice Francisco? —Antonio se había unido al debate con una determinación inusual en él.

—A saber, lo que dice el mierda este. Mamá no puede estar en la cárcel ni un día. —Todos miraron a Pedro. El interventor se molestó por el insulto.

—Más respeto, joven —se arregló las gafas—. Aunque no lo sepan, perfectamente podría haber sido vuestro padre. —Aquellas palabras tuvieron el mismo efecto que una sentencia de muerte. Pedro removi6 a Francisco, cogido por las solapas, como si fuera un muñeco de paja. A punto estuvo de arrojarlo al suelo, prácticamente sin esfuerzo. Si no lo hizo fue por el grito de Isabel.

—¡Pedro! ¡Deja en paz a Francisco! —Francisco se había quedado lívido. El muchacho dejó de zarandear a su víctima como un monigote. El hombre estaba mareado. Caminó en dirección a la salida, con el rostro rojo y expresión de desconcierto. Al llegar a la puerta se atrevió a hablar.

—¡Ahí os quedáis, malagradecidos! ¡Sois los hijos del demonio, los hijos del demonio! —Pedro hizo ademán de buscar una piedra y el hombre desapareció a toda prisa detrás del portón.

—¿Qué os parece? —preguntó Isabel. Antonio vacilaba. Pedro lanzó una patada a una piedra. Salió despedida por el aire. Luego se dio la vuelta para mirar a sus hermanos.

—No queda más remedio que rescatarla. —El rostro de Antonio se descompuso.

—¿Te has vuelto loco? ¿Sabes cuántos hombres son? —Isabel, contrario al sentido común, apoyó a su hermano. Antonio no sabía qué pensar. Sus hermanos habían perdido el juicio.

—Pedro tiene razón. No podemos abandonar a mamá ahora.

—Por supuesto que tengo razón. Tenemos que atacar el cuartel de la guardia civil y dejar bien claro que los Arznaga no son unos mequetrefes. Hay que pedir ayuda a Pablo y buscar gente, armas.

Antonio seguía pensando en qué mundo podían atacar un cuartel con más de cinco mil soldados regulares y obtener la victoria. Una cosa era ser optimista, pero claramente la deriva de

sus hermanos condenaba su intención al más rotundo fracaso.

—A ver, chicos. No es momento para bromas. —Isabel reflexionaba, con la mirada perdida. —Antonio y Pedro estaban a punto de enfrascarse en una discusión cuando los interrumpió su hermana.

—Atacaremos el cuartel, pero no como se imaginan. —Los dos se quedaron sin palabras, hasta que Antonio reaccionó.

—¿Qué quieres decir? —El comentario de Pedro fue más ácido.

—Sí, hermanita sabelotodo, ¿tu piloto nos hará el trabajo? —La muchacha no se inmutó. Miraba hacia la montaña. No había en ella nada que denotara miedo o angustia sino una profunda serenidad.

—¡Seguidme! Tenemos que darnos prisa. —Al contarles el plan ninguno de los dos estuvo de acuerdo. Aun así, impuso su criterio. Pedro se desentendió del tema. Antonio la miraba suplicante.

—¿De verdad piensas ir? —Por toda respuesta obtuvo dos besos, uno en cada mejilla y la promesa de sacar al piloto de la casa. Antonio no sabía qué decir.

—Tendrá que ser esta noche. Preferiría que fuera Pedro, pero con las cosas como están, es mejor que seas tú. Al anochecer guíalo hasta el sendero de las montañas rocosas. —El hermano abrió mucho los ojos.

—De verdad, te has vuelto loca, completamente loca. —Isabel no atendía a razones. Pedro se había marchado a otra parte a cavilar. Daba patadas a las piedras y rompía cuanta cosa que se pusiera por delante con ademanes furiosos e imprecaciones.

—¿Crees que puedas escalar el farallón? —Antonio trataba de entender a su hermana. «¿Qué escondía?». El piloto difícilmente sería capaz de escalar el farallón de veinte metros que daba inicio a la montaña. Además, subir por el fondo de la masía significaba hundirse en un sinnúmero de acantilados y precipicios sin salida, extremadamente difíciles de vencer. Por lo menos tardarían dos días en superar los primeros anillos hasta que el camino fuera menos inhóspito. Isabel hablaba sin parar. No se habían percatado de que Henry, a escondidas, trataba de averiguar qué pensaban hacer con él. Su presencia dejó a Isabel sin palabras. Tanto ella como su hermano quedaron petrificados. Isabel fue la primera en abalanzarse sobre el piloto para empujarlo al interior de la vivienda.

—¿Qué haces? ¿Quieres que nos fusilen a todos? —Henry entró al salón. Fuera anochecía—. No se te ocurra salir de la casa nunca más. —Isabel estaba muy enfadada. Henry tampoco escondía su malestar. En un principio, hizo silencio porque no entendía qué pasaba e hizo acopio de paciencia para no excederse en la respuesta. Aunque, toda precaución fue en balde. En vez de hablar con voz tranquila y sosegada, estalló de pronto.

—¿Por qué no puedo salir? ¿Estoy prisionero? ¿Piensas entregarme? —Isabel dio un paso atrás dolida. Levantó la cabeza para mirarlo a los ojos y respondió con firmeza.

—Eres un estúpido. —Esas fueron sus palabras antes de marcharse apresurada. Corrió a la habitación a ponerse un abrigo. Luego tuvo un momento de reflexión en la puerta, antes de salir. Regresó sobre sus pasos para elegir una de sus carteras más bonitas. Mientras tanto, Antonio disuadió a Henry de seguir a su hermana. Hablaba en francés con el piloto. No costó mucho convencerlo de que la prioridad era sacarlo de allí cuanto antes.

Isabel atravesó la pequeña ciudad en menos de veinte minutos, con un abrigo largo de color marrón oscuro y corte sencillo. Del hombro, colgaba una cartera de cuero pequeña y discreta. En la plaza de la Iglesia del Buen Amor se congregaba la gente. Los guardias impedían el paso. Habló con uno de ellos y la dejaron pasar. Andrés seguía atado en el poste, con la cabeza

hundida entre los hombros. Suspiró. A poca distancia, varios soldados trataban de contener a una persona cuya intención era llegar hasta Andrés. Apenas tuvo tiempo de mirar, entre los gritos de los soldados y el nerviosismo pasó de largo, tan rápido como se lo permitieron sus pies.

El capitán Galán regresaba del baño cuando le avisaron de la visita. Tras reflexionar unos instantes sonrió. El soldado continuaba a la espera de órdenes.

—Hágala pasar. —Se asomó a la ventana. La noche caía silenciosa sobre la ciudad. Tocaron a la puerta y entró Isabel. Galán se dio la vuelta con una sonrisa.

—Isabel, vaya sorpresa. —La joven contestó al saludo con discreción—. Por favor, siéntate. La muchacha temblaba. Intentó serenarse. Sin embargo, los nervios la traicionaban constantemente, hablaba demasiado aprisa.

—No me iré de aquí sin mi madre. —Galán hizo una mueca de sorpresa y se puso serio.

—Eso será muy difícil. Hay protocolos, órdenes. ¿Me entiendes? —Se levantó de la silla, daba pasos lentos por el despacho—. En realidad, lo que debes preguntarte es hasta dónde estás dispuesta a llegar para salvar a tu madre. —El capitán se acercó a la joven. Olía su cabeza, la piel del cuello. Cuando se arrodilló ante ella para desabotonar la blusa, se encontró con el cañón de una pistola apoyado en su barbilla y el fuego de la determinación en los ojos de ella, con el gesto firme.

—Haga que llamen a mi madre. Nos iremos de aquí los tres. Un paso en falso y disparo. —A pesar de sus palabras, las manos de la joven temblaban. Galán, congelado en la postura, valoraba el peligro.

—Te gusta jugar al duro.

—Que traigan a mi madre. —Isabel presionó el cañón sobre la barbilla. Galán se incorporó despacio, con las manos en alto. Ella mantenía la presión del arma. Galán sudaba, con expresión muy seria.

—Los gatillos de las armas son traicioneros. Al menor descuido se puede disparar. —Tocaron a la puerta. Isabel se distrajo un segundo que Galán aprovechó para introducir el dedo detrás del gatillo, justo a tiempo para evitar el disparo. Un segundo después, Galán sonreía con el revólver en la mano. Tocaron otra vez a la puerta. Isabel se abalanzó sobre él rabiosa. —La redujo en pocos segundos.

—Tranquila, gatita. Ya tendremos tiempo de jugar. Tú, tu mamá. Igual hasta los tres juntos, ¿quién sabe? —Los golpes se sucedían en la puerta—. ¿Qué pasa? —Alzó la voz Galán. El oficial Montalvo abrió.

—Capitán, tenemos una situación en el patio. —El gesto de Galán se iluminó.

—¿Ya se ablandó el ratoncito?

—Me temo que es urgente. Verá, señor. Es en la plaza de la Virgen. —Galán se acomodó el flequillo.

—Montalvo, ¿por qué tengo la sensación de que no me estás informando correctamente? —El oficial dudaba.

—Capitán, tiene que venir ya mismo. Es urgente. Del cuartel empezaron a salir soldados. Galán escuchaba el movimiento y salió apresurado, los hombres al verlo se apartaban para darle espacio.

El loco del agua

En el patio del cuartel cundía el desorden. Galán ordenó a sus hombres que se organizaran para el combate. Alguien había activado la sirena de alarma así que los soldados salían de los barracones a toda prisa. Los primeros disparos ya se escuchaban en la distancia. Montalvo conducía a Galán a la Plaza del Buen Amor, cuando llegaron, había empezado el fuego en una de las torres de la iglesia de la Asunción, en lo alto de la ciudad.

En el campanario en reconstrucción de la iglesia del Buen Amor, justo en la plaza que se encontraban, colgaron una enorme tela en la que podía leerse: "Arderéis como en el 36". Las farolas de la plaza iluminaban el desconcierto general. El viento vapuleaba la tela a uno y otro lado. Los soldados disparaban contra ella como si fuera un enemigo. Galán tuvo que intervenir.

—Dejad de disparar, dejad de disparar. —Montalvo señaló hacia el hombre que se encontraba frente a Andrés, a menos de veinte pasos. Varios soldados rodeaban al individuo. Miguel, por lo visto, impedía que los soldados sometieran al hombre problema. Su estrategia consistía en estrechar el círculo compuesto por una decena soldados.

—No os acerquéis demasiado. Dejad que hable. Pronto se cansará. Que nadie dispare —gritaba a voz en cuello. El rostro de Galán se convirtió en una mueca desagradable. «Otra vez Miguel» Al pasar junto al recién estrenado comandante se detuvo. Miguel no se percató de su presencia hasta que el capitán Galán ordenó a los soldados que se retiraran.

—¡Atrás, atrás! —Las miradas se encontraron. Galán desafiaba al otro, con la mano puesta sobre la empuñadora del revólver. Las facciones de Miguel se endurecieron. El intercambio de los oficiales apenas duró unos instantes. Un segundo después, Galán se abrió paso con determinación hacia el hombre problema que pedía a gritos su presencia.

—¡Que venga el capitán Galán! —Sus palabras se escuchaban con claridad. Finalmente consiguió hacerse una idea de la situación. Se trataba de un loco, el loco del agua. Víctor sostenía un mechero en la mano. «¿Por qué nadie se lo quitaba?» Montalvo le susurró que tuviera cuidado. El loco se había rociado con un bidón de gasolina. Comenzó a dar pasos en dirección a Galán. —Los ojos de Víctor brillaban.

—¡Capitán!, ¡Nerón quemó a Roma para purificarla! ¡Yo soy Roma y tú eres Nerón! —Dicho esto, se prendió fuego y corrió a abrazar a Galán. Varios tiros lo detuvieron. El último en la cabeza. El cuerpo de Víctor yacía en el suelo, pasto de las llamas. Las campanas de las iglesias tocaban a rebato y entonces, las torres de otras dos iglesias se incendiaron después de sendas explosiones. Galán se encargaba de organizar la defensa a gritos. Temían que de un momento a otro Pablo y sus hombres intentaran tomar la ciudad, pero después de los primeros minutos en los que reinó el desorden, comprendieron que no. Tan solo se trataba de una estratagema más de Víctor para mostrar su poder y humillarlos.

Las torres de las cuatro iglesias principales de la ciudad ardían, cada una en un extremo de la ciudad. El rostro de Galán se había convertido en una máscara fría. Pensaba en la venganza. Se acordó entonces de Isabel y al darse la vuelta se encontró con Montalvo.

—Capitán, tiene que ver esto. —Galán lo acompañó hasta llegar frente a Víctor. Un grupo de soldados se encargaba de bajar la tela colgada en el campanario. El cadáver de Víctor continuaba envuelto en las llamas. El olor a carne quemada se mezclaba con el viento. Muchos hombres preferían anudarse un pañuelo para cubrirse la nariz. Montalvo señaló en dirección a Andrés. No estaba. Galán reaccionó mal. Por suerte, Montalvo se encargó de tranquilizarlo.

—No se ha escapado. Ordené que lo llevaran a comisaría. Ahí estará seguro. —Galán seguía enfurecido.

—¿Y se puede saber por qué? —Montalvo agregó discreto.

—Por seguridad capitán, y porque decidió colaborar. —El gesto de acritud de Galán se convirtió en una sonrisa. Dio una palmada en la espalda de su ayudante y se quedó observando las llamas que devoraban las torres. Iba a ser una noche larga, larga y provechosa.

La casa del enemigo

Mientras observaba las llamas Galán pensó una vez más en Isabel. «¿Dónde estaba? Quería encontrarse con ella cuanto antes. Pablo no sabía a quién se enfrentaba». Abandonó la plaza con pasos apresurados. Montalvo hacía esfuerzos por no quedarse rezagado. Se encargó de que dos o tres soldados escogidos al azar protegieran al capitán. Galán no reparaba en ellos.

Otra explosión se dejó escuchar. A lo lejos, ardía el campanario de la iglesia benedictina de la Santa Cruz. Galán se quedó mudo, observaba la voracidad del fuego engullendo las piedras del muro. Un murmullo de exclamación generalizado anunció la caída de buena parte de la torre. Galán acariciaba la funda de su pistola.

—Montalvo —dijo sin más—. ¿Cuántas van con esta? —Montalvo guardaba las formas.

—Cinco, mi capitán, van cinco. —En silencio, Galán reanudó la marcha en dirección al cuartel. Entraron precipitadamente a las dependencias. Cundía el desorden. Galán abrió la puerta del despacho. Nada, no había nadie. Uno o dos guardias de relevo aparecieron en ese momento.

—¿Dónde está la chica? —Los guardias no sabían qué responder.

—Acabamos de incorporarnos a nuestro turno de guardia —contestó uno de ellos. Galán no cabía en sí.

—La Theresa, ¿dónde está la Theresa? —rugió. Los hombres bajaron precipitadamente a las galeras. En el pasillo a la izquierda se encontraba la mujer, sentada sobre la litera de metal, reflexiva. Alzó la cabeza cuando aparecieron los soldados. Galán preguntó por los guardias nervioso.

—¿Por qué no hay carcelero? ¡La madre que me parió! ¡Montalvo, Montalvo! Pero ¡qué cojones pasa hoy! —Montalvo se apresuró a azuzar a sus hombres. Un par de ellos pasaron como bólidos junto a Galán.

—¡Revisen las celdas, Isabel tiene que estar en una de ellas! Y tú, —se dirigía a Montalvo—. ¿A quién le entregaste la muchacha? —Montalvo guardaba silencio, con el rostro impasible.

—A nadie, capitán. Fui a alertarlo de la situación. —El asistente de Galán mantenía la calma sin mirar al rostro de su jefe más de lo recomendable. La ira del capitán recayó sobre los soldados. Amenazaba con levantarles un consejo de guerra. En medio de la reprimenda, Theresa interrumpió a Galán. Todos se dieron la vuelta de inmediato. El rostro de la mujer continuaba impasible, en medio del frío y la soledad de aquella celda, sus palabras latían como si estuvieran vivas.

—Se lo advertí y no me hizo caso. Mi hijo es un hombre de buen corazón, pero es capaz de cometer una locura. Sobre todo si se trata de su familia. —Galán rabioso se adelantó para darle su merecido. Montalvo y los soldados intervinieron. No fue suficiente porque consiguió desenfundar el arma y apuntar a la prisionera. El rostro de la mujer había adquirido un matiz céreo. En vez de miedo, sus facciones reflejaban la tranquilidad de una persona que ha perdido la cordura. Montalvo se acercó con cautela a Galán.

—Es una prisionera, capitán. Está bajo nuestra custodia. Además —se inclinó ligeramente hacia adelante para que nadie lo escuchara—, perderemos todo el trabajo hecho. Galán seguía apuntando a Theresa hasta que disparó a un lado. La bala se incrustó en la pared, detrás de la mujer. El estruendo atrajo la atención de varios soldados que descendieron por las escaleras precipitadamente. Montalvo se encargó de tranquilizarlos. Theresa temblaba. Se había sobresaltado al escuchar el disparo, y aunque conservaba el aplomo, la suavidad del rostro, esa

dulce tranquilidad que antes la embargaba estaba cubierta por una capa de odio visceral. Galán sonrió al constatar el miedo de la mujer.

—La próxima vez no será a la pared, pichona —dijo antes de enfundar el arma y subir las escaleras. Entonces se detuvo y regresó sobre sus pasos. Theresa temblaba de miedo—. ¿Sabes lo que es esto? —Sacó una cadena de oro con una medalla que representaba el sagrado corazón. —Theresa contuvo un grito dolor.

—Veo que lo has reconocido, pichona. Tardamos lo nuestro, pero al final lo conseguimos. Javier también lloró el día de su muerte y mucho, pichona, mucho. Pablo también llorara, no lo dudes. Es cuestión de tiempo —dijo antes de marcharse. Las palabras de Theresa hicieron que se detuviera en mitad de la escalera.

—Lo tuyo es una enfermedad. Piensas que el mundo está hecho a tu medida y que puedes tomar lo que te plazca sin consecuencias. Lo creas o no todo acto tiene consecuencias. —Galán ordenó a los soldados que azotaran a la prisionera y salió a toda prisa del cuartel. Arriba, se enteró de que un grupo de maquis trataba de tomar la ciudad. Estaba furioso. Daba órdenes a gritos.

—Registren la casa de los Arznaga. Quiero a Isabel en el cuartel esta misma noche. —Montalvo se encargaba de organizar a los hombres. El patio ahora estaba rebosante de soldados. Formaban en filas regulares y emprendían la marcha hacia los puntos en los que se combatía, en camiones que a veces era necesario empujar para que arrancaran.

Galán se detuvo un momento a respirar el aire con olor a pólvora. El patio del cuartel bullía de actividad. De algún sitio no muy lejano, llegaban los gritos y las imprecaciones de los hombres y mujeres atrapados en la contienda y sonrió. Era cuanto necesitaba para subir a un jeep seguido de su escolta. Ordenó que fueran al punto de mayor resistencia. De vez en cuando el nombre de Pablo acudía a su cabeza, pero sobre todo pensaba en Isabel, la pequeña Isabel tan hermosa, tan frágil.

Hubiera dado un dedo de su mano por tenerla bajo custodia esa noche. Y Pablo... «Querido Pablo, divino Pablo. Por fin has bajado a la tierra. Veremos qué tan bueno eres en mi ciudad». El jeep se perdió en dirección a la parte alta de la ciudad, donde se libraban los combates más encarnizados con los guerrilleros. «No les había bastado con la refriega de hace unos días. Querían más, siempre querían más y eso era bueno, él también».

Cruzaron a toda prisa la Plaza de la Virgen del Buen Amor. Los restos de Víctor yacían en el suelo cubiertos por una chaqueta. Alrededor de la torre se mantenía una actividad frenética. Soldados, sacerdotes y gente del pueblo trataba de sofocar el incendio. Miguel, después de taponar los restos humeantes de Víctor se encargó de ayudar en el rescate de obras de arte de la catedral. Treinta minutos más tarde y con el fuego controlado, reflexionaba sobre lo ocurrido. «¿Cómo era posible que los guerrilleros tuvieran tanto poder?».

Jamás se había encontrado con una guerrilla tan organizada capaz de sembrar el pánico en la ciudad prácticamente a conveniencia. Incluso, después de reforzar la ciudad con 2500 hombres traídos expresamente desde Madrid para acabar con los bandidos. «¿Cómo era posible?». Mientras reflexionaba, encaminó sus pasos en dirección al cuartel para unirse a las tropas regulares, pero luego al calor de la reflexión, tuvo una corazonada y emprendió la subida en dirección a la masía.

No tardó en llegar al cerro desde el cual se divisaba la masía y buena parte del campo hasta que los picos de la montaña iluminados por la luna, mostraban sus escarpadas vertientes. El interior de la masía permanecía en silencio. Esperó un rato, tal vez veinte o treinta minutos hasta que se convenció de la inutilidad de la espera. No había actividad en la masía, nadie estaba

escapando mientras distraían a los guardias.

Descendía reflexivo en dirección a la vía blanca cuando dos soldados salieron de una calle lateral acompañados de una mujer. Los saludó de manera espontánea, acostumbrado por la disciplina militar, pero luego se detuvo pensativo. Al darse la vuelta, comprendió que se trataba de Isabel, aquellos ojos, jamás olvidaría aquellos ojos. No tardó en darles alcance. Tuvo la sensación de que los guardias aceleraban el paso hasta que de pronto se detuvieron. Uno de ellos era bastante alto. Había algo extraño en ellos que no era capaz de definir. Fue Isabel la primera en hablar.

—Capitán, qué sorpresa verlo a estas horas y dadas las circunstancias. —Miguel observaba el uniforme de los soldados. «Tal vez la suciedad se debía a la refriega de esta noche. ¿Quién lo sabía?». —Isabel no paraba de hablar—. El capitán Galán ha hecho honor a su apellido y ha dispuesto que estos hombres me acompañen a casa. —Miguel continuaba observando a los soldados, uno con el pelo demasiado largo, los puños del uniforme cortos, sucios y manchados de sangre, hasta que no pudo más.

—¿De qué destacamento son? —preguntó de pronto, con la mano sobre el arma reglamentaria. El más alto de los soldados se abalanzó sobre él con tal rapidez que fue imposible escapar de la embestida. Miguel se vio de pronto en el suelo, aplastado por el peso de un hombre que lo superaba al menos en veinte kilos. Aun así, se retorció hasta que el otro colocó la Luger sobre la cabeza.

—Despídete del mundo, tricornio. —El grito de Isabel impidió que disparara. Asombrado miraba a la joven.

—¡No lo mates! ¡Pablo, Pablo! ¡No ha hecho nada! ¡Solo cumple con su deber! —Tanto Pablo como Joaquín, su lugarteniente, parecían sorprendidos.

—¿Qué tonterías dices, hermanita? —Pablo se puso en pie y colocó la bota sobre el rostro de Miguel—. Es solo otra de esas ratas inmundas. ¿Ya se te olvidó lo que está pasando Andrés? ¿Los compañeros que han muerto? —Por toda respuesta, la muchacha se abalanzó sobre su hermano a sollozar.

—Por favor, Pablo. Nunca te he pedido nada. No le quites la vida a este hombre, hazlo por piedad, por amor a Dios. —El gigante miraba a la joven como si no la conociera.

—Dios no existe, hermanita. —Isabel no se desalentaba.

—Entonces hazlo por amor a mí. Si me quieres, si en algo me valoras, por favor no lo mates. Además, este hombre salvó la vida de Andrés, en la plaza. Es cierto, es verdad. —Joaquín era partidario de volarle los sesos de inmediato.

—Pablo, ¿a qué estamos esperando? Tenemos que marcharnos. Isabel continuaba con las súplicas. El hermano inclinó ligeramente la cabeza al preguntar.

—¿Dices que salvó la vida de Andrés?

—Sí, hace unos días, en la plaza. Lo sabe todo el mundo. —Isabel no permitía que su hermano se apartara hasta que liberó el rostro de Miguel. Miró a Joaquín y este de una patada en la cabeza dejó inconsciente a Miguel.

Los tres echaron a correr en dirección a la masía. Al abrir el portón, Pedro salió a su encuentro sobresaltado, con un tenedor de heno. Con las prisas no se había percatado de que era su hermano.

—¿Dónde vas, hermanito? —dijo Pablo con una sonrisa. ¿Ya no me reconoces? —Pedro titubeó unos instantes, hasta que comprendió la situación y fue a abrazar a su hermano.

—Llevamos una hora esperando cualquier cosa. Sin mamá, sin Isabel. —Pedro miraba a su hermana sana y salva, corrió a abrazarla. Pablo se detuvo en la puerta de la vivienda. Joaquín

vigilaba en el portón.

—De madre nos encargaremos pronto. ¿Dónde está? —Bajo el umbral, apareció la figura del piloto. Pablo fue a abrazarlo—. ¿Cómo estás, compañero? ¿Puedes andar? —preguntó en francés.

—Sí, puedo andar.

—Perfecto, porque nos tenemos que ir. —Pedro los siguió hasta la puerta convencido de que se marcharía con ellos. Por eso, al ver la negativa de su hermano se quedó petrificado.

—Todavía no, te necesito en la masía, Pedro. A ti, a Antonio a Isabel. No hay nada que temer, la ciudad es nuestra y pronto... —Las palabras de Pablo fueron interrumpidas por el alto de Joaquín.

—Un paso más y te vuelo la cabeza. ¿Quién eres? —Una mujer salió de entre las sombras. Pablo reconoció a Fermina. Isabel corrió a abrazarla y Pablo tras desearle ánimo y fuerza se marchó en compañía del piloto. Este último se esforzaba por no mirar a Isabel. Caminaron aprisa bordeando el cerro hasta que llegaron al pie de la montaña. Allí varios hombres armados con fusiles los esperaban con dos mulas. Pablo abría la marcha, acostumbrado al ejercicio físico, se movía con rapidez.

Durante los primeros cuarenta minutos emprendieron el ascenso por la falda de la montaña a toda prisa. Tuvieron que subir al piloto al lomo de una de las bestias porque era incapaz de seguir el ritmo. Pablo regresaba de la vanguardia cada cierto tiempo para preguntarle por el tiempo transcurrido en su casa, por su madre y su familia. Cada palabra del piloto iluminaba el rostro del hombre. Hacía bromas sobre sus hermanos y admiraba la belleza de Isabel. Siempre que se refería a ella el piloto guardaba silencio.

—¿Qué? ¿Qué te ocurre con Isabel? ¿Estás enamorado o te recuerda a alguien? —El piloto reflexionó antes de contestar.

—Me recuerda a alguien. —Pablo sonrió.

—No te preocupes, pronto la verás —dijo mientras le daba palmaditas afectuosas en la espalda—Llegarás a tu patria en menos de dos semanas. El piloto se quedó pensativo unos instantes.

—No lo creo —respondió con suavidad—. Murió hace dos años, en un bombardeo. —Pablo bajó la cabeza. Acto seguido pidió una manta para cubrir al piloto del frío. Regresó a la vanguardia y luego, al cabo de diez o quince minutos, volvió muy serio.

—Quiero que veas una cosa. Tardaremos un cuarto de hora más, pero merece la pena. —La comitiva subió hasta un pico desde el que se veía buena parte de la ciudad. Pablo consultaba la hora de vez en cuando. Sus hombres se organizaron en posiciones defensivas a su alrededor—. ¿Ves esos resplandores? —El piloto asintió—. Son las cuatro iglesias más importantes de la ciudad y ahora están envueltas en llamas. —El piloto no comprendía.

—¿Qué pasó con ellas?

—Espera un poco y verás. —Consultó de nuevo el reloj—. Chicos, atentos.

Las descargas sonaron una detrás de otra. Tres en total. El fuego devoraba las torres, una detrás de otra, tres iglesias. El grito de hurra inundó la montaña. El piloto estaba horrorizado. Había crecido en una familia profundamente religiosa y, aunque no era un devoto practicante, conservaba la fe en la iglesia anglicana. Pablo estaba eufórico.

—¿Lo ves? Son excelentes, los chicos son excelentes. —Dio una palmada en el hombro del piloto—. Puede que esto no te devuelva a tu chica, pero da gusto ver cómo arde la casa del enemigo.

Después de un rato contemplando las llamas, Pablo ordenó la retirada. El júbilo reinaba entre

los hombres. El piloto se dio la vuelta una vez más para contemplar las siete iglesias de la ciudad ardiendo mientras los soldados y los reservistas de la ciudad trataban por una parte de sofocar el fuego y por la otra, de rechazar el ataque de la guerrilla que se esfumó tras conseguir su objetivo. Las lenguas de fuego iluminaron el cielo durante buena parte de la noche, tan es así que desde los pueblos cercanos acudieron dotaciones de soldados y hombres para ayudar a sofocar los incendios.

A nivel social, fue tan grande el impacto que a partir de ese momento Pablo comenzó a ser conocido como Pablo Siete iglesias, aunque en realidad fueron ocho los templos destruidos ese día. Otros preferían llamarlo Pablo Quema Iglesias, y con el paso del tiempo, y la pérdida de la memoria, el apellido de Pablo evolucionó hasta convertirse en un apellido sencillo e inocuo, sin ninguna connotación de violencia. En vez de Arznaga, lo que permaneció en el tiempo, por un capricho del destino, fue Iglesias.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

Nota del autor

Las personas, lugares y eventos representados en esta obra son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, o con eventos o lugares reales, es pura coincidencia y no tiene intención de representar hechos reales.